

# Doce Velitas

David Santisteban



## *DOCE VELITAS*

David Santisteban

# Capítulo 1

## Calzoncillos

El despertador sonó con escándalo por toda la habitación. Una mano salió debajo de las cobijas, tanteando por la mesita y oprimiendo un botón que hizo callar al aparato de inmediato. Hora de levantarse. Otro día de clases.

Con el mismo ánimo pesimista con que empezaba todas las mañanas durante los días de escuela, Gabriel enderezó su cuerpo y se sentó a la orilla de la cama. Su cabello, más alborotado que de costumbre y su ojos hinchados y adormitados, le daban una apariencia graciosa. Estaba a punto de maldecir su condición de niño de escuela, cuando recordó algo que le levantó el ánimo: éste no era un día cualquiera, iera su primer día de clases como adolescente! Sí. Su cumpleaños número doce había sido apenas ayer. Y con esto en mente, saltó de la cama.

Pronto se dirigió a la regadera, la cual estaba en el baño de su habitación. Se desvistió, tirando su ropa de dormir al suelo y, bajo la ducha, giró la perilla que hizo salir con fuerza el agua sobre el cuerpo flaco y pálido del muchacho. Y estaba tan contento y con buen ánimo que empezó a cantar una canción de moda. ¡Y hasta bailó bajo la regadera!, cosa que en un chico vergonzoso como Gabriel era sorprendente.

Pronto salió del baño cubierto solo con la toalla envuelta en su cintura.

Sacó del closet su uniforme de clase de deporte, (un conjunto deportivo gris, con el logo de la escuela del lado izquierdo del pecho y sobre el muslo del mismo lado) ya que ese día le correspondía llevar ese curso.

Algo dentro de él le decía que se había acostado niño y había amanecido hombre. Así lo sentía Gabriel.

El "hombre" abrió la gaveta donde guardaba la ropa interior. Aún tarareando la canción, metió mecánicamente la mano dentro del cajón y sacó la primera prenda que tocó.

No. ¡Un calzoncillo con balones de fútbol por toda la tela! No era propio de un hombre.

Regresó la pieza de ropa interior y sacó otra:

No. ¡Un calzoncillo con la imagen de un superhéroe en el trasero!

Tampoco se pondría eso.

Repitió la operación y sacó otra pieza.

No. ¡Un calzoncillo con carros de Fórmula 1 por doquier! Ni pensarlo.

Al final, abrió la gaveta por completo y, para su sorpresa, toda su ropa interior era de dibujos animados, balones de todos los deportes y superhéroes. ¡No lo podía creer!

Volteó su vista hacia el espejo del closet, quien le devolvía su imagen de cuerpo entero. Y la imagen que vio fue la de un niño, flaco y paliducho.

Y su ánimo regresó a su estado original.

— ¡Maldito día de escuela! —masculló entre dientes.

Unas horas después, Gabriel se encontraba sentado en el suelo del patio de recreo. Con la espalda recostada sobre un paredón que le daba sombra, el chico masticaba un emparedado de jalea y mantequilla de maní. Moviendo su mandíbula y con la vista perdida, Gabriel pensaba en el episodio de esta mañana.

— *Ma come?* ¡Otra vez pan con salami y mantequilla! ¡Ya estoy harto de esto! —exclamó Jack, el mejor amigo de Gabriel, quien estaba sentado junto a este, sacando su refacción de una bolsa de papel café. —Un día de estos me saldrá salami hasta por las orejas.

Gabriel estaba sumergido en sus pensamientos. No prestó atención a lo que Jack le decía. Porque Jack nunca decía nada que requiriera de atención inmediata.

— ¿Qué podría hacer un superhéroe que sacara salami de sus orejas? Quizá lanzarlos como discos, ¿no crees? —preguntó Jack. Su imaginación ya estaba construyendo como sería este superhéroe. Lo que para muchos era algo estúpido, no lo era para Jack.

Sin prestarle atención a las palabras de su amigo, Gabriel lanzó una pregunta. Como una olla a presión, su mente debía expulsar un poco de sus pensamientos si no quería explotar.

—Oye, Jack. ¿De qué color es el calzoncillo que traes hoy?

— ¿Cómo? —respondió Jack, buscando aclarar lo que había

entrado por sus oídos.

—Sí. ¿Qué color de calzoncillo traes hoy? —volvió a plantear la pregunta.

—No recuerdo. Déjame ver... —dijo Jack, poniéndose inmediatamente de pie y bajándose el pantalón deportivo de su uniforme. — ¡Oh, es azul! Lo había olvidado — concluyó Jack sin ningún rastro de vergüenza.

Y antes de que pudiera reaccionar y detener al loco de su amigo, Gabriel lo tenía a su lado, de pie y mostrando un bóxer azul con una carita feliz amarilla en el frente.

Las risas de los chicos y las chicas que estaban alrededor —y que de otra forma no habrían prestado atención a dos muchachos tan comunes como Gabriel y Jack— fueron creciendo como un murmullo, llamando la atención de aquellos que no estaban enterados de lo que pasaba.

— ¡Súbete el pants y siéntate! — gritó Gabriel, tomando a Jack por el brazo. Por suerte su amigo obedeció.

Gabriel olvidó que debía ser cuidadoso con lo que comentara con Jack, ya que este lo tomaba todo en serio.

El rostro de Gabriel se puso rojo como un tomate. Trató de esconder su mirada de los demás. Cuando estuvo seguro que la atención ya no recaía en ellos, preguntó:

— ¿Una carita feliz adelante?

— Y otra atrás. ¿Quieres ver? —dijo Jack, intentando ponerse de nuevo de pie.

Gabriel reacciono rápido, tomándolo por el brazo y obligándolo a sentarse.

— ¡Siéntate!... ¡Eres increíble! —dijo Gabriel con resignación, meneando la cabeza de izquierda a derecha.

— *Grazie!* —exclamó Jack en italiano, tomando esto como un alago.

Gabriel y Jack eran compañeros de escuela desde segundo primaria. Por razones que Gabriel no recuerda —y que en ocasiones como esta lamenta— los dos niños resultaron siendo amigos a finales de ese año. Y así fue el resto de los años hasta llegar a 6º primaria, año que cursaban

en esta ocasión.

El verdadero nombre de Jack es Giacomo, Giacomo Marcato. Nacido en el país, pero de padres italianos, su nombre siempre le ha dado problemas. El chico sabía que debería escuchar el resto de su vida escolar la broma: "¿Cómo dices que te llamas? ¿"Ya comió"?" y luego las risas de costumbre. Y también sabía que "Giacomo" y "ya comió" suenan casi igual. Así que no ganaba nada con pelear. Y por eso prefiere que lo llamen Jack. Y para su suerte, quienes lo conocen le llaman así.

Pues este simpático muchachito, delgado, de tez blanca, pecoso y con dientes de conejo, quien siempre embarraba su cabello color castaño con gelatina, formando una cresta sobre su cabeza, se había convertido en el hermano que Gabriel nunca había tenido. Y a pesar de ser tan alocado, inmaduro, infantil e inocente, Gabriel le tenía mucho aprecio y lo consideraba más que un amigo. ¡Y era tan odioso algunas veces como un verdadero hermano!

Pero había algo que Gabriel no entendía y que le quebraba la cabeza: si Jack cumplió los 12 años dos meses antes que él ¿cómo puede ser tan inmaduro y tan... tan "Jack"? Eso era un enigma. Porque se supone que Jack ya tiene dos meses de ser adolescente y se comporta como si tuviera 8 años. Bueno. Algo debía andar mal dentro de su amigo. Un capricho de la naturaleza, quizás.

—Vamos. Ahora hazlo tú —dijo Jack, sacando a su amigo de sus cavilaciones y dándole un pequeño golpe en el brazo.

— ¿Hacer qué? —respondió Gabriel con el ceño fruncido.

—Mostrarme tu ropa interior... ¿no jugábamos a eso?

— Cállate, Jack.

Sería poco más de la una y media de la tarde, cuando Gabriel entró al apartamento en que vivía junto a su madre. El chico no tenía hermanos y no conocía a su padre. Así que su madre era su única familia —sin contar a sus abuelos quienes vivían en otra región del país junto con la hermana de su mamá y dos primos mucho mayores que él— Ella lo había criado sola. Otra madre soltera.

Se encaminó a la cocina y allí estaba su mamá.

—Ya vine, mamá —dijo con cansancio.

— ¡Hola, Gabrielito! ¿Cómo te fue? —preguntó la madre, dando un fuerte abrazo a su único hijo y, por tanto, a lo que más quería en este mundo.

—Bien. Cansado.

—Me alegra mucho, mi pollito. Cámbiate el uniforme y te sirvo el almuerzo — indicó su mamá.

— ¡Okis! — contestó el niño.

“Pollito”. “Okis”. Ya en el corredor, Gabriel reflexionó en lo tonto que esto parecería si alguien los estuviera viendo.

Entró a su habitación y cerró la puerta. Sentándose sobre su cama, vio su imagen en el espejo.

— ¿Okis? ¿Sabes lo ridículo que suena eso? —se reprochaba a sí mismo. — ¿Y pollito? ¿Te das cuenta que actúas como un bebé? ¡Das vergüenza, Gabriel! — y lanzó un cojín hacia el espejo, hacia su imagen.

Se puso de pie y abrió el closet. Suspiró al ver que su ropa era tan infantil como sus calzoncillos. Desdobló una de las playeras que permanecían apiladas en un extremo del mueble. En esta, un ratón motociclista lo veía a los ojos y sonreía. La dobló como pudo y la devolvió a su lugar.

Buscó una playera que no tuviera dibujos y se la colocó. Luego un pantalón de mezclilla que le quedaba flojo —a decir verdad casi toda su ropa le quedaba floja— y parecía querer caérsele. Tomó un cinturón y se lo puso. Parecía que este le daba 10 vueltas a su cintura.

Se vio al espejo y tenía delante de él a un niño. ¡Un niño tonto!, pensó.

Se puso recto, sacó el pecho y se imaginó a sí mismo grande y musculoso. Pero pronto la imagen se desvaneció y el chico se alejó del espejo, no sin antes lanzar un fuerte suspiro.

El resto de la semana pasó “sin pena ni gloria”. ¡Otra semana más en la emocionante vida de Gabriel López!, que así era su nombre. ¡Hasta su nombre era común! Al menos Jack, loco como era, tenía un nombre interesante. Gracioso, pero interesante.

El sábado por la mañana —como ocurría cuando no tenía partidos de fútbol— era día de compras. Así que luego de desayunar viendo dibujos animados —cosa que Gabriel negaba cuando se lo preguntaban— el chico acompañó a su mamá al supermercado.

Luego de tomar la carretilla, su madre le dijo:

—Bueno, Gabrielito. Yo haré el recorrido de siempre. Si quieres ve al área de juguetes y te busco allí, ¿te parece?

—Claro, mamá. Nos vemos al rato —respondió Gabriel. La verdad era que los juguetes aún lo atraían. Así que se encaminó a esta área por el camino que conocía perfectamente.

Estaba por acercarse al lugar, cuando sus ojos se toparon con algo que no le había importado antes: el área de ropa de hombres.

Se detuvo de golpe. Dudaba sobre cuál sería su próximo paso: o dirigirse a la juguetería o quitarse la curiosidad y ver que había en esta área. Esta última opción prevaleció.

Con mucho sigilo, se acercó al área, con el mismo cuidado que pone quien no quiere ser descubierto. Pero su objetivo no eran los trajes elegantes ni los pantalones de corte inglés. No. Su objetivo era claro: las estanterías con ropa interior para caballero.

Cuando vio las filas de calcetines negros, azules y cafés supo que había llegado. Sacó su cabeza de entre dos canastas con camisas de vestir en oferta, para comprobar que no había "moros en la costa". En el pasillo solamente se encontraba un señor, de unos 60 años, escogiendo un par de calcetines.

Esperó a que el señor se alejara con los calcetines, pero este no parecía tener prisa. El hombre sacaba un par de calcetines negros, los observaba por todos lados y luego los colocaba en su lugar, para luego tomar otro par del mismo color y repetir la operación.

— ¡Diablos! —gruñó el muchacho. — ¡Qué más da si todos son negros!

Al final, una señora de la misma edad que el caballero, pasó con una carreta, cruzaron unas palabras y se alejaron juntos con un par de calcetines negros... como el resto.

¡Este era el momento!

Viendo para todos lados, Gabriel salió de su escondite, fingiendo pasar por el lugar de pura casualidad. Se acercó a los calcetines e imitó al señor. Vio varios pares de calcetines, encontrándolos todos iguales.

—Viejo loco —dijo en voz baja.



Poco a poco avanzó hasta tener frente a él las prendas de ropa interior para hombre. Esas prendas que, según él, le correspondía vestir, no las “niñerías” que vestía en ese momento y todos los días desde hacía 12 largos e infantiles años.

Había una fila grande de calzoncillos blancos tradicionales. Tomó un paquete y lo observó detenidamente. En la parte del frente se mostraba la imagen de un joven, de unos 25 años, vistiendo ese modelo de ropa interior.

Pero le saltó una duda: ¿por qué la gente grande siempre viste igual? Calcetines negros todos los días. Calzoncillos blancos todos los días. Corbatas rojas todos los días. En fin. Quizá eso era a lo que llamaban “madurez”: no aburrirse del mismo color de ropa todos los días.

Avanzó un poco y se topó con los bóxers. ¡Aquí al menos había variedad! Bóxers de cuadros, de rallas, con círculos, con triángulos, azules, rojos, verdes. Había para escoger.

Tomó una pieza que le pareció graciosa, ¡el clásico bóxer de corazones que aparecía muchas veces en los dibujos animados!

— ¡Ja ja!— dijo, sonriendo y levantando la pieza a la altura de sus ojos.

— ¡Hola, Gabriel! —dijo una voz fina e infantil.

El chico saltó del susto. Su corazón le brincó a la garganta. Al voltear la vista, una niña lo saludaba con una sonrisa.

— ¡Ah!... Hola, Cindy... yo... —intentaba decir Gabriel, levantando la mano para saludar, pero sin soltar el bóxer.

Pronto se dio cuenta que tenía la pieza de ropa interior en la mano. No sabía qué hacer con ella: ocultarla detrás de él, dejarla en su lugar, tirarla lejos... ¡algo había que hacer!

La chica, al ver lo que Gabriel tenía entre las manos, se ruborizó... y Gabriel también.

—Sabes... es para... para... ¡mi tío! Mi tío me pidió que se los comprara. Es eso... ¿entiendes? —mintió el muchacho, con la cara roja y jugando con la prenda entre sus manos.

—Entiendo —respondió Cindy.

Cindy era una de las compañeras de clase de Gabriel. Esta era una niña bonita, educada y agradable. Era el tipo de chicas que se convierten en el



brazo derecho de la maestra. Nunca se metía en problemas y se llevaba bien con todos.

Para Gabriel, quien conocía a Cindy desde hacía muchos años, ella era una de las compañeras con quienes compartía más. Era esa chica que sabías bien que te la encontrarías el siguiente año de clases, y el siguiente y el siguiente. ¡Otra niña del colegio más!

Pero Cindy no sentía lo mismo por Gabriel. Para ella, Gabriel era lo que Romeo era para Julieta. Cindy estaba enamorada de Gabriel desde los primeros años de la primaria.

Y, como suele ocurrir muchas veces, Gabriel no sabía ni sospechaba nada. Las miradas de amor infantil que ella le lanzaba, no eran para el niño más que las típicas cosas raras que tienen las chicas. Lo que si había notado en algunas ocasiones era en la insistencia de Cindy de estar cerca él durante los juegos y otras actividades. A parte de eso, nada le hacía pensar algo más.

En fin. Para Cindy, ese cabello negro y rebelde que Gabriel tanto odiaba, era como el cabello de un apuesto guerrero de la antigüedad. Ese cuerpo flaco y paliducho que Gabriel soñaba con cambiar, era para la niña, la fina silueta de un elegante príncipe. ¡Lástima que Gabriel no lo sabía! Había alguien que lo admiraba y él no estaba enterado. Su propio espíritu autocrítico le hacía imposible concebir que alguien sintiera algo así por él. ¡Pero así son los seres humanos!

— ¿Y ya terminaste la tarea de matemáticas? Está bastante difícil —preguntó Cindy, rompiendo el hielo y sabiendo que cambiando de tema, sacaba a su amigo de un vergonzoso apuro.

—Este... no. No he empezado todavía. ¿Y tú? —respondió el muchacho, aprovechando el cambio de tema y dejando el bóxer entre las demás prendas de la forma más natural que pudo.

—Ya voy por la mitad. ¿Vienes aquí solo?

—No. Mi mamá está por ahí. ¿Y tú?

—También vengo con mis papás.

—Que bien.

—Sí.

¿De qué hablan los chicos de sexto primaria con las chicas del mismo grado fuera de la escuela? ¡De nada! Así que la conversación no pasó de

esto. Pasados unos segundos no quedaba otra que despedirse.

—Bueno, ya me voy. Adiós —se despidió Cindy, levantando la mano y agitándola en señal de despedida.

—Adiós —contestó Gabriel, haciendo el mismo gesto con la suya.

Ambos se alejaron en direcciones opuestas.

—Nos vemos el lunes —grito Cindy desde lejos, aprovechando los últimos segundos para ver la espalda de su amado.

—Sí. Adiós —concluyó Gabriel, quien al perder de vista a Cindy, corrió en busca de su mamá, sintiéndose como un completo idiota.

Un día de la semana siguiente, por la tarde, mientras Gabriel permanecía sentado en el comedor haciendo su tarea, alguien tocó a la puerta.

— ¡Yo abro! —gritó el chico.

Quien tocaba a la puerta era la vecina de enfrente, doña Isabel, una señora que hacía apenas cuatro meses se había mudado al edificio junto con su hija de 22 años — quien trabajaba hasta bien entrada la tarde y a quien nunca se le veía—. La madre de Gabriel y doña Isabel habían hecho amistad e intercambiaban recetas, catálogos de perfumería, macetas y todas esas cosas que intercambian las mamás.

—Hola, Gabrielito. ¿Cómo estás?

—Bien, doña Isabel. Pase adelante. ¡Mamá, es doña Isabel! —gritó el muchacho— Ahorita viene. Siéntese.

—Gracias —dijo la señora, quien llevaba unos recipientes plásticos para almacenar comida y una pequeña bolsa negra de plástico con algo dentro.

Pronto salió la mamá de Gabriel, secándose las manos con una toalla.

El niño volvió a lo suyo. Con una lámina de Europa, el chico pintaba con lápiz de color azul los ríos del viejo continente.

— ¡Gabrielito! Ven un momento —se escuchó desde la sala. Su

mamá lo llamaba.

Extrañado, el chico se levantó y se dirigió allá.

—Doña Isabel te trajo un regalo, corazón. Dile gracias —indicó su mamá.

—Gracias —respondió el niño, quien recibió el regalo.

—Disculpa que te lo traiga hasta ahora, pero mi hija salió tarde del trabajo el día de tu cumpleaños. Tuve que ir a recogerla en taxi. Pero, ¡más vale tarde que nunca! —dijo la señora.

—Sí. Muchas gracias —contestó Gabriel y luego se retiró.

Palpó el regalo y su experiencia infantil le indicó que era ropa. Así que colocó el regalo sobre la silla que tenía más próxima y se sentó a terminar la tediosa tarea de geografía.

Por la noche, luego de cenar y ver el final de un programa sobre perros que le gustaba, llegaba la hora de irse a dormir.

—Hasta mañana, mamá. Buenas noches.

—Buenas noches, mi pollito. Recuerda hacer tus oraciones.

—Sí. Buenas noches — dijo el chico y se retiró a su habitación.

Ya vestido en pijama, estaba a punto de apagar la luz, cuando su mamá abre la puerta y desde esta le dice:

—Oye, olvidaste el regalo de doña Isabel en el comedor. ¡Toma!— y lo lanza hacia el chico quien lo coge en el aire. —Que descanses.

Con el regalo en sus manos, Gabriel decide abrirlo.

Y, como mandado del Cielo —o del lugar que se encargue de enviar este tipo de cosas— Gabriel se encontró con que el regalo de doña Isabel era tres calzoncillos, sin dibujos animados, sin superhéroes y sin balones.

Tres bóxers. Los tres cuadriculados: uno azul oscuro, otro negro y otro gris.

El chico cerró la puerta con cerrojo y se los probó inmediatamente. Se puso frente al espejo y vio su imagen de nuevo: era el mismo niño flaco y pálido de siempre, solo que ahora con ropa interior de hombre y una

sonrisa en los labios.

## Capítulo 2

### Las chicas

El ambiente que reinaba dentro del aula de sexto primaria era pesado. Era el mismo ambiente que puede sentirse al entrar a una sala de ejecución. La misma ansiedad, la fría cercanía con la muerte... exagerando un poco.

En el semblante de los estudiantes podía notarse el nerviosismo. La razón solo podía ser una: los resultados del examen parcial de matemáticas. ¿Puede haber algo peor?

El maestro de matemáticas, el señor Villanueva, estaba de pie frente a sus alumnos, analizando los rostros de los chicos y gozando con verlos sufrir. Aclaró su garganta y dijo—de un modo que solo el señor Villanueva podía decirlo—:

—En este folder —y lo mostró agitando su mano— tengo el certificado de inteligencia y de estupidez de los alumnos dentro de esta aula. Creo que cada uno conoce el resultado del examen que elaboró. Así que aquí dentro no hay ninguna sorpresa. Según mi análisis, los alumnos que siempre han sido inteligentes lo siguen siendo y los estúpidos lo siguen siendo también. Ahora, iré llamando a cada uno, empezando por la nota más alta, a la que yo llamo “La cima de la inteligencia” y bajando poco a poco hasta llegar a “La cloaca de la estupidez”, que será la nota más baja. Empecemos.

Luego de este motivador discurso —el que agudizó la ansiedad de los jovencitos— el diabólico maestro abrió el folder y llamó al primer alumno que, en este caso —y como suele ocurrir con frecuencia— era una chica.

—Cindy Marroquín. Como siempre, la mejor alumna. ¡Felicitaciones!

Pues sí, como siempre, Cindy, la compañera de Gabriel, tenía la mejor nota. Como dijo el maestro: esto no era una sorpresa.

La chica se levantó de su pupitre y tímidamente recibió de manos del maestro su examen. Y en la parte superior de la hoja podía verse un 100/100 escrito a mano y con bolígrafo rojo.

Así empezó el desfile de chicos y chicas que recibían con angustia el resultado del test.

Gabriel, sentado en su pupitre, rascaba nerviosamente un lápiz amarillo y que pronto dejaría de serlo si el chico continuaba rascándolo así. Viendo la expresión de cada compañero que tomaba su examen y regresaba a su lugar, Gabriel presentía que algo malo se acercaba.

Volteó la vista por un momento, buscando consuelo en su amigo Jack —quien se sentaba detrás de él—. Pero Jack permanecía con la cabeza baja, contando bajo el pupitre un manojito de estampas del álbum de La Copa del Mundo, torneo que hacía unos meses se había disputado y cuyo álbum seguía siendo la sensación entre los muchachos. ¡Era increíble como Jack nunca se daba cuenta de la gravedad de las cosas! En momentos como este, Gabriel envidiaba la actitud desenfadada de su amigo.

Poco a poco se iban agotando la cantidad de tests que quedaban dentro del folder. ¡Y el nombre de Gabriel no aparecía por ningún lado! El chico había perdido toda esperanza de ganar. Los exámenes ganadores ya habían sido entregados. Ahora era el turno de los perdedores.

Al llegar casi al final, ocurrió lo inesperado:

—Giacomo Marcato —dijo el maestro.

—... *venticinque, ventisei, ventisette*... —decía Jack en voz baja.

—Giacomo Marcato —repitió el profesor.

—...*ventinove, trenta*, ... —continuaba Jack.

—¡Giacomo Marcato!! —gritó el maestro por última vez.

El pecoso se sobresaltó del susto al escuchar su nombre, dejando caer al suelo las estampas con las caras de los futbolistas. Y era más el valor que le daba a las benditas estampas que decidió recogerlas primero.

— ¡Vean ustedes el claro ejemplo de la estupidez humana! —dijo el profesor, señalando a Jack, quien permanecía hincado en el suelo, juntando las estampas— ¿Quién pone en primer lugar unas inútiles estampas en vez de tomar su examen? ¡Solo un estúpido!

Al terminar, Jack se puso de pie y se apresuró a llegar al frente, no sin antes tropezar con algunas mochilas que aparecieron en su camino.

— ¡Aquí estoy, *professore*! —dijo, mezclando siempre los dos idiomas.

El maestro fijó su mirada sobre el muchacho y lo encontró tan decepcionante que simplemente meneó la cabeza y le entregó el examen.

Luego de entregar dos exámenes más, la tierra tembló para Gabriel:

—Y para terminar, Gabriel López. —concluyó el maestro. —Le recomiendo que vaya pensando bajo que puente pasará el resto de su vida, ya que con ese resultado no creo que llegue muy lejos —dijo el profesor, lanzando un último dardo ponzoñoso al chico.

Un sonrojado Gabriel se levantó de su escritorio y tomó su examen. ¡La nota más baja! ¡Más baja incluso que la de Jack!

En ese momento sonó el timbre del recreo.

—Para mañana quiero ese examen firmado por sus padres. A quien no lo traiga le espera una sorpresa —amenazó Villanueva.

Durante la refacción, Gabriel reflexionaba en lo desdichada que era su vida escolar. Ser “La Cloaca de la estupidez” no es algo para sentirse orgulloso.

—Vamos, *amico*, no es para tanto. Mira que vivir debajo de un puente debe ser algo divertido. Es como estar de campamento, solo que todos los días —dijo Jack, buscando dar un poco de consuelo.

Gabriel lanzó una mirada de desaprobación a Jack.

—Veamos: si mi castigo por intentar lavar mis calcetines en la licuadora fue de dos semanas sin jugar con la *Xcube*, ¿Qué castigo me darán por perder este examen? —reflexionó Jack en voz alta.

— ¿Intentaste lavar tus calcetines en la licuadora? —preguntó Gabriel con sorpresa. Porque si había alguien capaz de sorprenderlo ese era Jack.

—Sí. Pero no funcionó. Los calcetines se destruyeron y se fundió la licuadora. ¡Lo hubieras visto! ¡Fue genial! — dijo Jack, poniendo esa cara de diablillo que Gabriel conocía muy bien.

Gabriel estaba a punto de responder, cuando una chica se acerca a ellos. Eran Cindy.

—Hola —dijo Cindy tímidamente, viendo a los ojos a su “amor secreto”.



—Hola —respondió un Gabriel desanimado.

Cindy se acercó a Gabriel y le dijo:

—Siento mucho que hayas perdido el examen. Y no es justo que el señor Villanueva te haya dicho todo eso. Si necesitas ayuda con la mate, yo puedo ayudarte.

— ¿En serio? Gracias, Cindy. Creo que si necesito tu ayuda iy urgentemente! —respondió Gabriel, quien vio en el ofrecimiento una solución a su problema.

—Si quieres nos juntamos el día sábado y repasamos el examen, ¿te parece? —dijo la chica, sintiendo como palpitaba su corazón al ver los ojos de Gabriel.

—Claro... isi es que llego al sábado!— respondió el chico, pensando en la reacción de su mamá al saber lo del examen.

Cuando llegó a su casa, Gabriel decidió que le daría la noticia a su mamá luego del almuerzo. Cuando llegó este momento, pensó que lo mejor sería platicarlo luego de que ella lavara los platos. Pronto cambió de decisión y lo pospuso para la hora de la cena. Y luego de cenar, de vestirse con pijama y prepararse para dormir, Gabriel daba vueltas en su habitación, muriéndose de los nervios:

—Vamos, Gabriel. Es solo una nota —se decía a sí mismo, buscando calmarse. — ¿Qué más puede pasar? ¿Quedarse sin televisión?... ¿sin computadora?... ¿sin salir a jugar con Jack? ¡Vamos, ten valor!

Y dándose ánimo, el chico salió de su habitación con el examen en la mano. Lentamente se acercó al comedor, donde su mamá veía la telenovela de las 21 horas mientras pelaba unas papas para el almuerzo del día siguiente. Ya aquí perdió valor y dispuso retirarse.

— ¿No te has dormido, Gabrielito? ¿Te sientes bien? —dijo la madre sobreprotectora, acercándose a su hijo.

—Sí... no pasa nada... solo es que...

— ¿Qué es eso que llevas en la mano? ¿Déjame ver?  
—preguntó la madre, tomando el examen de las manos sudorosas del chico.

El momento de silencio que siguió era parecido al instante en que el verdugo levanta el hacha antes de dejarla caer sobre el cuello del

ajusticiado. Luego... ¡el seco sonido del golpe del hacha!

— ¡¿Que significa esta nota, Gabriel Antonio?!

Gabriel Antonio. No "Gabrielito". Gabriel Antonio.

—Este... si, de eso quería hablarte... es que... —Gabriel buscaba una respuesta que no existía. ¿Por qué no ocurre un terremoto en momentos como este? ¿Por qué no cae un avión, o un meteoro o granizo con fuego? ¡¡ ¿Por qué?!!

— Dime, Gabriel, ¿que te falta en esta casa? ¿Acaso no te doy suficiente amor? —empezó la madre con su acto dramático. — ¿Te envié acaso a lustrar zapatos? ¿A recoger basura? ¿Te golpeo como hacen las madres sin corazón? ¡¡¿Dime que estoy haciendo mal para que me pagues así?!!

Que será mejor: ¿recibir una tunda que te deje el trasero del color de un tomate o soportar a tu mamá haciendo tanto drama? Eso se preguntaba Gabriel en ese momento.

Con la cabeza baja, las manos atrás de su espalda y pasando el dedo gordo del pie derecho sobre el mismo dedo del otro pie, Gabriel escuchaba con paciencia como su mamá sacrificaba todo por el más ingrato de los hijos que ha caminado sobre la Tierra: Gabriel Antonio López, "La Cloaca de la estupidez".

Es fácil imaginar cómo era el ánimo de Gabriel al día siguiente. Por suerte, el uniforme escolar no era de color negro porque cualquiera pensaría — al ver el semblante del chico— que este iba a un funeral. Una nube negra se posaba sobre su cabeza. Todo tenía un tono gris.

Entró al salón de clases con su autoestima lustrando el piso. Dejó caer su cuerpo sobre el escritorio. Quizá Jack pudiera levantarle un poco el ánimo con sus ocurrencias, pero vio entrar por la puerta de la clase a un Jack con el ánimo igual al suyo. Los dos amigos se dieron el apretón de manos de siempre y permanecieron en silencio el resto del periodo de clases. Este día transcurrió así: gris.

Por la tarde, mientras hacía su tarea en la mesa del comedor, su mamá, quien permanecía enfadada con él, le dijo:

—Estuve pensando que necesitas un refuerzo en la clase de matemáticas. No tengo dinero para pagar un tutor, Gabriel Antonio. Así que, platicando con doña Isabel, nuestra vecina, ella me dijo que su hija, quien es universitaria, puede ayudarte con eso. Hoy las visitaremos

cuando su hija regrese del trabajo, como a las 8 de la noche.

¿Las 8 de la noche?! ¿A la hora del programa sobre perros que a Gabriel más le gustaba?!

—Mamá, no creo que sea necesario —dijo Gabriel buscando otra alternativa— Mi amiga Cindy, ¿la recuerdas?, me va a explicar el examen el día sábado. Quedamos de juntarnos y...

—No, Gabriel. Yo quiero que una persona que sepa de esto te explique. ¡No se hable más! Hoy a las 8 de la noche iremos a la casa de doña Isabel.

El muchacho sabía que no estaba en posición de exigir nada. Así que simplemente guardó silencio y continuó con su tarea.

Luego de cenar, Gabriel tomó su estuche de lápices, su cuaderno y libro de matemáticas y se sentó en el sofá a esperar la orden de salir hacia el apartamento de su vecina. Doña Isabel era muy buena persona, eso lo sabía. Pero no sabía nada sobre su hija. Sabía que tenía 22 años y que trabajaba hasta tarde. Y que además era universitaria. A parte de esto, nada más.

—Parece que ya hay luz en el apartamento. Vamos, Gabriel —ordenó su mamá.

Lanzando un suspiro, el chico se levantó y caminó hacia la puerta.

Luego de tocar el timbre de su vecina, la puerta se abrió.

— ¡Pasen adelante! —los recibió doña Isabel con una sonrisa. —Siéntense. Mi hija se está bañando. No tardará en salir.

Sentado en la sala de sus vecinas, Gabriel observaba con curiosidad todo el apartamento. Era igual al de ellos, pero organizado de otra manera y con muebles diferentes. Estaba bastante ordenado. No había duda de que dos mujeres vivían aquí.

—Ahí viene mi hija —indicó doña Isabel.

Viendo hacia el corredor del apartamento, Gabriel pudo observar cómo se acercaba a la sala la curvilínea figura de una mujer joven. Su cabello rizado, teñido de rojo-naranja, era increíble. Sus ojos grandes y almendrados eran hermosos. Sus labios cubiertos con pintura labial brillante eran seductores. Su manera de caminar era provocativa. Solamente una palabra podía describir todo el conjunto que entraba por

los ojos de Gabriel: sensualidad.

—Ella es mi hija, Marcela.

—Es un gusto, señorita —saludó la mamá de niño. —Este es mi hijo Gabriel. ¡Salude, Gabriel Antonio!

El muchacho perdió la facultad del habla. Las palabras no salían de su boca, la cual permanecía abierta. Sus ojos estaban hipnotizados ante la figura de esta mujer. Gabriel había conocido a muchas señoras, a muchas mamás, a muchas niñas, pero esto era distinto. ¡Tenía ante sí a toda una mujer!

—Hola, Gabriel. Es un gusto conocerte —dijo Marcela, acercando su mano hacia el muchacho.

Sacudiendo la cabeza y tratando de volver en sí, Gabriel tomó la mano de Marcela y la saludó. Sus dedos eran suaves. Fue como tocar los pétalos de una rosa.

Mientras su mamá permanecía en la sala junto a doña Isabel, Marcela y Gabriel se sentaron en la mesa del comedor. Bueno, al menos Marcela permanecía en la mesa del comedor. Gabriel estaba aquí físicamente, pero su mente estaba en otro lado. El adolescente estaba fascinado con la chica que tenía frente a él. Y estaba tan fascinado que no sintió como regresó a su casa, ni que pasó durante la hora que estuvieron en casa de sus vecinas.

Cuando Gabriel y su mamá se retiraron a su apartamento, Marcela comentó con su madre:

—Pobre niño, mamá. Yo creo que sufre de algún retraso mental. Parecía que su mente no estaba aquí. ¿Estás segura que no es retrasado?

—Que extraño, hija —dijo doña Isabel con preocupación — A mí siempre me pareció un niño normal. No sabía que sufría de un retraso. ¡Pobrecito! Por eso debemos ayudarlo.

Pues, si. Dicen que la primera impresión es la que cuenta. Y Gabriel había dado la impresión equivocada: la de un niño con problemas en su desarrollo mental.

Luego de darle las buenas noches a su mamá, Gabriel se retiró a su habitación. Aquí, a solas, se sentó en el borde de la cama. Viéndose en el espejo del closet, exclamó:

— ¡Uf! ¡Qué chica! —y dejó caer su espalda sobre la cama.

Con la mirada fija en el techo de su cuarto, el muchacho repasaba en su mente la imagen de Marcela: las ondas de su cabellera, esos ojos color miel, sus labios, su figura. Y los repasaba y los volvía a repasar.

Así estuvo, hasta que vio el reloj despertador y este marcaba las 11:30 de la noche. ¡Una hora y media que se desvaneció sin sentirla! Y fue solo la primera de las muchas horas que el chico pasaría en compañía de aquella que acababa en convertirse en su amor platónico.

## Capítulo 3

### Cambios físicos

La tarde no podía ser más hermosa. El sol brillaba sobre un cielo azul sin nubes. El aire soplaba, refrescando el ambiente. El movimiento de la ciudad era tranquilo, sin ningún sobresalto.

Insertado en el vecindario, se encontraba un enorme parque que era conocido por todos como "El Parque Grande", a pesar de ser el único parque que había en los alrededores. Con muchos árboles frondosos, juegos infantiles, senderos bien marcados y bancas de madera colocadas por doquier, este parque daba un momento de diversión y tranquilidad a quienes lo visitaban.

Lejos del bullicio de los juegos infantiles, a la sombra de uno de estos árboles, Gabriel y Jack permanecían recostados sobre la grama. Y junto a ellos, dos bicicletas que parecían tomar también un merecido descanso.

Saboreando un helado de paleta, la conversación que mantenían se desarrollaba así:

—Y esta chica de la que me hablas, ¿en qué salón está?  
—preguntó Jack.

—En ninguno. Ella no está en nuestra escuela. —respondió Gabriel, quien acababa de confesarle a su amigo que estaba enamorado.

— ¿Y entonces en que escuela está?

—En ninguna.

Frunciendo el ceño y masticando su helado de naranja, Jack trataba de analizar lo que se estaba convirtiendo en una adivinanza.

— ¿Y por qué no va a la escuela? ¿Acaso vive en un circo... o es gitana? —dijo Jack, quien había escuchado de su abuelo que ni los gitanos ni los miembros de los circos iban a la escuela (cosa que no dejaba de causarle cierta envidia).

— ¡Cómo crees! Ella estudia en la universidad.

Como impulsado por un resorte, Jack levantó su espalda de la grama y

volteó la vista hacia su mejor amigo.

— *Ma come?* ¿Estás enamorado de una niña genio o algo así?

—No. Lo que pasa es que ella tiene... tiene... — y hasta para Gabriel era difícil de confesarlo —... ella tiene 22 años.

Los ojos color aceituna de Jack se abrieron como platos y el helado tambaleó entre sus manos, pero logró evitar que cayera al pasto.

— *iRagazzo*, estás enamorado de una anciana! —exclamó el chico sin ocultar el susto.

Gabriel esperaba una reacción así, de su amigo y de cualquiera a quien revelara su secreto. También para él había algo de extraño e ilógico en estar enamorado de alguien 10 años mayor. Pero se justificaba pensando en aquella vieja consigna que dice que "para el amor no hay edad". Y Gabriel era el vivo ejemplo de ello.

— ¡No es una anciana, torpe! Simplemente es algo mayor que yo. Eso es todo.

— ¿Algo mayor? Si te lleva... déjame ver—y Jack empezó a hacer cálculos con sus dedos, los cuales siempre le daban resultados inexactos. Y luego de contar y recontar dijo — ¡Te lleva 35 años!

—Sabes, todavía no entiendo como sacaste una nota mayor a la mía en el examen de matemáticas. Y ella solo me lleva 10 años. —respondió Gabriel.

Solo 10 años. ¿Qué son 10 años?, razonaba Gabriel. Y para un chico de 12 años —y para el resto del mundo— 10 años es mucho tiempo. ¡Maldito tiempo!

Unos minutos incómodos de silencio siguieron a la conversación. Jack digería lo que acababan de confesarle y Gabriel trataba de justificar su confesión. Fue en este momento cuando Gabriel se arrepintió de haber revelado el secreto que había podido mantener por casi tres semanas. Pero este secreto le estaba torturando el cerebro, así que debía decírselo a alguien. ¿Pero era Jack la persona indicada?

—Jack, prométeme por nuestra amistad que no le dirás nada de esto a nadie. —dijo Gabriel en tono serio.

Jack vio los ojos de su amigo y se encontró con esa mirada que ponía Gabriel en aquellos momentos en que no estaba bromeando. A Jack no le



gustaba esa mirada.

—Lo prometo... ¡pero no me veas así!

Gabriel respiró con tranquilidad. Algo le decía que Jack había entendido el mensaje. Después de todo era su mejor amigo.

Luego de otros minutos de silencio, Jack confesó:

—Sabes, hay algo que no entiendo.

— ¿Qué cosa?

— ¿Por qué todo el mundo está enamorado?

— ¿A qué te refieres?

—Mira: si entras a *Headbook*, encontrarás que todos hablan del amor. Los chicos y las chicas publican cosas románticas en sus muros y al final todos en la escuela hablan sobre novias y novios. ¡Y ahora me sales con que estás enamorado! *Per ché?*

Meditando un poco en lo que Jack acababa de decir, Gabriel respondió:

—Bueno, creo que son cosas de la edad. Como ya somos adolescentes nos atraen ese tipo de cosas, supongo.

— ¡Pero si nosotros no somos adolescentes todavía! —corrigió Jack.

—Si lo somos. Ya tenemos 12 años, Jack.

—No. Nosotros somos niños. Los adolescentes son aquellos chicos que ya están en secundaria, tienen la cara llena de barros, ya pueden tener sus propios teléfonos celulares y suben fotos en las redes sociales mostrando la barriga. ¡Esos si son adolescentes! —aseguró el chico que con sus pecas y sus dientes de conejo no parecía adolescente aunque lo disfrazaran de uno.

—Bueno, pues, yo te lo puedo comprobar con un libro. Este dice que a los 12 años ya somos adolescentes. Vamos a mi casa y te lo mostraré.

Levantándose de la grama, Gabriel tomó su bicicleta y se montó en ella. Jack no tuvo otra opción que seguir a su amigo. Los dos se alejaron de la tranquilidad que el parque ofrecía.

Entraron al apartamento de Gabriel con todo y las bicicletas, dejándolas a medio corredor, estorbando el paso.

— ¿Mamá? ¡Ya vine! —gritó Gabriel. Pero no escuchó respuesta. Su mamá no estaba en casa.

—Parece que estamos solos —dijo Jack.

—Sí. Es perfecto. Vamos a mi habitación —indicó Gabriel, no sin antes agarrar el tomo 4 de su enciclopedia sobre la naturaleza.

Ya dentro del cuarto, los chicos se sentaron sobre la cama.

— ¿Ese es el libro del que me hablaste?—preguntó Jack.

Gabriel, buscando dentro de ese libro que solo podía ver a escondidas, simplemente asintió con la cabeza.

—Ok, Jack. Aquí está. Escucha bien —y aclarando su garganta, Gabriel empezó a leer un párrafo del libro que decía así:

*"La edad promedio para que los muchachos entren en la pubertad son los 12 años y la madurez sexual a los 14. No obstante, niños normales pueden mostrar cambios entre los 9 y los 16 años (y llegan a su madurez sexual entre los 11 y 18 años). La madurez, sea precoz o tardía, suele tener consecuencias sociales y psicológicas."*

Al terminar de leer, Gabriel vuelve la vista hacia su amigo, quien se escarbaba una de las orejas y, con el ceño fruncido, podía notarse que no había entendido nada de nada.

—Oye, pero ahí no dice nada sobre los adolescentes —indicó Jack.

— ¡¿Como que no?! —respondió Gabriel, levantando la voz.

—A ver, ¿dónde dice "adolescentes" ahí?

Gabriel pasó los ojos sobre el párrafo y era verdad que la palabra "adolescente" no era mencionada.

—Jack, pubertad quiere decir adolescencia —indicó Gabriel.

— ¿Quién lo dice? —preguntó Jack, quien pensaba que su amigo le mentía.

—Búscalo en el diccionario. Verás que es lo mismo —respondió

Gabriel.

Restándole importancia a las preguntas tontas de Jack, Gabriel siguió buscando dentro del libro hasta que halló la imagen donde aparecía el aparato reproductor masculino.

—Mira esto —dijo, mostrándolo a su amigo.

Jack observó el dibujo. Al principio parece que no lo entendió, luego sus ojos se abrieron y una sonrisa pícaro apareció en su rostro.

— ¡Ja ja! Este es el... —dijo, señalando el pene.

—Sí, ese es.—respondió Gabriel.

—Y estos son los... — dijo, señalando los testículos.

—Sí. Esos son. —respondió Gabriel de nuevo.

Jack no pudo contener la risa y cayó de espaldas sobre la cama de Gabriel, con las manos sobre su estómago. Gabriel también se contagió con la risa de su amigo pero, pasados unos minutos, le pareció que la risa de Jack era un poco exagerada e inmadura.

—Vamos, cálmate ya. Te leeré sobre los cambios físicos que nos van a ocurrir.

Intentando calmarse, Jack se sienta de nuevo.

— ¿Qué cambios? —preguntó.

—Pues, los que ocurren en la adolescencia. Ya sabes: te cambia la voz, empiezas a crecer, te sale pelo "ahí abajo"... — respondió Gabriel, señalando la parte de "abajo" de Jack.

— *Cosa dici?* ¡A mí no me va a salir pelo en ningún lado!  
—exclamó Jack en tono enojado, pensando que esto era otra broma de su amigo.

—Jack, a todos nos saldrá —dijo Gabriel, intentando hacer entender a Jack.

— ¡¿Dónde lo dice?! ¿En tu libro?

— ¿Y por qué te enojas? Si lo que te digo es verdad.

—*Non e vero!* ¡Dame el libro! —y Jack arranca el libro de las

manos de Gabriel.

Los chicos trataban de quitarse el libro el uno al otro. Los ánimos empezaron a encenderse y, luego de que el bendito libro cayó al suelo, los muchachos comenzaron a forcejear, cayendo al suelo también y tomándose de los brazos, queriendo demostrar quién era el más fuerte.

Gabriel pudo notar que las lagrimas empezaron a salir de los ojos de un Jack enojado y con el rostro colorado. Pero no podía dejar que su amigo le ganara.

—Niños, no dejen sus bicicletas en el camino. Ya les he dicho varias veces que... —dijo la mamá de Gabriel, quien acababa de llegar al apartamento y entraba a la habitación de su hijo. Cuando vio a los niños en el suelo, se apresuró a separarlos.

— ¡¿Qué está pasando aquí?! —preguntó la madre, tomando a Gabriel por el cuello de la playera y a Jack por la capucha de su sudadera.

— ¡Él empezó! —dijo Jack, llorando — ¡Él dijo que me saldrá pelo aquí! —y llevó una de las manos a sus genitales, mientras que con la otra se secaba las lagrimas.

Gabriel sintió como la mirada de su madre lo atravesó como un par de flechas. Era aquella mirada que le indicaba que estaba en problemas.

—No le hagas caso, Jack. Ven. Vamos a lavarte la cara. —y señalando a Gabriel, dijo: ¡Y tú espérame aquí! —y salió del cuarto con el pecoso.

Luego de lavar la cara al pequeño llorón —que para Gabriel fue otra muestra más de la inmadurez de su amigo— y de acompañarlo a la puerta para que regresara a su casa, la mamá de Gabriel se dirigió a la habitación del chico.

— ¡Explíqueme que fue todo esto, Gabriel Antonio! ¡¿Cómo puede decirle esas cosas a un niño tan inocente como Jack?!

¿Jack, inocente? Pero si muchos de los chistes con doble sentido que Gabriel sabía los aprendió de su amigo. ¡Y ahora era un chico inocente, ¿no?!

— ¡Pero, mamá! Yo solo le explicaba...

— ¿Explicarle? ¿Qué pasa con usted? ¿Y dónde ha escuchado

esas cosas, muchachito?

— ¡Pero si es la verdad, mamá! ¡A él, a mí y a todos los chicos nos sale pelo ahí, ¿o no?! —gritó Gabriel.

La madre no supo que responder. Sabía que su hijo tenía razón. Pero ella era la autoridad aquí. Eso no debía olvidarlo Gabriel.

— ¡Se queda en su cuarto hasta la hora de la cena! —y se retiró de la habitación, cerrando la puerta de golpe.

Gabriel pateó el libro que permanecía en el suelo y se tiró a su cama rabiando por la injusticia que se estaba cometiendo. En su interior juró que jamás volvería a hablarle al "marica" de Jack. Y cuando su ánimo se fue calmando, se quedó dormido.

El lejano sonido del teléfono lo despertó. Vio el despertador y este marcaba las 7:30 de la noche con sus números rojos. Escuchó como su mamá contestaba. Se levantó y fue al baño a lavarse la cara.

Cuando salió, escuchó como su mamá mencionó las palabras: "discúlpeme por lo ocurrido", "ya lo castigué por eso", "Jack es un niño tan inocente", "Tiene razón, doña Antonella"

Con esta información, Gabriel dedujo que se estaba hablando del problema que tuvo en la tarde. Doña Antonella era la mamá de Jack. ¡Y seguro el pecoso bocón ya se había quejado con ella!

Pero el tono de la conversación no era el que Gabriel esperaba. Parecía que esta era una conversación de confianza "de madre a madre". El chico salió del cuarto y se deslizó silenciosamente hacia la sala con el fin de escuchar algo. Pero solo se enteró del final de la conversación.

—Bien, doña Antonella, nos vemos entonces. —y colgó el teléfono.

— ¡Diablos! —dijo Gabriel, oculto tras el sofá y regresó a su habitación.

Los días de escuela fueron pasando. Los dos amigos no se dirigían la palabra. Este era un duelo para saber quien rompía el hielo primero. Pero hubo momentos en los que ambos estuvieron a punto de hacerlo:

Gabriel necesitaba un borrador y en un instante iba a pedirle prestado el suyo a Jack, pero de pronto recordó que no debía hablarle, así que no tuvo más remedio que rasgar la hoja con el poco borrador que aún tenía

su lápiz.

Jack, cuando se le ocurría algo gracioso, estaba a punto de tocar el hombro de Gabriel, pero prefirió tragarse el chiste.

Durante el recreo, los chicos se sentaban lo más alejado que podían. Pero —casualidad o no— siempre quedaban donde podían verse de lejos. Y, cuando sus miradas se cruzaban, de inmediato volteaban a ver hacia otro lado. Así era esta competencia de orgullo. Y era tanto la tensión por evitar hablarse, que Gabriel siempre regresó a su casa con dolor de cabeza durante estos días.

Por fin llegó el fin de semana. El sábado por la mañana, Gabriel sacó —con desgano— su uniforme de futbol del closet. Este día tenía entrenamiento. Y lo que le molestaba era que Jack también era su compañero en el equipo de fútbol. ¡La vida de estos chicos estaba tan unida que sería difícil cumplir la promesa!

De pronto entra su mamá a la habitación:

—Gabriel, no te pongas el uniforme. Hoy no irás al entrenamiento. Iremos a otro lado.

La cara de Gabriel cambió. Una gran sonrisa se dibujó en sus labios.

— ¡Gracias a Dios! —dijo el chico en su interior. Se libraría de Jack al menos durante dos días.

—Por favor, vístete formal. Iremos con la doctora Alegría.

— ¡¿Ah?! —exclamó el chico, sorprendido.

La doctora Alegría era la pediatra de Gabriel desde su nacimiento. Era una persona muy buena, pero, por su forma de hablar —un poco cómica en sus gestos y su voz— y en la forma infantil en que trataba a los niños, a Gabriel siempre le pareció que la doctora Alegría bien podría ser un payaso. Sí, solo le faltaba un traje colorido y pintura en la cara para ser todo un payaso, en el buen sentido de la palabra.

Así que aquí estaba Gabriel, sentado en la sala de espera de su pediatra, sin saber la razón de la visita.

—Mamá, ¿qué hacemos aquí? Todavía no me toca cita con la doctora —preguntó el niño en voz baja, para no ser oído por las demás personas que esperaban su turno.

—Ella te lo explicará. Ten paciencia.

— ¿Quién es el siguiente amiguito que pasará con la doctora Alegría?! — preguntó en la sala de espera la inconfundible voz de la doctora.

Al ver a Gabriel dijo:

— ¡Ay, Gabrielito! ¡Es estupendamente maravilloso verte aquí!

Gabriel saludó a la doctora. Y a Gabriel le pareció que su mamá y la doctora ya habían acordado la cita de antemano. La mamá de Gabriel se despidió de la doctora y luego de su hijo.

—Regreso por ti en unas dos horas. Pórtate bien.

— ¿A dónde vas? —preguntó Gabriel, quien no entendía porque lo dejaban aquí solo.

—Tú quédate aquí con la doctora. Ya vuelvo. —y salió por la puerta.

La doctora regresó a su clínica junto a un niño de unos 6 años y su madre. Ahora Gabriel estaba en la sala de espera junto a unas 3 madres y sus hijos.

Luego de media hora —que para el chico fue una eternidad— Gabriel vio entrar por la puerta una persona que le era familiar. Era una señora de mediana estatura, gorda, de cabello corto color castaño claro y rostro agradable. Era nada menos que doña Antonella, la mamá de Jack. Y detrás de ella venía Jack, pálido y con cara de susto. Eso sí, el chico iba vestido con una camisa de manga larga, pantalón de vestir, mocasines y el pelo aplastado con vaselina, dándole la apariencia de niño de Primera Comunión. Pero, ¿qué diablos hacía Jack aquí?!

— *Gabriele, figlio mio!* ¿Cómo estás? —dijo doña Antonella, dándole a Gabriel uno de esos abrazos que dejan sin aliento.

—Bien, bien, doña Antonella. ¿Qué hacen aquí? —dijo Gabriel recuperando el aliento.

— ¿No te lo dijo *tua mamma*? Giacomo viene para oír contigo esa charla que les dará la doctora sobre, ya sabes, las cosas de la adolescencia. A los chicos como ustedes alguien debe explicarles este tipo de cosas, ¿no crees?

Gabriel se quedó con menos aliento que con el abrazo de doña Antonella. ¿O sea que la razón de la visita era para que la doctora les hablara sobre



sexo?! El chico no lo podía creer.

—Bien, *Gabriele*, te dejo con Giacomo. Quedamos con *tua mamma* de juntarnos en la cafetería de la esquina. Y tranquilízate ya, Giacomo. Te aseguro que la doctora no te va a poner ninguna inyección. *Bene. Ciao ragazzi!* — y salió por la puerta.

Así quedaron solos los dos “enemigos”. Gabriel vio a Jack sin decir palabra y se sentó en uno de los extremos de una larga banca de madera. Jack se quedó de pie un rato más, asustado aún de estar en una clínica donde, según él, el asunto de la charla sobre la adolescencia era solo un truco para ponerle una inyección. Y Jack le tenía pánico a las inyecciones. Al final, tomó asiento tímidamente en el extremo contrario de la banca.

Los dos chicos se veían de reojo. Y Gabriel fingía que no veía a Jack.

Pasó así otra media hora, hasta que entró a la clínica el último paciente de la doctora. Ahora los dos muchachos estaban solos en la habitación.

Gabriel vio por el rabillo del ojo como Jack se empezaba a acercar a él. Pero lo hacía poco a poco. Avanzaba por la banca y luego se quedaba quieto. Avanzaba otro poco y luego no se movía.

—Gabriel. Gabriel. —se escuchó la voz de Jack

Gabriel fingió no escuchar nada. Pero hubo un momento en que tenía a Jack tan cerca que no podía fingir más.

— ¿Qué quieres? —respondió de forma seca.

— ¿Es verdad que no nos van a poner una inyección?

—Creo que no.

Con Jack pegado a su lado y sintiendo la vista de su amigo sobre él, Gabriel empezó a sentirse incomodo. Sabía que su amigo quería decirle algo más.

— ¿Qué quieres ahora? Dímelo de una vez.

—Quiero que me perdones por lo que pasó aquel día. No me gusta pelear contigo.

Gabriel estaba a punto de responder cuando sale la doctora despidiendo a su paciente.

— ¡Hola, amiguito! Tú debes ser... ¿cómo dices que te llamas?

—preguntó la doctora a Jack.

—Gia... Giacomo —dijo el chico, sin ocultar el miedo que le daban los médicos.

—Bien, como sea. Ahora pasen por acá. Tenemos mucho de qué hablar.

Así pasaron a la clínica de la doctora. Ella les señaló dos sillas que estaban frente a una pantalla de televisión. En estas se sentaron los chicos.

—Bien, amiguitos. Platicué con sus mamás y me contaron que ya empiezan a sentir curiosidad sobre las cosas que pasan en la adolescencia. Pues bien. Les pondré un video que les explicará algunas cosas y luego platicamos de eso. ¿Les parece? —indicó la doctora.

Los chicos solo asintieron con la cabeza. Para ellos esto era bastante sorprendente y un poco incómodo.

La doctora sacó de su librería un cassette de VHS y lo colocó dentro de un viejo reproductor que estaba debajo del televisor. Luego de asegurarse de que este funcionaba, se alejó del aparato y se sentó detrás de los chicos.

El corazón de Gabriel empezó a palpar más de la cuenta. Ver el libro de ciencias naturales a escondidas era una cosa. Hablar de sexo con la doctora o ver un video sobre eso era otra muy distinta. Con los ojos pegados al televisor, el chico esperaba de forma nerviosa que esto no fuera peor de la que ya era.

El video empezó a correr. La llovizna en la pantalla confirmaba que el cassette era viejo y había sido usado muchísimas veces. Con un pésimo sonido, el video empezaba con una música de introducción, luego las palabras "*The Changes of the life*", las cuales fueron luego traducidas por una voz al español como "*La Llegada de la Pubertad*". Y en la parte de abajo, en letras pequeñas, las palabras "*Copyright 1979*". Sí. El video era de 1979, que para Gabriel significaba que había sido filmado en la prehistoria.

Apareció entonces un campo de beisbol. En él jugaba un equipo con chicos de entre 11 y 13 años. La cámara enfoca a uno de ellos, quien es llamado por la voz en inglés como James y en la de español como Jaime, de 12 años, pero que aparenta tener como 14. El narrador explica como Jaime disfruta de jugar al beisbol. Explica también como Jaime ha crecido y se ve más grande que muchos de sus compañeros de equipo. Luego, Jaime aparece llegando a su casa con el uniforme sucio. Saluda a su mamá y entra al baño, dispuesto a darse una ducha. Mientras Jaime —o como se supone que se llame este chico en la vida real— se quita el uniforme de beisbol pieza por pieza, la cámara enfoca las distintas partes de su cuerpo

y explica los cambios por los que pasan los muchachos.

Jaime se queda pronto solo en ropa interior. Gabriel —y todos aquellos chicos que han visto sonrojados el video desde 1979— espera que la cosa termine aquí. Pero están equivocados. Ahora Jaime baja su ropa interior y la cámara enfoca sus genitales, los cuales son mostrados sin ninguna censura.

Suponemos que el Jaime de la vida real— quien tendrá ahora más de 40 años— no tiene ni idea que este vergonzoso video es usado aún en la clínica de una alocada pediatra.

Mientras el narrador explica algunas cosas respecto a los genitales de los varones, Gabriel escucha como Jack intenta aguantar la risa. Pero solo fue un intento. Como ocurrió en la habitación de Gabriel, Jack empieza a reír sin parar, lo que obliga a la doctora a ponerle pausa al video.

— ¡Cálmate ya, amiguito! Sé que este tipo de temas los ponen nerviosos, pero deben ver esto como algo natural — indicó la pediatra.

Luego de varios intentos de calmar a Jack, a la doctora Alegría se le ocurre la genial idea de tranquilizar al chico dándole un par de dulces. Y para asegurarse que no molestará más, les deja a los chicos, sobre una mesita, un frasco lleno de caramelos.

Gabriel —quien si estaba interesado en ver el dichoso video— sabía que el exceso de azucar alteraba a su amigo, pero con tal de que se calmara, no le importaba lo que le dieran, aun así fuera cianuro.

Jack por fin se calmó. Así que, con el control en la mano, la doctora hizo correr de nuevo la cinta.

Luego de hablar un poco más sobre los muchachos, aparece en pantalla un grupo de chicas jugando al básquet. Con pantalones acampanados y blusas floreadas, las chicas se lanzan la pelota, buscando encestar. Y como ocurrió con Jaime, la cámara enfoca a una chica, a quien llama Ana, en los dos idiomas.

Ahora Gabriel se acomodó en su asiento. Si sus sospechas no fallaban y si el video seguía la misma línea que con Jaime, esto estaba por ponerse interesante. Pero Gabriel no dejaba de ver como la mano de Jack entraba y salía del frasco con dulces. Y también notó como la actitud de Jack cambiaba. Parecía no poder estar tranquilo en su asiento.

Y las sospechas de Gabriel no fallaron. Así que Ana regresó a su casa y entro en el baño —que era por cierto el mismo baño en el que entró Jaime

— y empieza a quitarse prenda por prenda.

Gabriel siente como Jack le da un golpe en el brazo y le dice:

— ¡Mira, mira!

— ¡Silencio! — dijo la doctora.

Ana queda solamente en ropa interior. ¡Y el corazón de Gabriel parecía que saltaría de su pecho! El muchacho jamás había visto una chica en ropa interior, excepto a las que aparecían en los catálogos de perfumería que su mamá llevaba de vez en cuando.

Ahora, Ana empieza por quitarse el sostén. Y cuando la cámara enfoca el busto desnudo propio de una jovencita de unos 13 años, Gabriel siente como el mundo se detuvo y como tiene ante él algo que nunca imaginó poder ver a tan corta edad. Y el chico siente como el sudor recorre su frente y como la temperatura de la habitación aumenta. Un torbellino de sensaciones invade el cuerpo del muchacho.

Jack se mete el dedo índice y pulgar a la boca y lanza un fuerte chiflido, gritando luego:

— *Bella gnocca!* — que significa en italiano “chica bella” o “chica linda”

Para este momento, Jack estaba parado sobre su asiento.

La doctora —quien no entendía ni una pizca de italiano— creyó que Jack había dicho una frase ofensiva hacia la dignidad de la mujer, por lo que, deteniendo el video de inmediato, exclamó:

— ¡Jovencito! No voy a permitir que te expreses así de las chicas. Debes aprender a respetar a las mujeres.

La impresión provocada por el video, unido al exceso de azúcar, hicieron que Jack perdiera la cabeza. Saltando de la silla, se acercó a la doctora.

— ¡Ponga de nuevo el video! —dijo Jack, queriendo tomar el control remoto de las manos de la pediatra.

— ¡¿Qué te pasa?! ¡Cálmate por favor! —decía la doctora.

Por fin, Jack arrebató el control remoto a la mujer y salió corriendo de la habitación con él. La doctora lo persiguió y Gabriel también fue tras ellos.

Jack logró entrar al baño y puso el seguro.

— ¡Abre la puerta, jovencito! ¡Esto no es un juego!

— ¡Jack! ¡Abre la puerta! ¡Te meterás en problemas!—gritaba Gabriel, intentando hacer entrar en razón a su amigo.

—*Non apro e non apro!* — se escuchaba desde dentro.

Cuando la doctora se cansó de insistir, no tuvo otra opción que llamar por teléfono a la madre de Jack, quien estuvo en la clínica en menos de 5 minutos. Por fin, ella logró que su "monstruo" abriera la puerta. La mamá de Gabriel llegó con ella.

La doctora —quien de payaso se transformó en una energúmena— pidió que jamás volvieran a traer a Jack a su clínica y les pidió a todos que se retiraran de inmediato.

Y así terminó la clase de educación sexual de Gabriel.

Era otra soleada y tranquila tarde. Debajo del mismo árbol, los dos chicos de esta historia conversaban sobre los cambios de la adolescencia y como estos afectaban su vida:

—Y si ahora soy adolescente —decía Jack— ¿ya no podré pedir el menú infantil en el *ristorante*?

—Claro que puedes. —respondía Gabriel con cara de fastidio.

—Porque no hay menú para adolescentes, ¿o sí?

—No, no hay.

— ¿Y la franja infantil de la televisión? ¿Puedo seguir viéndola?

Gabriel lanzó un suspiro. Se levanto sin decir palabra, tomó su bicicleta y, sin montarse en ella, empezó a caminar rumbo a su casa, mientras pensaba en lo difícil que era ser adolescente y en los cambios que estaban por venir. Y detrás de él venía su mejor amigo, quien se había convertido también en su compañero de viaje en el no siempre agradable camino hacia la madurez.

## Capítulo 4

### Sueños húmedos

El sonido del silbato marcó el inicio del partido de fútbol. Arenera San Miguel contra Colegio Villa Sol. Eran las 10:15 de la mañana del sábado y el grupo de 22 muchachos de ambos equipos se movían sobre el pasto verde del campo con el único objetivo de ganar este partido, sumar puntos y hacerse de la copa que se disputaban cada año los equipos infanto-juveniles locales.

Y mientras los 11 chicos de Arenera San Miguel podían bañarse de gloria si ganaban el partido, había otro grupo dentro del equipo que solo podía contemplar como sus compañeros, con la camisola sudada, se convertían en pequeñas estrellas y gozaban de la admiración de padres, entrenadores y miembros de otros equipos. El grupo al que nos referimos era más conocido como “los de la banca”, aquellos que eran útiles solo cuando alguna de las “estrellas” necesitaba un respiro o sufría algún accidente durante el juego —cosa que nunca solía ocurrir—. Era este un grupo de 5 chicos que regresaban a sus casas con el uniforme tan limpio como salió de ellas (y esto para alivio de las madres que odiaban sacarle la mugre a los dichosos uniformes).

Entre este nada envidiable grupo se encontraban Gabriel y Jack. Ellos sabían que, durante los partidos importantes y definitivos, su lugar era esa aburrida banca. Y aquí estaban ese sábado. Gabriel, con los codos sobre sus rodillas y el mentón sobre las palmas de sus manos, miraba como sus compañeros corrían de un lado a otro, defendiendo posiciones y buscando oportunidades de gol. Mientras que Jack, sentado sobre el pasto, a un lado de la banca, buscaba superar su puntuación en el legendario juego de la “culebrita”. A su lado, un chico de poca estatura y dientes salidos a quien llamaban Chaparro —y dueño del teléfono que Jack tenía en las manos— veía como Jack manejaba con habilidad el teclado.

Y así se iban pasando los minutos de este partido que para “los de la banca” no significaba más que otra ocasión para sentirse subestimados.

— ¡Oigan, muchachos! —dijo un chico gordo y presumido de apellido Ortega y quien buscaba ponerle un poco de ánimo a la banca— ¿ya vieron el comercial de la chica del bronceador? ¡Esa chica está buenísima!

Chaparro se alejó del lado de Jack y dijo:

— ¡Sí, yo lo vi, yo lo vi! ¡Qué chica!

Con expresión provocadora y burlona, Ortega preguntó:

— ¿López y Marcato? ¿Ustedes ya vieron el comercial? ¿O deben pedir permiso a sus mamás para verlo? Ja, ja, ja...

Gabriel no quiso apresurarse a responder. No quería parecer un ignorante ante un asunto que podría hacerlo quedar como un tonto.

— ¿Qué comercial? —preguntó Jack.

Ortega y Chaparro empezaron a reír.

—Me lo imaginé. Eres todavía un niño, Marcato. ¿A qué hora te manda tu mami a la cama? —preguntó Ortega

—A las 9 de la noche. *Per chè?* —dijo Jack de forma inocente.

Ortega rió de nuevo, burlándose de Jack.

—Entonces jamás verás el comercial —agregó Chaparro —Este lo pasan en la tele como a las 11:30 de la noche, en horario para adultos. Jamás lo verás.

— ¿Y tú, López, no dices nada? Seguro tampoco lo has visto—dijo de nuevo Ortega, provocando a Gabriel. —Si quieren dejar de ser niños y convertirse en hombres, deben ver el comer...

—iiiGooool!!! —gritó Chaparro con entusiasmo.

“Los de la banca” saltaban de alegría celebrando el primer gol de su equipo y del partido. Solo Gabriel permaneció sentado en la banca, pensando en el comercial de la chica del bronceador. Él debía ver ese comercial a toda costa.

Al final, el marcador quedó 3-1 a favor de Arenera San Miguel. De nuevo el equipo ganaba sin la ayuda de Gabriel y Jack. Y los dos muchachos regresaron a sus casas con los uniformes limpios otra vez.

El lunes por la noche todo marchaba de modo habitual en el apartamento de Gabriel. El niño se había despedido de su mamá, listo para ir a la cama. Eran las 9:45. La puerta de la habitación de Gabriel se cerró. Hora de dormir... en apariencia.

Mientras Jack había olvidado el asunto del comercial de bronceadores, Gabriel no. Este pensamiento lo estaba consumiendo desde el fin de semana. Ahora tenía preparado un sencillo plan: esperar a que dieran las

11:30 de la noche y mientras su mamá veía la televisión, el muchacho saldría de su cuarto sin hacer ruido y vería el anuncio detrás del sofá. ¡Buen plan! No podía fallar.

Acostado en su cama y con la luz apagada, Gabriel miraba con ansiedad como los números rojos del despertador cambiaban lentamente.

Cuando dieron las 10:30, los ojos de Gabriel luchaban por permanecer abiertos. Decidió entonces dormir solo un par de minutos y despertar a las 11:30. Así lo hizo, solo que cuando abrió los ojos, el reloj marcaba las 5:45 de la mañana del día siguiente y solo le quedaban 15 minutos para levantarse.

— ¡Diablos! —exclamó el chico, como era habitual cuando las cosas no salían como esperaba.

La noche siguiente pensó en seguir el mismo plan, solo que ahora no se acostaría a dormir, sino que mataría el tiempo leyendo alguna revista o escuchando radio, o lo que se le viniera a la mente en ese momento. Pero no contaba con la fuerza que ejerce el cansancio sobre el cuerpo y, de nuevo a las 10:30, cuando daba el bostezo número 50 de esa noche, decidió por voluntad propia irse a dormir y pensar en otro plan al día siguiente.

La semana pasó y Gabriel no pudo concretar nada.

—Lo intentaré la otra semana —se dijo.

Pasó otra semana en que el chico intentó ver el comercial y no pudo. Pronto, su interés por este asunto se fue desvaneciendo y desistió de su intento.

— ¡Qué más da un estúpido comercial! —se dijo en esa ocasión.

Y llegó algo que hizo que Gabriel olvidara este y todos los planes que pudiera tener en mente: los exámenes de medio año. Esos exámenes que pueden hacer la diferencia entre ganar el año o repetir vergonzosamente el grado. Toda la atención del muchacho se centró en ganar estas pruebas a como diera lugar.

El examen que más afligía a Gabriel y a su mamá —y seguro que a todas las madres y todos los hijos de esta y todas las escuelas— era el examen de matemáticas. Pero Gabriel contaba con la invaluable ayuda de quien era su vecina y amor imposible: Marcela.

Un jueves por la noche, Gabriel estaba sentado en el comedor de casa de Marcela. La hermosa mujer de 22 años sabía que al día siguiente era el



examen del chico, así que se concentró en repasar los temas del examen. Ella explicaba cierto procedimiento al muchacho y este trataba la manera de concentrarse en las operaciones matemáticas y no en aquella chica que le había arrebatado el corazón desde el primer día en que la vio. Y esto era todo un reto para el chiquillo.

Tener a Marcela a su lado ocasionaba que el corazón de Gabriel latiera con más rapidez, que su respiración se entrecortara, que su vello se erizara y que sus piernas se hicieran de mantequilla. Tener a Marcela a su lado era como si todas las cosas buenas y hermosas del mundo se resumieran en este momento, tan mágico, tan romántico y cargado de cierto aire de incómoda sensualidad. Y al chico todo esto lo hacía sudar y tragar saliva.

—Gabriel, ¿entendiste el procedimiento? —preguntó Marcela, quien notó la mirada perdida de Gabriel, ignorando que esta falta de concentración se debía al amor y no a un retraso mental, como ella lo creía.

Sacudiendo su cabeza para hacer regresar sus pensamientos al momento actual, el chico responde con una mentira:

—Sí... sí entendí.

—Bien. Creo que es todo por hoy. Te deseo suerte en tu examen. Y, por cierto, ¿en tu escuela no hay un psicólogo o alguien que te... digo, que ayude a los chicos con problemas?

Sin entender a que se refería Marcela, Gabriel dijo:

—Eh... no. Creo que no. ¿Por qué?

—Por nada.

Gabriel tomó sus cosas y salió de la casa de Marcela, no sin antes darle la mano en señal de despedida. Este saludo siempre le dejaba la mano perfumada, con olor a "Marcela", como él decía.

Pero el muchacho estaba consciente de que no había puesto la suficiente atención a las explicaciones de su tutora. Así que se propuso repasar un poco antes de ir a la cama. Colocó sus cosas en la mesa del comedor y se dispuso a estudiar.

Para una madre siempre es motivo de orgullo ver a sus hijos concentrados en los estudios. Así que la madre de Gabriel miraba como su pequeño se quebraba la cabeza, resolviendo ciertos procedimientos matemáticos que eran difíciles hasta para ella. Y la madre hubiera querido tener una

cámara de fotos para congelar este instante.

Totalmente concentrado, el muchacho resolvía las operaciones, consultaba su libro, borraba sus equivocaciones y volvía a repetir los procedimientos en que había fallado. Para este momento, el reloj marcaba las 11 de la noche. Sin sentirlo, Gabriel había perdido la noción del tiempo.

En este momento decidió que era hora de descansar. Ya no podía hacer más. Y cerró los libros con la esperanza de que todo este tiempo invertido lo ayudara a ganar este examen.

Se dirigió a la sala para despedirse de su mamá quien veía la televisión, cuando sus ojos quedaron atrapados por la imagen que aparecía en la pantalla del aparato:

Con una sugerente melodía de fondo, la cámara capturaba la imagen de una mujer, de unos 25 años, corriendo en la orilla de la playa. Su cuerpo bronceado, su cabello castaño oscuro y unos atractivos ojos claros, parecían querer seducir al espectador. Y lo más impresionante del anuncio era el prominente busto de la modelo, el cual —al correr— se movía de un lado a otro, momento que era aprovechado por la cámara para hacer un “close-up” —todo esto planificado por los mercadólogos y publicistas que crearon el comercial—.

La chica se tumba luego en la arena, toma la botella de bronceador y empieza a aplicarlo sobre su cuerpo, con una lentitud tan provocadora como su mirada y la música de fondo. Se quita luego la parte del traje de baño que cubre su pecho y empieza a aplicar de nuevo el bronceador, momento que es censurado por un letrero con el nombre del producto.

Así de sencillo era este comercial que estaba en boca de todos: los hombres hablaban de él con admiración y las mujeres —en especial las madres de familia—lo consideraban escandaloso, de mal gusto y perjudicial. Y no faltó aquella madre que mandó una carta o correo electrónico a la dirección del canal de televisión, pidiendo la censura de este atrevido anuncio publicitario.

— ¡Ya no existe el respeto ni el pudor en este mundo! ¿A dónde vamos a parar con... —exclamó la madre de Gabriel, hablando para sí misma.

Pero, cuando voltea la vista, se topa con su hijo quien, de pie, observaba con ojos de sorpresa y la boca entreabierta la pantalla del televisor.

La madre no supo cómo reaccionar. Sabía que su hijo había visto el comercial y su expresión no dejaba lugar a dudas que este le había

impresionado.

Pero cuando Gabriel se vio sorprendido por su madre, intentó disimular que nada pasaba. Tanto la madre como el hijo quisieron restarle importancia al asunto. Los dos se sentían avergonzados. Gabriel se despide de su mamá y se retira a su cuarto.

Ya en su habitación, Gabriel se sienta sobre su cama y lanza un suspiro diciendo:

—Chaparro tenía razón: ¡Que chica!

Para el muchacho era muy difícil quitarse de la cabeza la imagen de la voluptuosa mujer del comercial. Y, sabiendo que debía descansar y estar fresco para el examen, Gabriel entra al baño a lavarse la cara, tratando de dejar de lado lo del anuncio televisivo.

Pronto se acuesta sobre su cama, apaga la luz y se queda dormido.

Dentro del salón de clases, Gabriel estaba sentado en su pupitre. El muchacho esperaba el momento en que el profesor empezaba a repartir la hoja con el contenido del esperado examen de matemáticas. Pero pasaba algo curioso: Gabriel estaba solo dentro del salón. Un sentimiento de inquietud y curiosidad dominó al chico. Se levantó de su pupitre y salió del salón de clases, solo para encontrarse con que el pasillo también estaba solitario.

Gabriel empezó a caminar por los corredores de la escuela, esperando toparse con alguien. Pero tanto corredores como aulas estaban todas vacías. Salió al patio de recreo y este estaba cubierto por una densa neblina que no dejaba ver más allá de las propias narices.

Asustado, Gabriel corrió de regreso a su salón de clases. Al entrar de nuevo en este, sus pies se hundieron en el piso.

— ¡¿Arena?! —exclamó el muchacho.

Porque, ahora, el piso del salón era de fina y blanca arena. Y al levantar la vista, Gabriel se encuentra con que su salón de clases ha desaparecido y el chico está parado en medio de la playa. La brisa del mar golpea su cara y el calor del sol quema su piel.

Y vestido aún con su uniforme escolar, Gabriel empieza a caminar sobre la arena, sin un rumbo fijo. Pero observa de lejos una figura humana corriendo hacia él. Conforme se va acercando, la figura empieza a tomar la curvilínea forma de una mujer joven.

Gabriel queda impactado por la imagen de la mujer, vestida con un diminuto bikini, que corre en cámara lenta hacia él. El chico se lleva las manos a los ojos y se los frota.

— ¡¿Marcela?!

El corazón del muchacho empezó a acelerar sus palpitations. Lo que sus ojos le muestran es una de las más fascinantes visiones que pudo ser capaz de imaginar: Marcela, su gran amor, en traje de baño, corriendo en una playa en la que hay solamente dos personas: ella y él.

Y como en el comercial del bronceador, el busto de Marcela se mueve al compás de los pasos largos que lanza al correr. Gabriel no lo puede creer. Siente que lo invade la excitación. Y siente como las hormonas se alborotan dentro de su cuerpo.

Cuando tuvo a Marcela frente a él, Gabriel no sabía para donde mirar: su busto, sus caderas, sus piernas, su rostro, su cabellera, sus labios, sus ojos. Pero pronto la chica se sienta en la arena, saca un bronceador y empieza a aplicarlo sobre su cuerpo, ante los ojos de sorpresa del muchacho.

— ¿Me ayudas con el bronceador, Gabriel? —dijo Marcela, levantando el envase e invitando al niño a tomarlo entre sus manos.

El chico tragó saliva y tomó el bronceador. No sabía si era la brisa del mar o el sudor que bajaba por su frente el que empapaba su cara. Lentamente se acercó a la sensual mujer quien ahora reposaba en la playa, dándole la espalda al sol.

Gabriel aplicó un poco de bronceador sobre sus manos temblorosas. Sintiendo una mezcla de excitación y culpa, el muchacho acercó lentamente sus manos hacia el cuerpo de la mujer. Y cuando las yemas de sus dedos se encontraban a milímetros de rozar la piel bronceada de la chica, Gabriel sintió ciertos movimientos involuntarios en sus genitales.

De pronto la luz del sol desaparece. Y cuando Gabriel vuelve la vista hacia el astro rey, observa como una ola gigante, de miles de metros de altura, se levanta sobre él y sobre Marcela, dejándose caer en picada y cubriendo con un fuerte golpe todo lo que se encontraba en la playa...

El chico se sienta de golpe en su cama. Con la respiración agitada y bañado en sudor, Gabriel se da cuenta que todo esto fue un sueño. ¡Pero qué sueño! El despertador marcaba las 3:30 de la madrugada.

Con la mente hecha un torbellino, Gabriel trata de dejar a un lado la fantasía y tomar contacto con la realidad. Así que palpa la ropa con la que duerme y la siente incómodamente mojada por el sudor. Toca su cabello y

también está mojado.

Pero lo que más llama su atención es una sensación húmeda debajo de su ombligo. Palpando en la oscuridad, el muchacho se encuentra con que su vientre está manchado con un líquido viscoso. Y Gabriel retira su mano con asco y limpia sus dedos en la sábana.

Se levanta de la cama sintiendo esa incomoda sensación que causa el contacto de la tela húmeda sobre el cuerpo. Saca ropa limpia del closet y se dirige al baño. Aquí dentro se quita la ropa mojada y con la pieza de ropa interior que acaba de quitarse, limpia esta sustancia blanquecina, preguntándose qué es y como apareció aquí. Luego de echar la ropa sucia en la canasta respectiva, Gabriel se tiende sobre su cama y cae rendido por el sueño.

El examen de matemáticas no estuvo nada fácil... ni tampoco muy difícil. Gabriel resolvió las operaciones que le resultaron más sencillas. Aunque parezca raro, Gabriel tenía la sensación que le había ido bien en el examen. Pero tendría que esperar los resultados para saber con certeza si había ganado o perdido. Y estos resultados los conocería dentro de una semana, así que preocuparse por ahora era inútil.

Gabriel aún seguía inquieto por lo que le ocurrió en la madrugada. El chico escarbaba dentro de su mente para recordar todos los detalles del sueño, que ahora parecían más difusos. No tuvo más opción que contárselo a Jack durante el recreo, esperando con esto encontrar una respuesta.

— ¿Una cosa pegajosa en la barriga? No. Nunca me ha pasado.  
—dijo Jack, rascándose la cabeza. — ¿Y de qué color era?

—Era entre blanca y transparente a la vez. ¡Era asquerosa!

— ¿Seguro que no era verde? Porque yo vi en una película que...

—No, Jack. ¡No era verde! — interrumpió Gabriel con voz fuerte, intentando frenar cualquier fantasía en la cabeza de su amigo.

— *Bene, bene!* No te alteres. Déjame pensar un minuto... — y en una actitud que a Gabriel le pareció tonta, Jack se cubre la cara con las manos, para así conectarse con sus pensamientos.

Pasados unos segundos, el pecoso dice:

—*Ragazzo!* ¿Y si se te abrió el ombligo? ¡Esa cosa puede haber salido de tu ombligo!

Gabriel no respondió nada. ¿Era posible eso? ¿Podía abrirse el ombligo? Lo que Jack decía no sonaba muy disparatado. En fin, todo esto era un misterio. Y dejando las cosas como estaban, Gabriel cambió de tema y los chicos empezaron a hablar sobre videojuegos.

Pasadas unas semanas, y sin encontrarle una respuesta al misterio, Gabriel olvidó el asunto.

Una aburrida tarde de sábado, Gabriel estaba sentado en un salón de belleza, esperando a que su mamá terminara de arreglarse el pelo. Y como esta actividad tomaba casi siempre una hora o más —y todo debido a que ella y la peluquera se ponían a platicar de todos los temas conocidos por la humanidad— Gabriel repasaba una y otra vez las viejas revistas femeninas de los 80's y 90's que habían en el salón y que no era la primera vez que miraba.

Pero la imagen de un artículo de cierta revista llamó su atención. En esta imagen aparecía un chico como de su edad, vestido con pijama y sentado en su cama. Sobre la imagen, con letras bastante grandes, el titular "Sueños húmedos".

Gabriel pensó que trataba sobre chicos que aún mojaban la cama, así que se dispuso a leerlo. Y la respuesta que había estado buscando por algunas semanas apareció ante sus ojos.

El artículo buscaba explicar a las madres todo lo relacionado con las primeras poluciones nocturnas en los muchachos. ¡Y Gabriel lo leyó y lo relejó, comprendiendo ahora que él estaba pasando por lo mismo!

Luego regresó a su casa con la seguridad de que todo esto era algo natural, propio de su edad.

Un mes después, Gabriel se topó con Jack a la entrada de la escuela. La cara de su amigo reflejaba cierta preocupación, cosa rara en Jack.

— ¿Te pasa algo? Te ves raro — preguntó Gabriel.

—Anoche me pasó lo mismo que a ti. ¡Se me abrió el ombligo, *amico!*

Gabriel sonrió. Pasó su brazo sobre la nuca del chico y le dijo:

—Jack, nos estamos convirtiendo en hombres.



## Capítulo 5

### Discusiones

—Gabrielito, otra vez dejaste la toalla mojada sobre tu cama. Por favor recógela y llévala al tendedero. —le indicó su mamá, quien llevaba en las manos el canasto con la ropa sucia.

Luego de hacer un gesto de fastidio, Gabriel se levantó del sofá con actitud perezosa. Se dirigió a su habitación, tomó la toalla y la llevó al cuarto de lavado, donde la colocó sobre el tendedero. Regresó a la sala, se tiró sobre el sofá y se dispuso a esperar el inicio de un partido de la liga europea. Era un domingo al medio día.

Tumbado sobre el asiento, el chico estaba dispuesto a hacer el mínimo de actividad posible. Se había levantado a las 10:30 de la mañana, había dejado el desayuno a medias y cuando recordó lo del juego de fútbol, se prendió al televisor.

—Gabrielito, no te terminaste el cereal. Ven a comer y luego ves el dichoso partido. ¡Cuántos niños quisieran tener ese plato de comida y tú lo desperdicias! —volvió a indicar su madre, en un tono de súplica.

Con otro mal gesto, Gabriel entra a la cocina, recoge el tazón de cereal y regresa con él a la sala. Aquí se lleva a la boca dos cucharadas de ese cereal, colorido y cargado de azúcar, dejándolo después sobre la mesa de centro. El muchacho no tenía intenciones de terminárselo.

El canal de televisión anunció el inicio de su franja deportiva. Aparece en pantalla la imagen de un moderno estadio de futbol, repleto de gente. El partido estaba por comenzar y Gabriel se acomodó en el sillón.

El niño ve por el rabillo del ojo como su madre se acerca lentamente a la sala, trapeando el piso y deteniéndose por momentos para echar en el suelo un líquido rosado y con olor agradable.

Cuando el locutor daba la alineación de los dos equipos, la madre trapea frente al televisor, obstruyendo la visión del muchacho quien, como príncipe, descansa su cabeza sobre dos almohadones.

— ¡Mamá, no me dejas ver! — reclamó con impaciencia.

—Espera. Ahorita me quito —indicó el ama de casa.



Gabriel respondió con ese sonido que se hace con la boca cuando se está impaciente.

Cuando la madre estuvo cerca de su hijo, le señaló:

—No pongas los zapatos sobre el sofá, Gabrielito. Quítate los tenis por favor, hijo.

La paciencia del hombrecito estaba llegando a su límite. Arrugando el ceño, Gabriel mira con enfado a su mamá. Luego, sin moverse de su lugar, se quita el zapato izquierdo con la ayuda del zapato derecho. Repitió la operación con el otro zapato y, con un movimiento del pie, lanza el zapato al aire.

Sería cosa de la mala suerte, la “mala vibra” o el mal karma, que hizo que las cosas empeoraran. Ya en el aire, el zapato tomó la dirección equivocada, cayendo sobre la mesa de centro, empujando el plato con cereal y haciéndolo caer sobre el piso recién trapeado. Toda esta secuencia ocurrió en cosa de segundos.

— ¡Gabriel Antonio! — gritó la madre.

Al ver el cereal con leche regado sobre el piso, el chico sabía que estaba en problemas... otra vez. Así que se puso de pie de inmediato.

Y así empezó el sermón. ¡El odioso sermón!

— ¡Ves lo que ocasionas por estar de holgazán! ¡Debías haber terminado ese cereal en el comedor! ¡Y por la pereza de no quitarte los zapatos como la gente, hiciste este desastre!

— ¡Fue un accidente! — decía el niño en su defensa.

¿Cuántos sermones como este escucha un chico desde que es capaz de gatear hasta los 12 años? Son incontables.

Pero en esta ocasión, Gabriel no estaba dispuesto a quedarse con la boca callada. Ese sentido de lo justo y lo injusto que en la adolescencia hace ver las cosas como blanco o como negro, le daba fuerzas a Gabriel para exigir su derecho a defenderse.

Cuando sintió que esta discusión no terminaría nunca; cuando sintió que su madre ignoraba sus derechos; cuando su paciencia adolescente se agotó, Gabriel estalló:

— ¡Ya cállate! ¡Déjame hablar a mí un momento! ¡Que, ¿tú no cometes errores?! ¿O te crees perfecta? —dijo el muchacho con la cara

encendida por el coraje.

La madre guardó silencio. ¡No podía creerlo! Su hijo, el ser al que más adoraba en este mundo, aquel por quien luchaba todos los días para llevar el alimento a la mesa, aquel a quien arropaba durante las noches de frío, al que velaba cuando tenía fiebre y al que le procuraba calzones limpios, ahora le levantaba la voz con una actitud insolente y retadora.

Y en un instante de ira ciega, la madre levanta la mano y corrige al chico con una fuerte bofetada. Cuando la madre se arrepintió, ya era demasiado tarde.

Gabriel quedó de pie. El fleco le cubrió la frente, sus ojos se llenaron de lágrimas y su quijada empezó a temblar.

Y como suele ocurrir en situaciones como esta, el muchachito corrió a su habitación, somatando la puerta de golpe.

Tendido en la cama, Gabriel se ahogaba en su propio llanto. Aquí meditaba lo injusta que era su vida. Se sentía el chico más desgraciado del planeta y el más incomprendido.

Y en un arrebato propio de su edad, dijo entre lágrimas:

— ¡Maldito el día en que nací!

Pero así son los adolescentes, muy temperamentales.

Y desde la sala, como burlándose de la situación, el narrador daba por iniciado el partido. Un partido que al herido chico de 12 años ya no le interesaba.

El lunes por la mañana, Gabriel caminaba rumbo a la escuela. El dolor que sentía poco a poco fue desplazado por el orgullo y la ira. Ese lunes al medio día, se cumplirían 24 horas del problema y también 24 horas de que tanto madre como hijo no se dirigían la palabra.

Desde su nacimiento, todos estaban de acuerdo con que Gabriel era parecido a su mamá. Tenían los mismos gestos, la misma sonrisa... y los mismos defectos. Y el principal de ellos era el orgullo. Cuando se enojaban, empezaba la competencia por saber quien cedía primero. Pero esta vez Gabriel estaba dispuesto a ir más allá. Ya no toleraría más otro abuso. Estaba cansado de tanto sufrimiento —claro que Gabriel estaba exagerando demasiado—.

A la hora del recreo —ese momento en que los chicos comparten con aquellos con los que están en igualdad de condiciones— Gabriel desahogó sus penas en su amigo, cómplice, confidente y ahora consejero y esperaba que —con la sabiduría acumulada durante esos 12 años de vida— él le ayudaría a aclarar sus pensamientos y a indicarle cual era el mejor camino a seguir:

— ¡Ya estoy harto, Jack! La vida con mi mamá se volvió insoportable. Ella no me entiende.

—*E vero, amico*. Las mamás nunca nos comprenden. Solo se la pasan regañando. *Mia mamma* solo vive diciendo: “Giacomo, no camines sin zapatos porque ensucias los calcetines”; “Giacomo, no pelees con tu hermana”; “Giacomo, no hables con la boca llena”; “Giacomo, levanta el asiento del baño cuando vayas a orinar”. En fin. Todo es “Giacomo aquí y Giacomo allá”. *Che palle!*

— ¿Y qué crees que debo hacer?

— ¡Vete de tu casa! Ya verás que pronto pronto te empiezan a buscar y tu mamá llorará diciendo: “¡Cuánto hice sufrir a mi Gabrielito! ¿Qué haré sin él? *Figlio mio, dove sei?*” Y que mejor si apareces ahogado en un río o encuentran tu esqueleto en medio del desierto, o te vas a la guerra y regresas sin una pierna... ¡o mejor sin las dos! ¡Eso siempre funciona!

Con los ojos abiertos, a Gabriel no le cabía duda de que Jack tenía una imaginación bastante activa. Pero lo de irse de la casa no era tan mala idea después de todo. Así que dedicó el resto de la jornada escolar a preparar los detalles dentro de su mente.

El sol del medio día castigaba el pavimento, convirtiéndolo en un verdadero sartén que calentaba todo lo que estuviera sobre él. Las personas que caminaban por la calle buscaban el más mínimo indicio de sombra para protegerse de los sofocantes rayos del sol.

Desafiando al ardiente sol, los dos chicos de nuestra historia caminaban lentamente sobre la acera, buscando cada uno su casa.

Jack vestía, como siempre, uno de sus tantos sudaderos con capucha y con esta se defendía un poco de los rayos solares aunque por dentro estuviera sudando como en un sauna. Mientras que Gabriel no prestaba atención al ardiente sol. Él estaba ocupado tratando de explicar a Jack cuál era su plan para fugarse de la casa:

—Mira. Todo el mundo cuando se escapa de su casa hace lo mismo: escribe una nota diciendo porqué se va, espera que sea de noche y que todos estén durmiendo, abre la ventana de su habitación y salta al

jardín, para luego llegar a la estación del tren e irse lejos. Yo pienso hacer todo lo contrario.

—Claro, porque tú vives en un segundo nivel y no puedes bajar por la ventana. Como vives en un apartamento, no tienes jardín. Y de todos modos, aquí en la ciudad no hay tren. Te entiendo muy bien.

Con un gesto de decepción, Gabriel notó que Jack no seguía sus pensamientos.

—No me refiero a eso, Jack. Quiero decir que yo pienso irme de día, no dejaré una nota de despedida y no saldré de la casa a escondidas, ¿me entiendes ahora?

—No. *Non capisco*. Eso no tiene gracia, ni es emocionante.

—No tiene porqué ser emocionante. Lo importante es que funcione.

—*Amico*, tú haces que escaparse de la casa sea aburrido.

Luego de mover la cabeza con resignación, Gabriel contó a Jack los detalles de su escape, que eran los siguientes:

El jueves de esa semana no habría clases debido a un asueto nacional, por celebrarse el día de una dichosa revolución que Gabriel ni entendía ni le interesaba. Ese día, diría a su mamá que se juntaría con unos amigos a jugar fútbol. Así que saldría de su casa, con su mochila al hombro, en pleno día y sin levantar sospechas. Su mamá se daría cuenta del escape cuando Gabriel no regresara esa noche. Y para cuando intentara hacer algo por hacerlo regresar, Gabriel ya estaría lejos, posiblemente navegando en un barco rumbo a la caza de la ballena blanca, como leyó el chico en una historia. Y, en un futuro lejano, Gabriel regresaría de nuevo a su vecindario, con la piel curtida por el sol, con una cicatriz surcando su mejilla izquierda y con el tatuaje de un ancla sobre su fornido brazo derecho. Gabriel regresaría hecho todo un hombre y contaría a todos como logró domar la furia de los 7 mares y como vio y recorrió el mundo por lugares tan salvajes que ni siquiera el más osado *reality show* de aventuras podría concebir.

Así de maduros eran los pensamientos de este chico de 6<sup>o</sup> primaria.

Y mientras acariciaba estos pensamientos en silencio, Gabriel no notó que Jack había dejado de hablar hacia minutos. Tampoco notó que Jack ocultaba su mirada dentro de su capucha y su semblante se había vuelto triste. Ese semblante que siempre se mostraba alegre y dispuesto a la más loca de las travesuras, ahora se oscurecía ante la certeza de saber que, en cosa de unos días, ya no volvería a ver a su mejor amigo. Y los

ojos de Jack se pusieron húmedos.

El tan esperado día llegó por fin. Es por demás decir que Gabriel no durmió bien esa noche.

El niño se sentó en su cama. El corazón le palpitaba. Con el correr de los días, tanto su enojo como su plan de escape se habían enfriado bastante. Su mamá ya le hablaba, aunque con algo de seriedad aún. Y la indecisión se desató en el corazón de Gabriel.

Mientras se enjabonaba la cara, recordó la bofetada que su mamá le había dado y decidió que no daría marcha atrás. Pero, cuando metía en su mochila la ropa planchada y con olor a limpio que llevaría durante su aventura, de nuevo se mostró indeciso.

Cuando salió de su habitación, el olor a pan tostado con miel cubría el apartamento. De forma seria saludó a su mamá y se sentó a desayunar.

—¿Y esa mochila, hijo? —preguntó la madre.

Al escuchar la pregunta, Gabriel sintió como un sudor frío recorría su espalda y empezó a mover las piernas con nerviosismo.

—Me juntaré con unos amigos a jugar fútbol... en el parque... el Parque Grande. —dijo.

Su mamá no dijo nada. Después de eso no se dijeron nada más.

Luego de cepillarse los dientes, el niño veía su reflejo en el espejo del baño. Y le dieron ganas de llorar. Pero los marinos son fuertes y no lloran, se dijo a sí mismo para darse fuerzas. Se pasó el dorso de la mano por los ojos y salió del baño, tomó su mochila y dando un último vistazo a su habitación se dirigió a la puerta de salida.

De la cocina salió una voz que le dijo:

—Te vas con cuidado y no regreses tarde.

No regreses tarde. ¿Acaso pensaba en regresar? Gabriel salió pronto del apartamento sin decir nada y las lágrimas corrían por sus mejillas.

Cuando cerró la puerta detrás, vio la puerta del apartamento de Marcela, su gran amor. Pronto apartó la mirada de ella y no quiso pensar más.

En la calle apresuró el paso. Iba limpiándose las lagrimas con las mangas de la camisa. Esperó a que sus ojos se aclararan para cruzar la calzada principal. Las lágrimas no lo dejaban ver bien. Se sentó en la puerta de un almacén —que permanecía cerrado por el asueto— para tratar de

calmarse.

Esperó por espacio de 15 minutos y logro calmarse un poco. Por suerte nadie caminaba por el sector en ese momento.

Mientras permanecía sentado, vio venir a lo lejos, sobre la acera, a un chico con gorra quien corría con dificultad debido a lo pesado de la mochila que cargaba sobre su espalda. Cuando lo tuvo más cerca, pudo ver como este niño pecoso y con dientes de conejo se detenía por momentos para recobrar el aliento. Sí, era Jack.

— ¿Qué haces aquí? —preguntó Gabriel

Con la respiración cortada, Jack le dijo:

—No podía... dejar que te fueras... yo... me voy contigo...

—Pero el mar es peligroso para un chico, Jack... —dijo el experimentado marino quien jamás había dejado tierra.

—*Che mare?*

Jack tenía razón, ¿Qué mar? ¿Acaso Gabriel sabía cómo llegar al mar? Y en un país dedicado a todo menos a la pesca, ¿dónde iba a encontrar un ballenero?

En un instante, Gabriel repasó los siguientes puntos:

- No podía ir a ninguna parte ya que no llevaba un solo centavo.
- Nunca había trabajado, así que ¿quién le daría trabajo a un mocoso que no sabía hacer otra cosa que jugar, comer y dormir?
- ¿Un marino en pleno siglo XXI?
- Estaba pensando exactamente como Jack... ino lo podía creer!

Todas las aventuras que Gabriel había concebido en su mente se desvanecieron de inmediato. Se puso de pie y miró en dirección a su apartamento... y en sus labios se dibujó una sonrisa.

—Vamos. —dijo Gabriel.

— ¿A dónde?

—A jugar al Parque Grande. Y apresurémonos, que no puedo regresar tarde a mi casa.

Esa noche, antes de irse a la cama, Gabriel recibió un beso de su mamá en esa mejilla que antes había golpeado. En ese momento, para el chico,

la herida había sanado por fuera y dentro de él.

## Capítulo 6

### Enamorado

*De los días de la semana, el más lindo es el jueves por qué te puedo ver a ti. Y yo espero que sea jueves rápido para poder estar contigo.*

*Cuando estoy en clases y el maestro está habla que habla, yo veo a la ventana y me acuerdo de ti. Y me siento feliz.*

*Así, cuando el día es aburrido o estoy triste porque me regañaron o cuando estoy cansado de hacer tantas tareas, me pongo a pensar en ti y las cosas vuelven a ser alegres otra vez.*

*Me gusta estar sentado cerca de ti cuando me enseñas matemáticas. Me gusta verte, ver tu pelo color rojo y me dan ganas de tocarlo, pero no puedo. Porque hay muchas cosas que no puedo hacer pero que me gustaría: poder decirte que te quiero mucho, que eres la más linda del mundo, que tus ojos brillan como las estrellas, que me gusta mucho ese perfume que te echas. Pero más me gustaría poder darte un beso. Y si te lo diera ya nada más me importaría en el mundo. Pero no puedo.*

*No sé si te gusto. Yo sería el hombre más feliz de todo el universo si tú me dijeras que también te gusto y que también quieres darme un beso. Yo me muero si eso pasa. Porque solo me importas tú. Y ya no me importa que tengas más años que yo. Porque te quiero mucho, mucho, mucho. Y que feliz sería yo si me dijeras que también me quieres mucho, mucho.*

*Ya no se que mas escribirte, no porque no quiera sino porque no sé cómo decirte lo que siento en el corazón. Por eso solo te digo que te amo muchísimo y que me siento feliz cuando estoy contigo.*

*Te amo, Marcela.*

*Gabriel*

Luego de arrancar la hoja amarilla con líneas de su cuaderno y de volver a leer lo que acababa de poner en ella, Gabriel dobló la carta y —viendo hacia la cocina para evitar ser descubierto por su mamá— le da un beso fuerte a la nota, cerrando los ojos al momento de hacerlo. Y la guardó en



el bolsillo de su pantalón. Ahora a continuar con las tareas.

Sentado en el comedor, Gabriel luchaba por lograr que su letra saliera igualita a la que se mostraba en la parte superior de su libro de caligrafía. Y cuando su mano, sus ojos y su cerebro se cansaron de escribir una y otra vez "Yo amo a mi patria y soy un buen ciudadano", el chico recordó que, más que a su patria, amaba a otra persona. Por eso, en un arranque de inspiración, se dispuso a escribir esa carta que sabía que jamás podría entregar.

Cuando llegó la hora de dormir y antes de apagar la lámpara de la mesa de noche, Gabriel vuelve a leer la carta varias veces, dándole un beso de nuevo y guardándola debajo de su almohada.

Así, la carta fue besada la mañana del día siguiente, en el baño de la escuela —cuando su autor pidió permiso para ir al baño, solo con la intención de leerla —, en el camino de regreso a casa, antes del almuerzo, durante las tareas de ese día y de nuevo durante la noche. Y esta operación se repitió durante toda la semana.

Y la carta más besada de la historia —al menos de esta historia— pasó a peregrinar por los bolsillos delanteros de todos los pantalones que Gabriel tenía y al final de la segunda semana, el papel amarillo en el que fue escrita la nota estaba tan sucio y arrugado, que sería una ofensa para la amada recibir una carta en ese estado.

Cuando la leía, Gabriel pensaba en la reacción de Marcela si esta llegara a leerla. Él se imaginaba la emoción que sentiría ella al pasar sus ojos una y otra vez por esas líneas en las que el muchacho había plasmado los sentimientos de su corazón. Y soñaba con que ella besaría la carta tantas o quizá más veces de las que él lo había hecho. En estos pensamientos consumía Gabriel el tiempo que no dedicaba a los estudios, a los juegos y a todo lo demás.

Pero la realidad era otra. Cuando estaba en casa de Marcela, el lado tímido de Gabriel lo dominaba, y las únicas palabras que salían de su boca eran: hola, si, no, ajá, gracias, buenas noches y hasta el otro jueves. Por eso para Gabriel, el expresar todo esto a Marcela era solo un sueño que se repetía en su mente una y otra vez.

El Sol se ocultaba detrás de los lujosos edificios que formaban parte de la zona empresarial de la ciudad. Eran las 6:30 pm y la jornada estaba finalizando. Los altos ejecutivos buscaban sus vehículos de modelo reciente en los parqueos exclusivos que la empresa les había asignado, mientras que secretarías, ejecutivos de mando medio y otros empleados buscaban la parada de autobús acostumbrada y esperaban estar en sus

casas lo más pronto posible. Entre este grupo de trabajadores estaba Marcela.

Pero este no había sido un buen día para ella. Una discusión con su jefe debido a errores en un informe y las envidias de una compañera — eterna rival de Marcela desde que empezó a laborar para la empresa— habían logrado arruinar su día. Así que dio gracias al cielo cuando la hora de trabajo terminó.

Mientras esperaba el autobús junto a un grupo de 12 personas, Marcela pensaba en lo difícil e injusta que es la vida laboral.

Cuando abordó el bus, éste ya venía abarrotado de gente y, como pudo, se fue haciendo espacio dentro de esa “lata de sardinas” que usaba todos los días para regresar a su casa.

De inmediato, sus ojos se cruzaron con una chica a quien no reconoció a simple vista, hasta que esta levantó su mano y la saludó.

—Hola, Marcela. ¿Ya no te acuerdas de mí?— dijo la desconocida quien iba vestida de forma elegante y no como los demás trabajadores que iban dentro del autobús.

Marcela pudo reconocer entonces a Catalina, una ex compañera de trabajo.

— ¿Y a dónde vas tan elegante? —preguntó Marcela.

—Voy a una cita. Hoy cumpla año y medio con mi novio. Nos juntaremos a cenar. ¿Y tú?

Luego de meditarlo un poco y de sentir la sombra de la soledad, Marcela respondió:

—También tengo cita con un chico.

Así que, cuando llegó a su casa, Marcela tomó un baño y se arregló para su cita. Puso un poco de maquillaje en su cara y se aplicó su loción favorita. Salió de su habitación y en la sala la esperaba su cita.

La chica se detuvo en el corredor y desde aquí lo vio a los ojos.

Su cita se puso de pie, nervioso y tímido como siempre. En un movimiento rápido, pasó su mano sobre su cabello negro y alborotado, buscando peinarlo, y se fue acercado a ella. El rechinar de sus *chucks* contra el piso hizo que Marcela sonriera. No sabía porqué pero hoy su cita le pareció el

chico más tierno con el que se había encontrado.

Cuando lo tuvo de frente, Marcela le dice:

—Hola, Gabriel. ¿Cómo estás?

De nuevo, las mejillas pálidas del muchacho se volvieron rojas. Gabriel no se acostumbraba a estar frente a Marcela, a pesar de los 4 meses que llevaba visitándola todos los jueves.

—Bien. ¿Y tú?—este intercambio de saludos ya era una rutina.

—Bien. Sentémonos.

Gabriel ocupó el lugar de siempre. Abrió su cuaderno y su libro. En la parte superior del cuaderno, colocó la fecha de este día, el cual terminaría en cuestión de horas.

Desde el encuentro con su amiga, la melancolía opacaba el corazón de Marcela. Así que no se sentía de humor para concentrarse en las matemáticas.

—¿Qué te parece si hoy hacemos algo diferente?—dijo al chico, quien apuntaba unas operaciones en su cuaderno—Platiquemos un poco.

Levantando la vista, el rostro de Gabriel expresaba sorpresa. ¿Platicar? ¿De qué?

—Eh... está bien. Sí, me parece bien —dijo el chico.

Marcela se relajó. Lo necesitaba. Era lo mejor luego de una jornada difícil. En cambio, el cuerpo de Gabriel estaba tenso.

—Cuéntame, Gabriel, ¿Cuál es tu nombre completo? Nunca me lo has dicho.

Aclarando su garganta, el muchacho dice:

—Este... me llamo Gabriel Antonio López.

— ¿Tu segundo nombre es Antonio? No lo sabía. Y supongo que te gusta el fútbol, como a todos.

—Sí, sí. Me gusta mucho —dijo, jugando de manera nerviosa con el lápiz que tenía entre sus manos.

— ¿Y juegas en algún equipo?

—Sí. Estoy en el Arenera San Miguel. Es un equipo pequeño... de la liga infanto-juvenil.

—Yo no sé mucho de eso del fútbol, pero, ¿eres portero o algo así?

—No, no. Soy defensa, sí defensa —mintió el chico. Decir que era de "los de la banca" no sería bueno ahora.

—Como te digo, yo no entiendo de eso. ¿Qué hace un defensa?

Gabriel sabía de fútbol lo que todo chico de su edad sabía. Lo suficiente. Así que se dispuso a explicarle a Marcela el asunto lo mejor que podía. Conforme iba avanzando en el tema, Gabriel empezó a relajarse y a tomar confianza. El hielo se fue rompiendo e incluso pudo contarle a Marcela la vez que cayó sobre un charco de lodo mientras jugaban un partido. Los dos rieron de la situación.

Las casi dos horas que Gabriel pasaba en casa de Marcela, se sintieron como 10 minutos para el muchacho. De alguna manera, sintió que había hecho una nueva conexión con Marcela. Es de imaginarse el estado en que regresó Gabriel a su casa: con una sonrisa y el corazón todavía palpitando.

Los jueves fueron pasando y la amistad entre los dos fue creciendo. Marcela pudo notar un cambio en el comportamiento de Gabriel. Ahora era menos tímido, hablaba más y hasta hacía bromas. Y Marcela empezó a sentirse bien junto al muchacho. Ella era hija única, así que pensaba que debió haber sido interesante tener un hermano menor. Y en algún momento pensó que, cuando tuviera hijos, querría que uno de ellos se pareciera a Gabriel. Platicaría con ellos como lo hacía con el niño.

Gabriel en cambio se preguntaba una sola cosa: ¿Le gusto a Marcela? ¿Será por eso que ahora platicamos más? ¿Se estará enamorando de mí?

Pero no solo Marcela notó cambios en el adolescente. Su mamá lo notaba más alegre y no como el muchachito silencioso, reservado y gruñón que en algunos momentos era. Y las discusiones entre los dos disminuyeron también. Su mamá no entendía el porqué y pensaba que sus oraciones estaban siendo escuchadas.

Lo cierto es que, mientras Marcela le tomaba cariño al muchacho, Gabriel se enamoraba cada vez más y la semilla de una ilusión falsa crecía

peligrosamente dentro de su corazón.

Uno de esos “jueves matemáticos”, el chico enamorado terminaba unas complicadas operaciones. Marcela, mientras tanto, revisaba los temas que tendría que explicarle al niño en las próximas semana.

— ¡Ya terminé!— indicó Gabriel, lanzando el lápiz sobre el cuaderno, llevándose las manos detrás de la cabeza y lanzando un suspiro de alivio.

—Terminaste pronto. Vamos a revisarlo. —dijo Marcela, levantándose de su asiento y acercándose al muchacho.

Marcela se colocó de pie al lado de Gabriel. El niño permanecía sentado. La chica se inclinó para revisar la tarea con su rostro al lado del de Gabriel.

El tiempo se detuvo. Las estrellas empezaron a brillar más. El aire de la habitación se cargó de romanticismo. Un violín imaginario esparcía sus notas al aire, cómplice del amor.

El cabello rizado y rojizo de Marcela acariciaba la mejilla derecha de Gabriel. El chico cerró sus ojos y aspiró el perfume que flotaba como un aura sobre el cuerpo de la mujer. El momento era mágico.

En un instante, el muchacho abrió los ojos y vio el rostro de su amor imposible. Su corazón era un tambor rojo que sonaba dentro de su pecho. El tiempo, las estrellas, el violín, su cabello, su perfume, el amor.

Y en un arranque de ímpetu adolescente, Gabriel cierra de nuevo los ojos, acerca sus labios a la cercana mejilla de Marcela... y le da un beso.

Un escalofrío estremeció el cuerpo de la chica, partiendo desde su mejilla.

Con cara de sorpresa, Marcela voltea su vista hacia Gabriel, quien la veía con los ojos bien abiertos, la tez roja, la respiración agitada y sorprendido también por lo que el amor, la pasión y las hormonas le habían “obligado” a hacer.

Los ojos de Marcela parecían exigirle una respuesta. Gabriel no sabía que responder.

Y antes de que la facultad del habla regresara a su garganta, la chica vio como Gabriel se levantó de su silla (de la que estuvo a punto de caer) corrió a la puerta y salió por esta, dejándola abierta. Y pudo escuchar como la puerta del apartamento del chico se abrió y cerró con un golpe.

Marcela se acercó a la puerta y se detuvo en esta, viendo hacia el apartamento del niño.

Con cara de tristeza, Marcela sabía que, tarde o temprano, tendría que romper las ilusiones y el corazón de un enamorado chico de 12 años.

No era el primer corazón que rompía, pero sí el más joven.

## Capítulo 7

### Timidez

— *iBip, bip, bip, bip, bip, bip...!* — gritaba el reloj despertador como cada mañana. Los fabricantes de relojes sabían que el sonido debía ser lo suficientemente desesperante como para sacar de la cama al más dormilón. Por eso funcionaba tan bien con Gabriel.

Con los gruñidos habituales e ininteligibles de siempre, Gabriel le daba la bienvenida a un nuevo día. Los optimistas rayos del sol entraron por la ventana, atravesando sin problema el grosor de las cortinas que la cubrían y llegaron al rostro del chico quien no los recibió con agrado. Con un movimiento brusco, Gabriel tomó la cobija y se cubrió la cara.

— ¡Si tan solo ese aparato se callara...! —pensaba el niño, quien empezaba a sentirse cómodo debajo de las cobijas.

Y la batalla entre el chico y el despertador dio inicio. ¿Quién ganaría esta vez? Gabriel luchaba por ignorar el sonido del reloj y volver a conciliar el sueño. Pero el despertador no tenía intención de callarse. Parecía por momentos como si aumentara su sonido a fin de hacerse escuchar.

Y como era de esperarse, el despertador ganó el combate.

Sentándose de golpe, Gabriel se quita la cobija de encima y con cara de rabia golpea el botón que desactiva la dichosa alarma. El sonido se detuvo. De nuevo la habitación estaba en silencio. Solo el sonido de los movimientos del muchacho sobre la cama se podía escuchar.

Gabriel se dejó caer de nuevo sobre la cama, exhausto por la batalla y con la vista al techo. Poco a poco su mente empezó a funcionar y a informarle de su situación. Esta le decía:

“Ya es de mañana. Es viernes y hoy te toca Educación Física. Los tenis blancos debes sacarlos del fondo del closet. No olvides limpiarlos antes de salir. Revisa si metiste la tarea de Sociales en la mochila. Recuerda que anoche besaste a Marcela...”

— ¡¿Cómo?! —se incorporó el muchacho. La inconsciencia del sueño le había hecho olvidar el suceso de la noche anterior.

Su corazón empezó a palpar, de amor, de miedo y ansiedad. ¿Qué consecuencias tendría el haberle robado ese beso a Marcela? ¿Se quejaría la chica con la mamá de Gabriel? ¿Se cancelaría el refuerzo de

matemáticas? ¡¿Cómo terminaría todo esto?!

En ese momento el niño deseó con todas sus fuerzas desaparecer de la faz de la Tierra. ¿Cómo enfrentarse a lo que viene?

Así entró Gabriel en un estado de somnolencia. Su mente era una tormenta de pensamientos pesimistas.

Se levantó de manera mecánica y de esta misma forma se dirigió a la ducha, se vistió y se presentó en el comedor.

—Buenos días, Gabrielito. ¿Cómo durmió mi pollito? —preguntó su mamá, dándole un beso y un fuerte abrazo.

—Bien. —respondió el *zombi*.

Se sentó y desayunó.

Cuando tomó su mochila y se disponía a salir, su mamá le dijo:

—Gabrielito, doña Cristina vino temprano a dejar tu cuaderno y libro de matemática. Los olvidaste anoche en casa de ella. ¿Cómo pudiste olvidarlos? —y se los entregó a su hijo.

Gabriel vio el libro y el cuaderno como el asesino mira el arma con el que le quitó la vida a su víctima. Pronto tomó ese libro y ese cuaderno que le quemaban las manos y que le recordaban el “crimen” que había cometido la noche anterior. Metiéndolos en la mochila, se despidió de su mamá y salió por la puerta.

Vio la puerta del apartamento de Marcela y el temor le hizo salir corriendo del edificio.

Cuando caminaba rumbo a la escuela, Gabriel iba inmerso en sus pensamientos. Las personas que pasaban a su lado, el sonido de los vehículos y todo el barullo de la ciudad no existían para el chico. Era él y su interior atormentado.

Con la cabeza baja y agarrando los tirantes de la mochila que llevaba en su espalda, Gabriel llegó al frente de la escuela. Al levantar la vista pudo comprobar que el portón de la entrada principal ya estaba cerrado. Gabriel llegaba tarde.

— ¡Diablos! ¿Y ahora? —exclamó con decepción.

El muchacho nunca llegaba tarde a estudiar. ¿Qué se hace en estos casos?



Lentamente se acercó al portón. Se debatía entre tocar o no. En ese momento se escuchó el sonido del cerrojo y la puerta de metal que se abre. Gabriel pensó en huir, pero no pudo.

—Bueno, ¿y usted? —preguntó don Catalino, el conserje, guardián y “todo oficios” de la escuela. Este era un señor de unos 60 años y carácter agradable.

Gabriel sintió alivio al ver que era don Catalino quien salió por la puerta.

—Se me hizo tarde. —fue la única explicación que salió de la boca de Gabriel.

—Bueno. Entre rápido, que hace como diez minutos que iniciaron las clases. Corra. —le indicó el señor.

Gabriel obedeció y caminó hacia su salón. La bulla de los salones de clase se escucha diferente cuando no se está dentro de ellos. Se siente ajeno a quien la escucha. Como si no perteneciera a este lugar.

Cuando estuvo frente a su salón, Gabriel se detuvo. No quería entrar así nada más. Quiso esperar a que algo pasara, dentro o fuera y que sirviera de distracción y él aprovecharía la ocasión. Pero no parecía ocurrir nada, ni dentro ni fuera.

Lentamente se fue moviendo a fin de ver qué pasaba dentro del aula. Su fin era evitar ser visto por la maestra de música, quien estaría dentro hablando de la fusa, la semifusa y de las “huellas de gallina” esas que se dibujaban sobre el pentagrama.

De lejos, a través de la puerta que permanecía abierta, logró ver que sus compañeros hablaban unos con otros de forma animada. Y cuando su vista y la de Jack entraron en contacto ocurrió lo indeseable:

— ¡Ahí viene Gabriel! —gritó Jack dentro del salón, poniéndose de pie y señalando a su amigo.

Pronto sintió Gabriel la vista de sus demás compañeros. Y hubiera querido tener cerca el trasero de Jack para poder darle una patada que lo dejara inhabilitado para sentarse por el resto de sus días.

La maestra de música salió a la puerta y desde esta le preguntó:

— ¿Y usted? ¿No piensa entrar?

Con la cara roja por la vergüenza, Gabriel entró al aula. Volverse el centro de atención no era algo que le agradaba. Su timidez le hacía evitar exponerse a la atención de otros.

Conforme se fue acercando a su asiento, sus ojos mostraban que quería tomar por el cuello al chico pecosos, con el pelo parado y de ojos café-verdoso que se sentaba detrás de él y a quien solía llamar "amigo".

— *Ciao!* —saludo Jack, con su sonrisa habitual, sus dientes de conejo y su actitud sinvergüenza.

Gabriel no dijo nada. Su mirada lo decía todo.

— ¡Bueno, bueno! ¡Silencio, todos! —indicó la maestra.  
—Vamos a repasar entonces cómo van a participar. Veamos: Aguilar y Sosa bailarían salsa. Martínez y Peña, bailarían un vals. Jiménez y Vargas, el twist. Marcato y López...

— *iHip-hop!* —gritó Jack desde su asiento.

—Si, *Hip-hop* —confirmó la maestra, haciendo una marca sobre la hoja que leía.

— ¡¿Marcato y López, qué?! —pensó Gabriel. Con el ceño fruncido, volteó la vista hacia Jack diciendo: — ¿De qué está hablando?

— ¡Tú y yo vamos a bailar *Hip-hop!*

— ¡¿Ah?!

Así, como lo pudo escuchar Gabriel: Jack y él bailarían *Hip-hop*. "El Festival de Talentos" que la escuela organizaba cada año, se llevaría a cabo la semana siguiente. Y a la maestra de música se le ocurrió la genial idea de que 6º primaria participaría representando los distintos tipos de baile que son conocidos por la cultura popular. Y en ausencia de Gabriel, Jack lo comprometió a participar en el festival, bailando *Hip-hop*.

Dos horas después, los alumnos de 6º primaria corrían alrededor de la cancha de cemento que utilizaban para la clase de Educación Física.

— ¿Por qué me metiste en esto? —preguntaba Gabriel por quinta vez a Jack, mientras trotaba detrás de este.

—Ya te lo dije... —exclamó Jack con la respiración agitada —... eres mi amigo y no podía escoger a nadie más. *Hai capito?*

—No, no entiendo. Pero si sabes que no me gusta bailar, ¡¿por

qué me escogiste a mí?! —insistía Gabriel, quien se sentía traicionado.

—*Amico*, no es para tanto. Ya verás que todo saldrá bien. Confía en mí.

En ese momento, Jack notó que se desató uno de los cordones de sus zapatos, así que salió de la cancha un momento para atarse el cordón. Gabriel salió con él.

Mientras el pecosó permanecía agachado, Gabriel vio la oportunidad de aliviar un poco el enojo que sentía hacia su amigo. Así que, apuntando bien hacia el trasero de Jack, Gabriel le lanza dos patadas continuas que hicieron que el chico se incorporara, llevándose luego las manos hacia su retaguardia.

— ¡Oye! ¿Por qué me pateaste?—preguntó Jack, con un gesto de dolor y sorpresa.

— ¡Tú sabes bien por qué! —le gritó Gabriel, uniéndose de nuevo a sus compañeros quienes continuaban trotando.

Jack no quiso preguntar más. Y sobándose el trasero adolorido, volvió a incorporarse también.

El resto de la jornada, Gabriel evitó todo contacto con Jack, mientras que este último no entendía del todo el enojo de su mejor amigo.

— ¡No es para tanto! —pensaba Jack, para quien participar en el festival era algo divertido y era una oportunidad de demostrarle a todos que él podía bailar.

Pero su temperamento era opuesto al de su amigo. Mientras que había pocas cosas que pudieran causarle vergüenza (tan pocas que se nos hace difícil mencionar al menos una), Gabriel sentía vergüenza por casi todo.

Y con el afán de solucionar el problema, Jack propuso a su amigo que hablaría con la maestra de música, indicándole que Gabriel no participaría.

—Lo siento, pero ya pasé el listado de participantes a la dirección. Ya no puedo cambiar nada. Y la participación es obligatoria. —fue la fría respuesta de la profesora a quien abordaron en uno de los pasillos de la escuela y quien, con prisa, solo les dio esta explicación.

Cuando salían de la escuela, Jack preguntó a Gabriel:

— ¿Y a qué hora nos juntamos a practicar?

—A ninguna. —contestó Gabriel de forma cortante— Yo no pienso participar en esa tontería.

Y dejando a Jack con la palabra en la boca, Gabriel tomó el camino a su casa, mientras que el pecosó solo veía a su amigo alejarse. Lanzando un suspiro, Jack emprendió su camino, mientras su mente trabajaba en la manera de convencer a Gabriel.

Serían las 3:30 de la tarde de ese viernes, cuando Gabriel veía los dibujos animados. Su mente no dejaba de recordarle lo sucedido en la escuela durante la mañana. Así que, mientras sus ojos veían la televisión, su mente estaba en otro lado.

— ¿Y esa cara de enojado, Gabrielito? ¿Te pasa algo?  
—preguntó su mamá.

—No. No me pasa nada. —mintió, sin saber que su cara decía lo contrario.

—Uhm. Pues me parece que eso no es cierto. ¿Cuéntame que te pasa?

Cuando Gabriel estaba a punto de confesar su malestar, sonó el timbre. Alguien llamaba a la puerta.

—Déjame ver quién es y luego hablamos —indicó su mamá, caminando hacia la entrada.

Al abrir, llegó a los oídos de Gabriel el sonido de una vocécita que en ese momento le resultó la cosa más odiosa del universo:

—*Ciao, signora!* — dijo en italiano un chico que, agitando su mano y enseñando los dientes de conejo que mostraba al sonreír, parecía... la cosa más tierna del universo.

— ¡Hola, Jack! ¡Tan lindo como siempre! Pasa, pasa.

Y en el momento en que los dos chicos se vieron a los ojos, Gabriel voltea la vista hacia otro lado, haciendo una mueca de disgusto. Y su mamá notó la tensión que había entre los dos.

—A ver, a ver. ¿Qué pasa con ustedes? —preguntó.

—Lo que pasa es que Gabriel...

—Lo que pasa es que Jack quiere que salga con él en un baile ridículo en la escuela ¡y no pienso hacerlo! —gritó Gabriel, interrumpiendo a su amigo.

Así se descubrió el misterio del malestar de Gabriel. Ahora solo le tocaba a su mamá mediar para que las cosas entre los muchachos volvieran a la normalidad. No era la primera vez que lo hacía.

—Mira, Jack. Tú sabes que Gabriel es tímido y no le gusta bailar ni ese tipo de cosas. Estoy segura que mi hijo estará feliz de ayudarte en alguna otra cosa. Y no está bien que peleen por cosas tan insignificantes. Ustedes son buenos amigos. Así que los dejo solos para que platiquen como dos muchachos inteligentes que son.

—Está bien —expresó Jack, desanimado.

—Qué bien. Me alegro que lo entiendas. Ahora platiquen y hagan las paces.

Y cuando la mamá de Gabriel estaba a punto de entrar a la cocina, Jack jugó su última carta:

—Pero la maestra dice que participar es obligatorio.

La mamá de Gabriel se detuvo de golpe. Para ella, la palabra “obligatorio”, viniendo de la escuela, era algo casi sagrado. Y si una profesora decía que era “obligatorio” que su hijo participara en un baile, éste debía hacerlo. Incluso, si la profesora dijera que era “obligatorio” que los niños de 6to primaria entraran en la jaula de los leones para ser devorados por estos, ella lo aceptaría sin dudarlo.

— ¿Es obligatorio? Entonces sí debes participar, Gabriel. —dijo esta.

— ¡Pero, mamá!

—Nada de peros. ¿Y cuándo es el baile, Jack?

—*El miércoles*, digo, el miércoles. —exclamó Jack, volviendo a sonreír como en un principio.

—No queda mucho tiempo. Levántate, hijo, y ve con Jack a practicar.

— ¡Pero!...

—Pero nada. Ve y no regreses tan tarde.

Y rabiando como hacia cuando era un niño pequeño —que después de todo lo era aún— Gabriel da una patada al sofá y se dirige a la puerta, maldiciendo dentro de sí todo aquello que habitaba sobre la tierra y más allá.

## Capítulo 8

### Timidez (segunda parte)

Nadie puede negar que una de las ciudades más hermosas del mundo sea Venecia. Sus canales y sus góndolas son símbolo de este lugar tan bello como romántico. Y fue en esta ciudad donde hace casi catorce años, un hombre de 35 años llamado Lorenzo Marcato conoció a una jovencita de 25, llamada Antonella.

Lorenzo era administrador de una venta de pintura y Antonella, estudiante de cocina. Y gracias a una amiga que tenían en común, se conocieron una animada tarde de sábado en una plazoleta veneciana cargada de turistas, músicos callejeros y vendedores ambulantes.

Luego de este encuentro, el amor creció entre los dos. La suerte quiso que ambos vivieran en una ciudad cercana a Venecia llamada Oriago, lo que hacía más fácil las citas. Al final, Lorenzo le declaró su amor a Antonella y ambos decidieron que eran el uno para el otro, se casaron y vivieron juntos en un pequeño apartamento.

Pero la situación económica de la nueva pareja cambió cuando Lorenzo perdió su empleo debido al cierre definitivo de la cadena de pinturerías y no tuvo más que darse a la tarea de buscar una nueva colocación. Pero esto no fue posible.

Una noche de insomnio, Antonella —quien acababa de terminar sus estudios de cocina— le confesó a su esposo que su sueño era el de poner, algún día, un restaurante y que él podía administrarlo. Lorenzo no pudo conciliar el sueño esa noche ya que estaba buscando la forma de hacer realidad el sueño de su esposa.

Luego de meditarlo por días, Lorenzo tomó la decisión de invertir sus ahorros en el restaurante que su esposa soñaba. Ponerlo en Italia era un poco difícil ya que necesitaba bastante capital para hacerlo andar.

Un amigo le contó la experiencia del amigo de un amigo —alguien de quien no sabían el nombre y era posible que ni siquiera existiera— que puso un negocio en un país latinoamericano, (donde el dinero europeo parecía multiplicarse por miles) y que ahora era millonario. Y, con esto en mente, Lorenzo decidió empezar los trámites para salir de su natal Italia y aventurarse con su esposa al otro lado del mar.

Y así lo hicieron. Luego de despedirse de familiares y amigos, la pareja partió hacia América, como alguna vez lo hizo un paisano suyo, solo que

genovés.

Luego de instalarse, Lorenzo empezó los trámites para poner el negocio. No tenía tiempo que perder. Y así, unos meses después, el *Ristorante Oriago*, abrió sus puertas, ofreciendo deliciosa comida italiana. Y la noche de la inauguración, Antonella le confiesa a su esposo que espera un bebé. Así, la felicidad de Lorenzo fue doble y el compromiso también.

Siete meses después nacía un niño, a quien pusieron el nombre de Giacomo —que en español equivale a Santiago, y cuyo nombre escogieron por el apóstol— y que tenía todas las facciones de la madre. El tiempo fue pasando y cuando el pequeño Giacomo tenía 4 años, Antonella esperaba otro bebé. Decidieron que —como con el apóstol bíblico— el nombre del hermano de Giacomo sería Giovanni, o sea, Juan en español. Pero al final, resulta que el bebé no era un niño sino una niña, y entonces pasó a convertirse en Giovanna, o como la conocen en su casa, la Gio, y quien sacó la cara del papá... y el mal humor.

Las cosas en el negocio empezaron a salir mal. La inversión no rindió como se esperaba y luego hubo que cambiar de lugar el restaurante y hacerlo más pequeño. Todo esto afectó el carácter de Lorenzo quien ahora es un tipo gruñón que solo piensa en devolverle al negocio la gloria pasada. Pero Antonella no pierde su buen carácter y buen humor y sigue cocinando como el primer día.

En la actualidad el *Ristorante Oriago* es un pequeño restaurante de comida italiana ubicado en una calle más o menos transitada y que rara vez se llena de gente. Su propietario tiene el sueño de verlo crecer y que algún día su hijo, el pequeño Giacomo, tome las riendas del negocio. Por eso, cada vez que puede, el niño se ve obligado a estar metido en la cocina, aprendiendo cosas que no le interesan. Porque Jack sueña con llegar a ser, cuando crezca, una especie de *piratastronautespíafutbolista* y jamás le ha pasado por la cabeza dirigir el restaurante. Jamás.

Y hacia el restaurante se dirigían Jack y Gabriel, ya que la casa del pecoso estaba en el segundo nivel del mismo. Una puerta de madera, junto al restaurante, servía de entrada al apartamento donde Jack y su familia vivían.

Cuando estuvieron frente a la puerta, Jack empuja una ventanita y mete la mano en esta para abrirla.

—Pasa —dice a su amigo, quien no habló nada durante el trayecto y quien quería mandar todo al diablo.

Subieron las gradas y pasaron por la sala, que era la primera estancia del apartamento. Llegaron a un corredor que conducía a la habitación de Jack. Pero, antes de pasar por este, Jack se detuvo e hizo a Gabriel una señal



con la vista.

—Yo primero —dijo Jack en voz baja. Y, tomando vuelo para pasar corriendo hacia su cuarto, el chico se lanza a toda velocidad.

Mientras corre, de la primera puerta del corredor sale volando una muñeca que, como proyectil, da en su objetivo: la cabeza de Jack. El chico tambalea al ser golpeado por la muñeca y cae al fondo del corredor... pero logra pasar.

Gabriel se preparó para pasar la prueba, así que imita los movimientos de Jack y corre lo más rápido que puede por el corredor. Y un caballito rosado con cabello azul pasa tan cerca de su cabeza que sintió como zumbó cerca de su oído. Pero al final también pasó.

Los dos chicos entraron pronto a la habitación de Jack. Este, antes de cerrar la puerta grita hacia el corredor:

—*Stupida bastarda!*

Pronto se escucha como alguien viene corriendo hacia la habitación y, al encontrar cerrada la puerta, empieza a patearla gritando:

—*Tu sei stupido, faccia di cu...* —y preferimos omitir el resto de la frase, ya que tanto en italiano como en español hace referencia a la parte del cuerpo que se usa para sentarse.

Y así eran las relaciones entre Jack y su hermana de 8 años: un torbellino. A Jack le gustaba provocarla y ella explotaba golpeando, pateando y diciendo toda clase de groserías. Por eso sus padres decidieron que estudiaran en escuelas diferentes. Tenerlos juntos era imposible.

—Dice *mia mamma* que la Gio tiene *il diavolo* dentro.

—Y es verdad— dijo Gabriel, tocándose la oreja para ver si aun seguía pegada a su cráneo.

Cuando la niña se calmó y regresó a su cuarto, los dos chicos respiraron tranquilos.

—Bueno, hora de ensayar —indicó Jack, dirigiéndose al mueble sobre el que estaba una pequeña radio grabadora. Sacó un disco compacto y lo colocó en el aparato, haciendo sonar una melodía moderna.

Gabriel no sabía nada sobre *Hip-hop*. El gusto del chico era un poco más romántico. Últimamente escuchaba una radio bastante "fresa", en la cual pasaban música que hablaba de amores y desamores y que le hacía

pensar mucho en Marcela.

El sonido ese que logran los *Dj*'s cuando "raspan" los discos en las consolas se escuchaba en la habitación. Jack sonrió y empezó a mover la cabeza al escuchar el ritmo y le puso más volumen.

— ¡Olvídalo! Yo no bailo eso. Es horrible. —gritó Gabriel. —Y bájale el volumen.

—No te oigo. —mintió Jack.

Gabriel se acercó y desconectó el aparato.

—Yo no voy a bailar eso. —dijo con el enchufe en la mano.

—Vamos, Gabriel, ya verás que te va a gustar.

—No. Esto es ridículo y tonto.

—No lo es. Ya sé que te pasa: tienes miedo.

— ¡Yo no tengo miedo!—gritó el chico.

Sin querer, Jack tocó el orgullo masculino de Gabriel. Ese orgullo que hace que tanto un chico de 12 como un hombre de 62 sean incapaces de aceptar que tienen ese sentimiento de debilidad llamado miedo.

—Naaa! Si tienes miedo — empezó a provocar el pecoso.

— ¡No lo tengo!

—Si lo tienes.

Y cuando sintió que su hombría estaba comprometida, Gabriel toma el enchufe y lo vuelve a conectar.

— ¡No le tengo miedo a tu estúpida música! Ponla si quieres. —y se sentó a la orilla de la cama con los brazos cruzados.

—Está bien. Te creo si intentas bailar al menos una vez.

—Bueno. Pon la canción que quieras —dijo un Gabriel que se mostraba decidido a demostrarle a su amigo que él no era un miedoso.

—Has escuchado una canción que dice: "...me gustan sus ojos, sus labios, su cuerpo. Me gusta su rostro y hasta su 'camello'."

—Querrás decir “cabello”.

—No. La canción dice “camello” porque se llama “El Rap del Camello”.

—¿El rap de qué?!

Pues la canción de moda era el bendito “Rap del Camello”. Y poniendo eso en la grabadora, Jack empieza a hacer los movimientos propios de los raperos que, para una anciana de 90, parecería como si el muchacho estuviera poseído por un espíritu maligno.

No se podía negar: Jack bailaba bien el *Hip-hop*. No como un profesional, pero lo hacía bien. Y hubo un momento en que jaló a Gabriel, quien tenso al principio, trataba de imitar los pasos de Jack.

Y poco a poco, Gabriel empezó a encontrarle el modo a la cosa y, para cuando el sol cayó, la coreografía estaba más o menos armada.

— ¿Y qué ropa hay que llevar? —preguntó Gabriel durante un descanso.

—Yo te prestó de mi ropa.

—Pero tus pantalones me quedan flojos.

—Esa es la idea.

Y Gabriel se probó un pantalón de Jack, quien no era tan delgado como él.

—Jack, ¿tienes un cinturón? Se me ve el boxer.

—Esa es la idea —concluyó Jack.

—En que lio me metí —pensó Gabriel.

De esa manera llegó el miércoles. Este no era un día de clases normal. Todo era más animado y los participantes de “El Festival de Talentos” estaban preparándose y vistiéndose en su salón.

En el patio de la escuela se había montado una tarima sobre la cual se llevarían a cabo los actos. Participaría toda la primaria, así que los de 6to. Primaria eran los últimos en pasar. El patio estaba abarrotado de niños de todos los salones. El festival estaba por empezar.

— ¿Estás nervioso? —preguntó Jack a su amigo, quien se

movía de un lado a otro de forma inquieta.

—Un poco —mintió Gabriel.

—Ten. Te traje unos lentes oscuros. Así tal vez ni se den cuenta que eres tú.

—Gracias. Qué buena idea.

—Vamos. Vistámonos ya.

Y todo fue sorpresas en este festival: un chico de 10 años que tocaba muy bien el violín; una pequeña de 7 que cantaba como los ángeles y hasta un chico de 8 que hizo unos saltos de gimnasia y que por poco cae sobre el profesor de Educación Física. Y llegó el turno de los de 6to.

—Marcato y López, ¿ya están listos? —preguntó la maestra de música, asomando la cabeza a la puerta del salón.

—Sí. Ya estamos listos —indicó Jack.

Y cuando la directora anunció “El Rap del Camello”, los dos chicos subieron a la tarima y, por la vestimenta, realmente era difícil creer que eran ellos.

Vestido con una gorra cuya visera caía sobre su oreja derecha; con una camisa talla L (que sobre la constitución delgada de Gabriel parecía una XXXXXL); con un pantalón que temía se le cayera y gafas oscuras, Gabriel estaba parado en el escenario, sintiendo que lo que estaba pasando no era verdad. Pero ya estaba aquí, así que no tenía otra opción que seguir adelante.

La música que Gabriel venía escuchado desde el viernes de la semana anterior y que ya conocía bien, empezó a sonar en las bocinas. Los aplausos y gritos de sus compañeros y de los chicos de otros salones, se mezclaron con las notas de la canción.

Y ese día, Gabriel bailó *Hip-hop*. Si 8 días antes le hubieran dicho que estaría bailando, el chico no lo hubiera creído. Ahora estaba aquí, siguiendo los movimientos que había ensayado junto a su amigo.

Por un momento sintió que el tiempo no caminaba. Y por momentos veía los rostros de alguno de sus compañeros entre el público, junto con caras de chicos a quienes solo veía durante los recreos. Durante los minutos que la canción duró, todo fue confusión. No podríamos asegurar que Gabriel lo estaba gozando. Solo deseaba hacerlo bien y esperar el resultado.

Cuando la música terminó y los dos muchachos dejaron de bailar, todo fue bulla y aplausos. Todo había salido excelente.

Rumbo al salón no faltaron las palmadas en la espalda y no faltaron comentarios como: "No sabía que bailabas tan bien, Gabriel", "No parecía que fueras bueno con el *Hip-hop*", "Me tienes que enseñar a bailar así", entre otros, todos positivos.

Y mientras que Gabriel solo quería cambiarse de ropa y que todo se acabara, Jack —menos modesto— le indicaba a sus compañeros que él tenía años de "dominar" el *Hip-hop* y que con gusto les enseñaría a bailar... a cambio de una modesta cuota.

El "Festival de Talentos" se dio por terminado y el día de clases también.

Y Gabriel entendió que no perdía nada arriesgándose de vez en cuando, dejando la timidez de lado.

Mientras Gabriel terminaba de meter las cosas en su mochila, Cindy, su admiradora secreta, se acerca a felicitarlo:

—Me alegró mucho verte bailar. No imagine que bailaras tan bien. —dijo la chica quien no podía evitar ponerse roja al hablar con Gabriel, cosa que el chico nunca notaba.

—Gracias, Cindy. Yo tampoco lo sabía. Créeme.

Y cuando Gabriel tomó su libro de matemáticas para meterlo dentro de la mochila, algo cayó de este. Y Cindy toma un papel doblado y se lo entrega al niño.

—Botaste esto.

—Gracias —dijo el chico, quien nunca había visto ese papel. Así que lo abrió y dentro decía lo siguiente:

*Gabriel:*

*Espero que esto que pasó no vaya a arruinar nuestra amistad. Quiero que sepas que no estoy enojada contigo. Al contrario, me pareció algo tierno. Espero verte de nuevo este jueves. No faltes.*

*Con cariño,*

*Marcela.*

Cindy pudo ver como el semblante de Gabriel cambió por completo. El rostro del chico se iluminó con una gran sonrisa. Su corazón dio un vuelco y era como si el muchacho se hubiera tragado el Sol.

Tomando la nota y queriendo besarla con todas sus fuerzas, Gabriel se despidió de Cindy:

—Adiós, Cindy. Nos vemos —y salió corriendo como loco.

La niña vio salir a su amor secreto por la puerta. No entendía lo que pasaba ni porque la nota había causado ese efecto. Pero seguro no tenía nada que ver con ella. Y con tristeza tomó su mochila y salió también del salón.

Y ese miércoles, la felicidad de Gabriel fue completa.

Ah, y para aquellos que lo pidieron, los dejamos con “El Rap del Camello”:

*Yo soy un chico de barrio y de calle,*

*y yo de las chicas no pierdo detalle.*

*Me gustan rubias, me gustan morenas,*

*Me gustan grandes, me gustan pequeñas.*

*Las quiero colombianas, las quiero panameñas*

*Las quiero mexicanas y hasta salvadoreñas.*

*Pero yo solo a una le doy mi corazón*

*Y es por esa chica que canto esta canción.*

*Mi chica no es rusa, no es americana.*

*No es dominicana, ella es afgana.*

*Llegó a mi vida desde Medio Oriente.*

*Ahora la tengo en este continente.*

*Me gustan sus ojos, sus labios, su cuerpo.*

*Me gusta su rostro y hasta su 'camello'.*

*No es mentira, es un suceso.*

*Tiene un camello de carne y hueso.*

*Tiene dos jorobas, tiene el cuello largo*

*No cabe en ningún lado, esto me tiene harto.*

*No cabe en la cocina, ni en el corredor.*

*No cabe en el garaje, ni en el comedor.*

*Ella lo ama, ella lo adora.*

*Cuando está con él, a mi me ignora.*

*Quiero un consejo, ¿Qué puedo hacer?*

*De ese camello me quiero deshacer.*

*Lo mando al zoológico, lo mando al desierto*

*No importa que esté vivo o que este muerto.*

*Si alguien lo quiere, lo puedo vender.*

*Lo cambio por un lápiz o por un alfiler.*

*La otra noche me dio un ultimátum:*

*"Si no amas al camello, lo nuestro consummaturum"*

*Así que ahora le doy mi corazón.*

*Y a ese camello dedico esta canción.*

*El rap, el Rap del Camello.*

*El rap, El Rap del Camello.*

*El rap, el Rap del Camello.*

*El rap, El Rap del Camello.*



## Capítulo 9

### Bullying

— ¿Te gustan los pepinillos? —preguntó Jack, abriendo el emparedado y acercándolo a su amigo.

—Por tu cara veo que no te gustan —indicó Gabriel, tomando uno y metiéndoselo directamente a la boca.

—Los odio. Es como si estuvieras mordiendo una rana. ¡Qué asco!

— Uhm... —fue lo único que agregó Gabriel quien, con la mente ocupada, escribía algo en las últimas hojas del cuaderno de Artes Plásticas. Ese cuaderno que al final del año apenas si había tocado y que tenía suficientes hojas para hacer en ellas lo que se quisiera. Y el chico estaba haciendo un dibujo para su amada. Así que debía pensar bien que poner en ella.

Era una mañana normal de un día cualquiera, durante la hora de recreo, y un mes y medio después de que Gabriel le robara aquel beso a Marcela (ese beso que aun revoloteaba en su cabeza y que recreaba en su mente cada vez que los estudios y sus obligaciones como adolescente se lo permitían, o sea, muchas veces durante el día).

— ¿Otra carta de amor? *Che noia!* —dijo Jack al ver a Gabriel demasiado ocupado en su cuaderno.

— ¿Qué aburrido? Pero si tú no lo estás haciendo. Y no es una carta de amor. Es solo un dibujo para Marcela.

— ¡Bah!, como sea. Pero desde que te enamoraste te has vuelto aburrido. Ya no platicamos de nada porque te pones a hacer esos dibujos.

—No es cierto. Y si hago los dibujos aquí es porque no quiero que mi mamá los vea. Son cosas entre nosotros, entre Marcela y yo. ¿Entiendes? —explicó Gabriel, quien sabía en el fondo que parte de lo que Jack decía era cierto.

Y lo único que Jack agregó fue:

—Uhm...

Para este momento, "las cosas entre nosotros", como el chico llamaba a su relación con Marcela, marchaban bien: él seguía recibiendo el refuerzo de matemáticas los jueves y ella había dejado el incidente del beso como una cosa de la edad del chico. Ella hizo como si nada hubiera pasado, error que poco a poco empezaba a manifestar sus consecuencias.

Después del suceso, Marcela empezó a recibir de Gabriel algunos dibujos hechos por el chico y que este le daba personalmente. Así que cada jueves, Marcela recibía una hoja con un dibujo —hecho a lápiz y repasado con marcadores de colores— y que, con las semanas, había pasado del inocente dibujo de un famoso gato color naranja a otros dibujos con diseños más románticos. En los últimos dibujos aparecían muchos corazones y mensajes que iban desde un "Eres especial" hasta el último que decía: "Dentro de mi corazón solo hay lugar para ti", frases que el muchacho copiaba de cierta página de internet durante sus visitas al cibercafé a "hacer tareas".

— ¿Llegas a mi casa en la tarde, Gabriel? Tenemos pendiente la revancha en el *Soccer Champions Cup*. Yo soy el Milán otra vez.  
—preguntó Jack cuando iban saliendo del colegio.

— Hoy no puedo. Quedé de terminar unas operaciones que Marcela me dejó. Dejémoslo para el viernes, ¿sí?

Frunciendo el ceño, dijo Jack:

—Como sea. Adiós. —dio media vuelta y se dirigió a su casa.

Gabriel lo vio alejarse y, levantando los hombros, caminó también a la suya. Era Jack. Ya se le pasaría.

Cuando el muchacho llegó a su apartamento, vio que tenían visita. Era doña Carmen, la señora de la lavandería. Pero la visita no era una sorpresa. Hacía cosa de dos meses que la lavadora de la casa de Gabriel se había descompuesto y luego de ser revisada por varios técnicos, la única solución que estos habían dado era la de comprar una nueva. Pero la mamá de Gabriel no tenía el dinero suficiente para adquirir otra lavadora, así que la lavandería era la única solución por el momento. Y doña Carmen llegaba por la ropa e iba a dejarla, a cambio de unos centavos más.

Pero en esta ocasión no llegaba sola. Iba acompañada de su hijo, un pequeño de 8 años llamado Nicolás y a quien Gabriel había visto alguna vez en la lavandería. Ahora, Nicolás estaba sentado en la sala junto a su mamá, con la cabeza baja y jalándose los mocos, como si acabara de

llorar.

— ¡Viniste a tiempo, Gabrielito! —dijo su mamá al verlo entrar.  
— Cuando vas camino a la escuela ¿pasas por el callejón que está junto a la oficina de correos?

— No. ¿Por qué? —preguntó, dejando su mochila sobre uno de los sillones de la sala.

— No pases por ahí, corazón. Es peligroso —dijo doña Carmen.

— ¿Porqué? ¿Qué pasó? —volvió a preguntar el muchacho.

— No ves que hay un canalla que le roba su refacción al pequeño Nicolás. Pobrecito. ¡Eso no tiene nombre! —dijo la mamá de Gabriel, viendo al niño que permanecía con la vista hacia el suelo.

— ¿Y cuando fue eso? — dijo Gabriel, quien no pasaba por ese callejón y mucho menos lo haría ahora.

— Nicolás no había querido decírmelo, —explicó doña Carmen— pero parece que desde la semana pasada hay un chico que le roba su comida. Yo le digo que no le tenga miedo y que, si es necesario, que lo golpee...

— ¡Ya te dije que es más grande que yo! — se defendió Nicolás.

— ¿Y cómo es, pues? ¿Es como él? —preguntó doña Carmen, señalando a Gabriel.

— No es tan flaco. Y es más alto. Mucho más alto. —respondió el pequeño.

Gabriel odiaba la palabra "flaco", en especial si se le aplicaba a él. Así que, un poco molesto, tomó su mochila, se despidió de doña Carmen y se fue a su habitación.

Dos días después, mientras cenaban, su mamá dijo a Gabriel:

— Pobrecito Nicolás. Ese tipo sigue robándole su comida. Doña Carmen está preocupada. Nicolás no quiere seguir en la escuela. Tiene miedo.

— Pues debería tomar otra ruta y asunto arreglado. —indicó Gabriel, quien no entendía por qué tanto escándalo si la cosa tenía

solución.

—Pero Nicolás es pequeño. Tú porque eres más grande.

—Entonces que lo acompañe doña Carmen o alguien más. No es tan complicado.

—No es mala idea —dijo su mamá quien, luego de pensar un poco, volvió a decir:

— ¿Y si lo acompañas tú?

— ¿Y yo porqué? ¡Ese no es mi problema!

Y estas últimas palabras mejor no las hubiera mencionado, ya que tuvo que escuchar un largo sermón sobre el amor al prójimo, ayudar a los que más lo necesitan y de cómo los impíos recibirán su castigo el día del Juicio Final (cosa que él dudaba que se aplicara a aquellos que no querían acompañar a los niños llorones a la escuela). Al final, no tuvo más remedio que aceptar, convencido de que era más fácil enfrentarse a cualquier bravucón, que soportar otro sermón de su madre.

De ese modo, al día siguiente, Gabriel iba acompañando a Nicolás. Para un niño de 8 años, tener un amigo o un hermano de 12, es casi como tener a 10 guardaespaldas velando por él. Junto a Gabriel ¿qué podía pasarle?

— ¿Y tú sabes karate? Vi una foto tuya con traje de karate en tu casa. —preguntó Nicolás, a fin de platicar algo con un Gabriel que iba mudo, ya que la tarea de cuidar al niño le parecía una exageración y lo hacía solo por obligación.

— Un poco. —respondió Gabriel. Lo que no comentó es que esa foto era del primer día de un curso de karate que recibió cuando tenía 9 años. Y tampoco comentó que dos semanas después de tomada la fotografía, cayó enfermo de neumonía por andar descalzo corriendo en el gimnasio y que luego de la enfermedad nunca regresó a practicar otra vez.

— ¡Qué bien! Así golpeas a ese tipo y le das una lección —dijo Nicolás, entusiasmado.

—No voy a pelear con nadie. Simplemente tomaremos otra ruta y te dejo en tu escuela. ¿Estamos?

Y un poco desilusionado, Nicolás responde:

—Está bien. Estamos.

Y así lo hicieron. Si bien caminaban unas dos cuadras más, esta era la mejor solución para evitar toparse con un tipo a quien Gabriel no quería conocer.

Así pasaron los días y ni señas del bravucón. Gabriel pensaba que quizá era cosa del pequeño para llamar la atención. Pero uno de esos días, mientras caminaban como de costumbre, Nicolás se detiene de golpe y señala con su mano diciendo:

— ¡Ahí está! ¡Ahí está!

— ¿Dónde? —preguntó Gabriel, quien no veía a nadie cerca.

— ¡Hasta allá está! —indicó el pequeño, señalando a alguien que estaba a dos calles y media de ahí.

Gabriel vio a lo lejos la figura de alguien que, al verlos, corrió cruzando rápido en la siguiente esquina.

—Salió corriendo. Vamos y lo golpeas, ¿sí? —dijo un Nicolás que se sentía más valiente.

—Ni hablar. Acerquémonos poco a poco —dijo un Gabriel, a quien el valor se le había esfumado.

Cuando avanzaron esas dos cuadras y media que los separaba del bravucón, este ya no estaba y no había señas del camino por el que había huido.

Gabriel respiró aliviado y obligó a Nicolás a apresurar el paso.

Luego de otra semana en que no ocurrió nada, tanto doña Carmen como la mamá de Gabriel, decidieron que ya no era necesario acompañar a Nicolás a la escuela. Y así las cosas volvieron a la normalidad.

Una tarde en que doña Carmen llegó a dejar la ropa, esta quiso agradecer a Gabriel por acompañar a Nicolás, y le entregó una caja con galletas. No está por demás decir que Gabriel se sintió un poco incómodo al recibir el regalo, sabiendo que no lo había hecho de corazón sino obligado y de mala gana.

—Gracias, doña Carmen, pero no fue para tanto —decía el chico quien sentía que su conciencia lo acusaba.

—Como crees. Nos hiciste un gran favor. Ahora Nicolás está más tranquilo y yo también. No podía descansar sabiendo que Nicolás

corría peligro. Y no era justo que un pillo como ese se comiera la refacción que le mandaba a mi hijo. Como si el jamón y los pepinillos me los regalaran en el supermercado.

Gabriel no podía creer la asociación que su mente estaba haciendo. Lo que estaba pensando era imposible.

— ¿Pepinillos? ¿Usted le mandaba a Nicolás un emparedado con pepinillos? —preguntó, esperando haber escuchado mal.

—Sí. Le gustan mucho. Como le gustan los pepinillos que las hamburguesas traen, yo le agrego pepinillos a su emparedado.

¿Era una casualidad? ¿Era posible? Pero no solo doña Carmen puede comprar pepinillos. Otras personas también pueden comprarlos, en especial si son dueñas de restaurantes, ¿no? En fin, la pregunta que rondaba la cabeza de Gabriel y que no se atrevía a formular era: ¿Es posible que Jack —si, ese chico pecoso y con cara de niño travieso, quien era su mejor amigo— fuera el tan temido bravucón que le robaba la refacción a Nicolás? Debía averiguarlo y, nomás se retiro doña Carmen, Gabriel sale con rumbo al *Ristorante Oriago*, o sea, a la casa de Jack.

Pero antes de tocar para subir al apartamento, Gabriel decide entrar al restaurante. Empujando la puerta que daba a la calle, el chico ingresa al mismo, haciendo sonar una campanita que anunciaba que alguien había abierto la puerta. No tardó en encontrar a doña Antonella, quien limpiaba las mesas.

Luego del saludo correspondiente, Gabriel dijo:

—Quería preguntarle una cosa: ¿usted usa pepinillos cuando cocina?

— ¿Pepinillos? No, *amore*, no cocinamos con pepinillos. ¿Por qué? ¿Te gustan mucho? Giacomo los detesta.

—No. Solo quería saberlo. Voy a subir a hablar con Giacomo. Nos vemos. —se despidió Gabriel.

—*Ciao, Gabriele. Un bacio a te e alla tua mamma.*

—Gracias.

Tocó el timbre del apartamento y por el comunicador escuchó una voz de niño que le era bastante conocida:

—*Pronto!* —que es la forma como en Italia contestan el

teléfono.

—Jack, soy yo.

—Ahorita te abro —dijo la voz que pasó de sonar seria a sonar como si se hubiera sacado la lotería.

Cuando se abrió la puerta, Gabriel notó la alegría en el rostro de su amigo, quien lo recibió con un abrazo que lo hizo sentirse un poco incómodo.

— ¡Qué bueno que viniste! Estaba tan aburrido. Hasta tenía ganas de llorar. Pero ahora que viniste se me pasó. —confesó Jack cuando los dos se encontraban solos en la habitación.

—Sí. Qué bien —respondió Gabriel, quien en realidad no sabía que decir.

—Pensé que ya no querías ser mi amigo. Como solo te la pasas pensando en esa chica. Ya ni me vienes a ver. —se desahogó el pecoso.

— ¿En serio pensabas eso?

—Sí. Te lo quería decir pero no sabía cómo. Ahora ya no importa. Enciendo la consola y jugamos la revancha, ¿está bien?

—Sí. Está bien.

Mientras jugaban el partido de fútbol en la consola de videojuegos, la mente de Gabriel estaba confundida. Por una parte quería saber si Jack era el bravucón y porqué lo había hecho, pero también pensaba en que, sin quererlo, había hecho a un lado a su mejor amigo y eso le dolía en el fondo.

— ¿Quería preguntarte una cosa? —dijo Gabriel, sin despegar la mirada del televisor y manejando el control del videojuego.

— ¿Ajá?

— ¿Porqué llevabas la vez pasada un emparedado con pepinillos si estos no te gustan?

—No sé. *Mia mamma* me lo puso.

—Pero si tu mamá sabe que no te gustan, ¿por qué te los puso?

—No sé... ¡mira este pase! —dijo, cambiando el tema y concentrándose en el juego.

Gabriel ya no quiso preguntar. No se sentía bien para hacerlo en este momento.

Luego de que jugaron tres partidos más y que fueron a una tienda cercana a comprar golosinas, la tarde cayó y empezó a oscurecer. Gabriel debía regresar a su casa. Los chicos se despidieron en la puerta.

Las luces del alumbrado público empezaron a encenderse. Y las del restaurante también, esperando atraer con esto a los clientes que desearan saborear un delicioso platillo italiano.

Cuando Gabriel iba por la esquina, escuchó como alguien corría tras él. Era Jack, quien llegaba agitado.

— ¿Qué pasa? —preguntó Gabriel.

—Quería pedirte que no le cuentes nada a *mia mamma*, por favor.

— ¿Sobre qué?

—Ya sabes, lo del niño. No sabía que era amigo tuyo, hasta el día que te vi con él.

— ¿Nos viste? Pero, ¿por qué le hiciste eso?

—No sé... me sentía solo. —dijo Jack, con los ojos húmedos.

A Gabriel se le hizo un nudo en la garganta. Sentía que en parte esto era culpa suya.

—No te preocupes. Ya pasó todo. —fue lo único que se le ocurrió.

—Gracias. Era solo eso. *Ciao!* — y el pecoso corrió de regreso a su casa.

Cuando siguió su camino, Gabriel meditaba en lo complicada e injusta que se torna la vida algunas veces. No le encontró respuesta a sus preguntas, así que se limitó a decir:

— ¡Diablos! ¡Algunas veces la vida apesta!





## Capítulo 10

### Marcela

El murmullo de personas haciendo llamadas telefónicas y el ruido repetitivo de las impresoras mostraban que la oficina estaba en plena actividad. Oficinas sin paredes. Cada trabajador instalado en pequeños módulos individuales. Piso alfombrado, excelente iluminación y un gran ventanal —desde donde podían apreciarse otros edificios, modernos y elegantes— daban a este lugar la impresión de que aquí se manejaban asuntos importantes y que la famosa frase “el tiempo es dinero” se vivía minuto a minuto.

Sobre una pared, un reloj digital de forma rectangular y con grandes números rojos marcaba las 10:37:54 A.M. lo que indicaba que las actividades apenas estaban empezando y que, para aquellos empleados desesperados y que odiaban su trabajo, significaba que aún faltaba mucho para salir de este lugar. Y para empeorar las cosas, el día era miércoles. El viernes estaba lejano aún.

En el módulo más cercano a la oficina de Gerencia Regional, estaba Marcela. Su puesto en planilla aparecía con el nombre de “Asistente Administrativa de Gerencia Regional”, lo que significaba que era la mano derecha del gerente regional, un hombre de 34 años, casado, mujeriego, vividor, pero bueno en su trabajo y que —para suerte de Marcela y de las empleadas bonitas de la empresa— se mantenía casi siempre fuera del país, haciendo contratos y controlando las operaciones del negocio en los países vecinos. Ahora se encontraba en la oficina, y cuando esto ocurría, el estrés de Marcela aumentaba, debido a la gran cantidad de trabajo que ponía sobre sus hombros y a las miradas incómodas que este hombre le lanzaba. Gracias al Cielo que solamente estaría una semana.

La mente de la chica de 22 años estaba sumergida en un informe financiero que se había convertido en un verdadero papiro con jeroglíficos egipcios y que no lograba descifrar. Incluso, se estaba llevando el dichoso informe a su casa y se acostaba entrada la madrugada tratando de encontrarle sentido a las cifras. Pero, hasta ahora, no había logrado nada.

Sus dedos presionaban con mucha destreza las teclas de la sumadora, mientras sus ojos recorrían las innumerables cifras que, fila con fila y columna con columna, eran todo un enigma.

—Te está saliendo humo por la cabeza, Marce. Dentro de unos minutos te saldrá fuego. —bromeó Ángela, otra chica joven y compañera

de Marcela, quien se había convertido en su confidente y amiga.

— ¡Ay, Ángela! No le encuentro pies ni cabeza a este informe. Llevo tres días revisándolo y no encuentro la falla. —se quejó Marcela. La frustración podía notarse en su semblante.

—Tranquila, amiga. Lo que necesitas es desconectarte unos minutos de eso. Ve a la cafetería, déjame a mí el informe. Le echaré un vistazo. Quién sabe si yo resuelva el enigma.

No muy convencida, Marcela introduce el informe en su agenda y lo entrega a Ángela.

—Gracias, Ángela. Creo que un café bien cargado me caerá de maravilla. Ya regreso.

—Ve y relájate. Yo reviso esto.

Al regresar Marcela, pudo ver como Ángela desde su módulo levantó su mano, mostrando su pulgar en señal de éxito. Al parecer el enigma se había resuelto.

—Ya encontré el problema. Vamos a tu módulo y te lo explicaré.

Y así se enfrascaron en una charla sobre cifras de costos fijos y costos variables y otras cosas que no vienen al caso mencionar acá, hasta que llegó la hora del almuerzo. Lo cierto es que Marcela vio de nuevo la luz del Sol y su estrés bajó de un nivel 100 a uno 40.

—Hora de almorzar. ¡Vamos y celebremos nuestro éxito!  
—propuso Ángela.

Ya en el comedor de la empresa, las dos mujeres siguieron charlando cosas de trabajo. Y en un momento de silencio, Ángela dice:

—Eres una mala amiga, Marcela.

— ¿Porqué? ¿A qué te refieres?

—No me habías contado que tenías un pretendiente. Esas cosas no se le esconden a una amiga.

—No sé de que hablas. Si hubiera alguien tú serías la primera en saberlo, créeme.

—No te creo. ¿Y entonces quien es Gabriel? Encontré una nota algo romántica en tu agenda. ¿Quién es él? ¿Es guapo? ¡Vamos,

cuéntame!

Y como si le hubieran entregado mil informes como el que acababa de resolver, al rostro de Marcela regresó la preocupación.

— ¡Ay, Ángela! Esa es otra de las cosas que me tiene preocupada. —dijo la chica.

— ¿Qué pasa? ¿Te hizo algo ese canalla? ¿Qué edad tiene?

—No me ha hecho nada malo. Y no es un canalla... tiene 12 años.

Los ojos de Ángela mostraron de inmediato su sorpresa. No entendía nada.

—Eso explica la mala letra y pésima ortografía. Pero, explícame eso. No lo entiendo.

—Bien. Déjame explicártelo. Pero tomará tiempo.

Así, Marcela empezó a contar a su amiga todo, desde el momento en que conoció a Gabriel. Y no exageramos al decir que las cosas con el niño se estaban poniendo difíciles.

A los dibujos que Marcela recibía todos los jueves, ahora se sumaban cartas de amor que aparecían todas las mañanas bajo la puerta de su apartamento, cartas que la chica recogía y escondía, para evitar problemas. Pero hubo una nota que Marcela no recogió y que fue a quedar bajo el sofá, siendo encontrada por doña Isabel, la madre de la chica. Y esa nota fue causa de una discusión que madre e hija tuvieron hacía dos días.

—Y entiendo que mi mamá tenga razón. Debo poner a este niño en su lugar y aclararle que entre nosotros no puede haber nada. Pero créeme que me duele tener que romperle el corazón a ese pequeño. Si los hombres fueran como él, ninguna mujer sería infeliz. Es tan atento, caballeroso y tierno, pero sé que esto se está saliendo de control. ¡No sé qué hacer amiga! Sé que debo dar ese paso, pero no me atrevo. No me atrevo.

Ángela estaba sorprendida. ¿Cómo una cosa tan sencilla podía volverse tan complicada de un momento a otro? Y así era ahora.

— ¡Uf! No quisiera estar en tus zapatos, Marce. Pero tu mamá tiene razón. Mientras más tiempo dejas pasar, este niño seguirá creyendo que tú estás interesada en él. Ya sabes que los niños tienen una

imaginación bastante alocada. ¡Y ni hablar de un niño enamorado!

—Yo tampoco quisiera estar en esta situación. Antes he cortado mi relación con otros hombres y me he sentido feliz al ver su cara de sorpresa. ¡Todos han sido unos sinvergüenzas! Pero ahora es diferente. Voy a destruir un corazón que es capaz de dar el amor más puro y sincero. Ese amor blanco y limpio. Ese primer amor. Ese amor que proviene del corazón de un niño.

Las dos compañeras de trabajo quedaron en silencio. No había mucho por decir.

Serían las 7 y media de la noche cuando Marcela regresaba a su casa. Con la vista cansada y los pies adoloridos, estaba a punto de entrar al edificio, cuando nota —como todas las noches que regresaba del trabajo— como en una de las ventanas del 2do nivel, alguien la observa detrás de las cortinas. Marcela lanza un suspiro e ingresa al edificio.

Cuando estuvo frente a la puerta de su apartamento, mete la mano en su bolso y saca las llaves. Y de nuevo, como cada noche, siente como unos ojos la espían desde la puerta entre abierta del apartamento de enfrente. En pocas palabras, la chica era espiada por su pequeño vecino de 12 años desde antes de entrar al edificio. Ella lanza otro suspiro e ingresa al que es su hogar.

Antes de acostarse, Marcela se tomó el tiempo de quitarse el maquillaje de la cara. Por un momento se detuvo y frente al espejo se vio a si misma a los ojos y con actitud decidida dice:

—Marcela, debes dar por terminado esto. Ya no puedes seguir con esta aflicción. Mañana es jueves. Debes aclarar las cosas con este chico. Esto se terminó. —y continuó aplicándose una crema hidratante.

Al día siguiente, antes de salir, ve otra nota tirada en la sala.

—Mamá, por favor recoge la nota y guárdala. No quiero leerla.  
—suplica Marcela.

— ¡Éste muchachito! Pero tú tienes la culpa por no ponerlo en su lugar.

—Mamá no estoy de humor para discutir por eso ahora. Hablamos cuando regrese. Adiós. —Y salió por la puerta, somatándola al salir.

Aunque parezca extraño decirlo, las actividades en la oficina, por pesadas que fueran, hacían que Marcela olvidara este asunto de Gabriel. Pero, cuando el bus la dejaba de regreso por su casa, de nuevo le venía a la

mente todo este problema. El pobre Gabriel, sin saberlo, se estaba convirtiendo en un verdadero dolor de cabeza.

Pero este era el día, o más bien dicho, la noche en que la chica pondría punto y final a las fantasías del muchacho. Así estaba decidido.

Puntual, cuando el reloj del comedor marcó las 8 de la noche, el timbre sonó en el pequeño apartamento que compartían madre e hija.

—Debe ser ese “don Juan” —dijo doña Isabel.

—Mamá, es un niño. No seas tan ruda. —suplicó Marcela y se apresuró a abrir. Pero antes de hacerlo, respiró profundo y lanzó una mirada al cielo.

Cuando abrió la puerta, vio que detrás de ella había un chico de apenas 12 años, con apariencia de niño de 10, cabello negro recién peinado y aún húmedo. El aire se inundó de aroma de colonia para niños. Y Marcela vio unos ojos cuyas pupilas negras resaltaban más sobre el blanco más blanco que unos ojos pudieran tener. Y su sonrisa —una sonrisa que Gabriel solo reservaba para ciertas personas y en ocasiones especiales— hizo tambalear la voluntad de Marcela. Ahora ya no estaba tan decidida como la noche anterior.

—Hola, Marcela —saludó el hombrecito.

Y llegó hasta la nariz de la chica el aroma a pasta dental con sabor a chicle.

En ese momento vino a su mente la imagen del último novio que había tenido. Éste siempre llegaba a visitarla borracho, con los ojos rojos, el aliento pestilente a alcohol y su ropa oliendo a colonia para hombre, mezclado con perfume de mujer. Era asqueroso. Comparar a ese sujeto con Gabriel, era como comparar una rata de alcantarilla con un cisne. No había comparación alguna.

—Hola, Gabriel. Pasa adelante —dijo la chica.

De esa manera empezaron con la rutina de todos los jueves: repasaron primero lo que Gabriel veía actualmente en clase, luego le explicó los ejercicios que la maestra ponía de ejemplo y luego adelantaron unas cuantas operaciones que mostraba el libro de matemáticas, para luego resolver las dudas que tenía el niño.

Cuando dieron las 9 de la noche, Marcela sabía que solo tenía media hora para entablar conversación con el pequeño. Así que fue a la cocina, bebió un vaso con agua, respiró profundo y le llevó otro vaso con refresco a

Gabriel.

—Te traigo otro dibujo. Ojalá que te guste. El marcador anaranjado se me acabó, así que use uno rojo. Espero que no te importe —dijo Gabriel, sonrojándose, como cada vez que le entregaba un dibujo.

Marcela lo recibió y sintió que el momento era este:

—Gracias, Gabriel. La verdad es que te agradezco que te tomes el tiempo de hacerme estos dibujos. No sabes lo especiales que son para mí. Y, ahora que hablamos de esto, quería platicar ciertas cosas contigo. —y el corazón de Marcela se aceleró cuando dijo estas últimas palabras.

—Ajá. ¿Sobre qué será? —dijo Gabriel, cerrando su cuaderno y su libro de matemáticas y prestando toda la atención a las palabras de Marcela.

La chica sintió la mirada del niño sobre su rostro. Le recordó la imagen de un niño aplicado poniendo atención a las palabras de su maestra. Esa mirada inocente le quemaba la conciencia. Marcela estaba a punto de romper un corazón. Este corazón con la dureza y resistencia de una cascara de huevo estaba a punto de ser aplastado por un martillo del tamaño y el peso de un autobús escolar.

— ¡Ah! Pero antes de que lo olvide... ¿tienes computadora, Marcela? — interrumpió Gabriel, mientras buscaba algo dentro del bolsillo del short de lona que traía en ese momento.

—Si, una portátil, ¿porqué?

Con el rostro más colorado de lo normal en un chico tímido como Gabriel, el muchacho saca de su bolsillo un llavero con forma de auto de carreras y lo entrega a Marcela.

—Esta... esta es mi memoria USB. Aquí hay una canción que grabé para ti. No canto muy bien y sé que es un poco tonto, pero te la dedico a ti... ya me puse rojo, ¿verdad?

—Solo un poco —bromeó Marcela, recibiendo la memoria con forma de carro.

Esta última ocurrencia del chico desbarato todo intento de Marcela de dar por terminado todo. Ya no encontró fuerzas. El martillo cayó de su mano. El corazón de cascara de huevo sobreviviría una vez más.

—Y ahora, ¿qué me querías decir? —preguntó Gabriel.

—Nada. Ya lo olvide.

Luego Gabriel tomó sus cosas, se despidió y se retiró a su apartamento. Y Marcela regresó a sus actividades, con la mente más confundida que al principio.

El día jueves había terminado hacia apenas 15 minutos, cuando Marcela entró a su habitación dispuesta a dormir. Eran las 12:15 de la madrugada. Ya era viernes y mientras muchos trabajadores estaban contentos de que llegara este día, a Marcela le importaba poco.

La chica se sentó en la cama con la computadora portátil sobre sus piernas. Su dedo se colocó sobre el botón de encendido, pero titubeó al encenderlo. Lanzando un suspiro la prendió.

Quitando la parte delantera del auto de carreras que servía como tapadera para la memoria, Marcela lo introduce en el puerto USB. Y entre imágenes de futbolistas, autos modernos, dibujos animados japoneses, mal encarados personajes de lucha libre y documentos conteniendo tareas escolares, la chica encuentra un archivo de audio con el nombre de "kancion para marcela". Y dudando en abrirlo, tras un largo momento de reflexión, lo hace.

Lo que entró por los oídos de Marcela haría reír a cualquiera, pero no a ella. No en este momento: una grabación mal hecha, la voz desentonada de un niño —voz que había impedido a Gabriel formar parte del coro de la escuela y que le impediría estar en cualquier otro coro— y una melosa canción que había estado de moda unos años antes y que hablaba de una pareja de enamorados a la orilla del mar, eran el regalo que este pequeño "don Juan" había dedicado a su primer amor.

Las lágrimas rodaron por las mejillas de Marcela. No las pudo contener. Hizo a un lado la computadora y ocultó su rostro entre las manos mientras su mente le repetía una y otra vez:

— *Si los hombres fueran como él, ninguna mujer sería infeliz.*



## Capítulo 11

### **Pornografía**

“Cerrado por limpieza” indicaba el rótulo colocado en la puerta de los sanitarios para varones. Y la palabra “limpieza” era solo un adorno ya que, para que los baños usados por los chicos de primaria estuvieran realmente limpios, se necesitaría la ayuda de expertos en explosivos que hicieran volar el pestilente lugar y volver a construir unos nuevos.

—Usemos los de secundaria —propuso Jack, quien tanto como Gabriel, necesitaba utilizar este servicio.

Serian las dos de la tarde cuando los dos muchachos se encontraban aun en la escuela. Pero este había sido un día distinto: era “El Día de los Museos” y los alumnos de 4to, 5to y 6to primaria habían logrado visitar los museos de ciencias, de historia y de arte con que contaba la ciudad. Y, al menos por este día se habían librado de las matemáticas, los pupitres y los uniformes de siempre.

Hacía unos minutos que el bus escolar había regresado a los alumnos al establecimiento y cada quien debía regresar a su casa. Pero, antes de regresar a la suya, Gabriel y Jack buscaron el baño.

Caminando por el corredor que conectaba la primaria con la secundaria, los dos chicos atravesaron la puerta que separaba el espacio destinado a “los pequeños” con el espacio para “los grandes”.

— ¿A dónde van? —preguntó una maestra de gruesos anteojos, quien en ese momento vigilaba el ingreso a la secundaria.

—Solo vamos al baño. Están haciendo limpieza en los otros.  
—respondió Jack, señalando hacia atrás.

— Bueno. No se tarden. —concluyó la profesora.

Al pasar junto a las canchas de basquetbol, un grupo de quinceañeras jugaba por diversión. Y al ver pasar a los dos niños, una de ellas dijo:

— ¡Miren que lindos!

— ¡Estamos solteras! —gritó otra.

— ¡El pecosito para mí! —dijo una con alambres en los dientes.

— ¡A mí el de pelito negro, jajajaja! —gritó otra chica rellenita, riendo junto a sus compañeras.

Jack sonrió y agitó su mano saludando. Gabriel solo abrió los ojos y apresuró el paso.

Entraron a los baños empujando una puerta que se cerraba sola.

—Ya quiero estar en la secundaria. —dijo Jack, colocándose en uno de los mingitorios.

—Y cuando estés en ella la vas a odiar, créeme. —respondió Gabriel, ocupando el que estaba al lado.

—Y por cierto: ¿le entregaste la canción que grabamos a *la tua morosa*?

—No es mi novia... todavía. Y si, se lo entregue anoche.

— ¿Y le gustó?

—No lo sé. El otro jueves me entero. —respondió Gabriel, alejándose del urinal y buscando los lavamanos.

Gabriel buscó jabón por algún lado y no lo encontró, así que no le quedó más que solo mojarse las manos. Cuando Jack terminó ni se acercó a los lavabos. Él manejaba otros protocolos con respecto a la higiene.

—Al final no me gustó como quedó la grabación. —confesó el pecoso, quien arreglaba su cresta viéndose al espejo.

— ¿Porqué?

—Le faltó ritmo. Te dije que, mientras cantabas, yo hubiera hecho este sonido: *pff pff, bum bum. Pff pff, bum bum* —dijo Jack, entrelazando esas manos que no había lavado y llevándoselas a la boca para hacer el sonido.

—En primer lugar, no estaba cantando rap. Y en segundo, deberías lavarte las manos antes de hacer eso.

— ¡Nah! —concluyó Jack.

En ese momento, la puerta se abre de golpe e ingresan dos chicos adolescentes, de entre 14 y 15 años. Los dos entraron hablando groserías y riendo de forma escandalosa. Vieron a los dos niños y no les prestaron

atención ya que no era del todo raro ver niños alrededor a esa hora.

Los dos entraron juntos a uno de los sanitarios, los cuales estaban separados por tablonces que no llegaban hasta el techo. Y uno de estos jóvenes se paró sobre el sanitario y, empujándose, levanta uno de los paneles del cielo falso y saca de allí algo que los niños no lograron ver. Luego, colocó el panel en su lugar y se dispusieron a salir.

Uno de ellos, un chico cuya cara estaba invadida por el acné, al ver la sorpresa de los niños quienes vieron toda la operación, dijo, apuntándoles con el dedo:

—Ustedes no vieron nada, ¿está claro?

Los dos amigos asintieron con la cabeza. Luego, los quinceañeros salieron del lugar.

—Vámonos ya—propuso Gabriel.

— ¿No quieres ver que hay ahí? —dijo Jack.

—No. Solo vámonos.

—Yo si quiero ver.

— ¡Jack!

El pecoso entró al sanitario y se paró sobre este, imitando las acciones del adolescente.

—No alcanzo. Ayúdame —indicó.

Con expresión de fastidio, Gabriel se acercó, juntó sus manos y así Jack pudo poner el pie sobre ellas. Apenas si lograba llegar. Con esfuerzo levantó el panel y metió su mano, buscando que había dentro.

—Levántame más, que ya toco algo. —indicó.

—¡Apúrate que ya no te aguanto! —se quejó Gabriel.

Del escondite sacó una revista, la llevó a su boca, sosteniéndola con los dientes e intentó poner el panel en su lugar, colocándolo mal. Y como Gabriel ya no aguantaba más, no tuvo otro remedio que dejarlo así.

Escuchando pasos afuera, los muchachos solo lograron ver que, en la portada de la revista, aparecía acostada sobre una cama llena de cojines y

almohadones, una mujer desnuda y en una pose provocativa.

— ¡Vamos, guárdala, guárdala! —dijo Jack.

— ¿Y yo porqué? Yo no puedo llevar esto a mi casa.

—Solo guárdala y salgamos de aquí.

Como pudo, Gabriel abrió su mochila e introdujo la revista en ella. Luego, los dos salieron del lugar.

—Nos vemos por la tarde, en el Lugar Secreto. Y lleva la revista. —ordenó Jack.

—Si nos metemos en un lío por esto, ¡ite pateo! —amenazó Gabriel. Luego cada quien tomó camino a su casa.

Gabriel se pasó toda la hora del almuerzo pensando en cómo sacar la revista sin que su mamá se diera cuenta e ideó tomar varias revistas de videojuegos, mezclar la revista de las chicas dentro de ellas y decir que las verían con Jack. Así lo hizo y el plan funcionó.

Ya en el Parque Grande, Gabriel caminó rumbo al “Lugar Secreto”. Y este no era más que la parte de atrás de una vieja y oxidada caseta de metal, donde alguna vez se vendieron aguas gaseosas, hot-dogs y golosinas y que estaba ubicada en una parte olvidada y retirada del parque. Así que, entre la parte trasera de la caseta y una pared alta, se encontraba el escondite de los muchachos, lugar que solo era visitado por ellos y —por el olor—por algún gato callejero que lo usaba como sanitario.

— ¿Porqué tardaste tanto? —se quejó Jack, quien había llegado primero.

— ¡Oye, no te quejes! A mí me tocó esconder la revista. Para ti fue fácil venir.

— ¿Y la viste? ¿Qué tiene?

—Jack, no podía verla con mi mamá en la casa. Así que se lo mismo que tú.

—*Bene, bene!* Veámosla de una vez.

Los niños se sentaron en el escondite y, como corsarios que abrían el cofre del tesoro por primera vez, ambos contemplaron la portada detenidamente por unos segundos. Los títulos que la revista mostraba al

frente estaban en inglés.

Gabriel era quien sostenía la revista y Jack estaba junto a él, hombro con hombro.

—Pasa las hojas despacio, ¿sí? No quiero perderme de nada.  
—pidió Jack.

Así, abrieron la revista y sus ojos se sorprendieron al contemplar la primera imagen del interior.

— ¡Wow! —exclamó Jack. Gabriel no dijo nada, pero pensó lo mismo.

Los chicos tragaron saliva y sus ojos recorrían con atención cada centímetro de la fotografía que mostraba a la misma mujer de la portada vistiendo una blusa bastante ajustada y una falda tan diminuta que apenas si lograba cubrir algo.

—*Amico*, ¿dónde encuentra uno mujeres así? ¡Quisiera conocerla! —exclamó Jack.

—Si la revista está en inglés, seguro es norteamericana  
—supuso Gabriel.

Y conforme iban pasando las hojas, la chica aparecía con menos ropa y en poses más provocativas. Y las hormonas de los muchachos parecían como si estuvieran dentro de una lavadora de ropa en la etapa de centrifugado: girando velozmente.

—Jack, ¡me estás babeando el hombro! —se quejó Gabriel.

— ¡Perdón, perdón! —se disculpó Jack, limpiándose la saliva con la manga de su propia playera. —Pero, ¿tú crees que todo eso sea real?

—No lo sé. Supongo.

—Yo creo que esa chica está hecha por computadora. No existen mujeres así.

—Sí. Es un sueño. —agregó Gabriel.

Pero, poco a poco, el nivel de sensualidad de las imágenes iba subiendo de tono, a un punto en que los dos chicos se sintieron incómodos. La mujer mostraba partes que los muchachos no sabían que existían.

— ¡¿Qué es eso?! —exclamó Gabriel.

—No lo sé. Mejor pasa a la siguiente página.

Así lo hizo.

— ¿Y aquí que está haciendo? —volvió a exclamar Gabriel con expresión de asco.

—No lo sé, ni quiero saberlo. Pasa la hoja, ¿sí? —dijo el pecoso.

Cuando terminaron con la última hoja, los chicos no sabían si lo habían disfrutado o no. Era demasiada información para sus cabezas, así que ambos se quedaron pensativos y bastante sorprendidos.

Gabriel volvió la vista hacia Jack y el chico estaba verde.

— ¿Te sientes bien?

—No. Tengo náusea. —y se levantó de golpe, buscando un depósito de basura cercano.

Luego de devolver el estómago y enjuagarse la boca en un grifo que usaban los jardineros del lugar, Jack regresa al Lugar Secreto.

— ¡Qué asco, *amico*! Creo que cuando sea grande *mi voglio fare prete*.

— ¿*Prete*? ¡Ah!, te quieres hacer sacerdote, dices. ¿Tú? Eso no lo creo. Es imposible. —respondió Gabriel, quien estaba de rodillas y metiendo la revista debajo de la caseta.

— ¿Y qué haces?

—No pienso regresar con eso a mi casa. Mi mamá me mata si la encuentra.

—Bueno, yo ya tuve suficiente porno para el resto de mi vida. Vamos a mi casa. Creo que mi mente necesita de un videojuego. —propuso Jack.

Y así se alejaron de la caseta, dejando un manjar que les había sabido nauseabundo.

El lunes de la semana siguiente, siempre a la hora de salida, Gabriel y

Jack se despidieron.

—Tengo que ir al baño. ¿Nos vemos por la tarde, entonces?  
—preguntó Jack.

—Si, está bien. Le pediré dinero a mi mamá para comprar helados. Ahora invito yo. —dijo Gabriel.

— ¡Qué bien! *Ciao!*—y caminaron por rumbos contrarios.

Jack se dirigió hacia los sanitarios de la primaria que ahora si estaban abiertos.

Y mientras Jack usaba uno de los uriniales, escucha que se abre la puerta y luego, alguien envuelve su brazo en el cuello del muchachito, tomándolo por sorpresa.

— ¿Dónde está mi revista, pecoso? —dijo una voz.

— ¿Qué revista? — mintió Jack.

Luego que lo soltaron, Jack pudo constatar que los dos chicos de secundaria habían vuelto por su revista.

—Dame la revista y no te pasará nada —prometió el chico con acné.

— ¡Mira, mojé los pantalones! ¡Ja, ja, ja! — se burló el otro chico, quien era del tipo que siempre quiere hacerse el payaso.

Sintiéndose acorralado, Jack no sabía que responder. Estaba entre un chico de 15 años molesto y un urinal apestoso.

—*Per favore! Non farmi male!* —rogó Jack, pidiendo que no le hicieran daño.

— ¿Y este qué? ¿Habla en árabe? Ja, ja, ja, ja! —bromeó el payaso.

Y tomando a Jack por el cuello de la camisa, dice el del acné:

—Mira, "Pantalones mojados": o me traes mañana esa revista o te hago un pequeño corte que hará que debas usar el baño de las niñas por el resto de tus días. ¿Quedó claro? Te espero mañana, por las piletas.

Y cuando soltó a Jack, este salió corriendo como pudo, tropezando antes con sus propios pies y cayendo en el piso del sanitario, mientras los dos

adolescentes se reían de él.

Gabriel estaba tomando su sopa, cuando suena el teléfono.

—Yo contesto. Termina esa sopa, que se te va a enfriar —dijo su mamá.

Gabriel luchaba con una sopa de verduras que odiaba y que parecía que, por más cucharadas que tomara, esta nunca se acababa. Fue un alivio cuando su mamá le dijo:

—Es Jack. Y atiéndelo rápido que debes terminarte esa sopa. ¡Y no hagas esa cara, jovencito! —dijo al ver la expresión de fastidio de su hijo.

Cuando Gabriel tomó el teléfono, de inmediato escucho que la voz de su amigo no era la de siempre:

—*Amico, avevo problemi!*

—¿Tienes problemas? ¿Y ahora que hiciste? —preguntó Gabriel.

—¡Los chicos grandes, los de la revista! ¡Quieren que se la devuelva!

—¿Y cómo sabes eso? ¿Qué pasó?

Así, Jack contó a su amigo lo sucedido en el baño, hacia cosa de 45 minutos.

—Y dijo que si no se la llevo...

—¿Que si no se la llevas, qué?

—¡Me cortan *il pisellino!*

Gabriel sabía que eso no podía ocurrir, pero de que estaban en problemas, lo estaban.

—¡Te dije que tendríamos problemas con eso! Hay que hacer algo. Mañana en la mañana, antes de ir a la escuela, recojo la revista y se la devolvemos. —dijo Gabriel, tratando de hablar en voz baja para no ser escuchado por su mamá.

—Sí. Es lo mejor. Nos vemos más tarde y platicamos. *Ciao.*



—se despidió un Jack con la voz apagada.

—Está bien. Nos vemos al rato. —se despidió Gabriel, para quien el problema de la sopa se había convertido en algo secundario.

Y así cómo lo habían planificado, Gabriel corrió hacia el parque a recoger la revista —que por suerte solo estaba algo empolvada — y la metió en su mochila, apresurando el paso para no llegar tarde a la escuela.

Luego de que sonara el timbre de salida y de que todos los chicos empezaran a salir, los dos amigos caminaron hacia las piletas, que era el lugar donde don Catalino, el señor de mantenimiento, lavaba los trapeadores y llenaba los cubos con agua para la limpieza.

— ¿Y tú crees que realmente no puedan hacerme lo que dijeron? —preguntó Jack con un poco de aflicción.

— ¡Cómo crees?! ¿Y acaso tú dejarías que lo hicieran? —respondió Gabriel, quien quería terminar con esto de una vez por todas.

—No. Pero, por si las dudas, mejor tú entrégales la revista, ¿sí?

Los muchachos esperaron por espacio de 15 minutos. No había señas de los dos quinceañeros.

—Que extraño. ¿Seguro que era aquí donde debías juntarte con ellos? —preguntó Gabriel.

—Sí. Me dijo que me esperarían aquí, en las piletas. Extraño, ¿no? Mejor vámonos. ¡Odio a la gente impuntual!—propuso el pecoso, quien trataba de no mostrar miedo, pero quería salir corriendo de allí.

Empezaron a caminar y cuando iban a salir de la escuela la maestra que vigilaba la salida de los estudiantes les preguntó:

— ¿Ustedes son Gabriel López y Giacomo Marcato, verdad?

—Sí. —dijeron los dos a coro.

—No pueden salir. La directora los espera en su oficina.

Los chicos se vieron las caras. ¿Y qué quería la directora de ellos? Así que, con el corazón latiendo de susto, se dirigieron hacia allá.

La puerta de la dirección estaba abierta. La directora atendía a alguien. Pero, al ver a los dos chicos quienes, temerosos, se asomaron por la

puerta, esta dijo:

— ¡Ah! Son ustedes. Entren y siéntense allí —indicó, con voz de autoridad y señalándoles una banca que había dentro de su oficina.

Los dos obedecieron.

La directora de la escuela era una mujer anciana, delgada y de rasgos severos. Nadie sabía su edad, pero algunos alumnos decían que tendría unos 130 años, mientras que otros, más realistas, le calculaban casi los 80. Y cuando se desocupó, se puso de pie y caminó hacia los chicos. Con las manos en la espalda, se puso frente a ellos y los examinó detalladamente:

— ¡No lo puedo creer! Los veo aquí y no lo creo. Si parece que no mataran ni una mosca. —dijo por fin, viendo a los niños quienes se sentían más pequeños de lo que eran ante la máxima autoridad de la escuela. —Pero no nos andemos por las ramas: ¡entréguenme la revista!

Los chicos se vieron a los ojos. ¿Cómo sabía la directora lo de la revista?

—No intenten venir con el cuento de que no saben de que hablo. Una llamada anónima me puso al tanto de esto. Así que no hagan las cosas más difíciles. ¿Dónde está la dichosa revista?

Ninguno de los dos tuvo valor de decir nada. Así que Gabriel abrió su mochila, sacó de ella la revista y la entregó a la directora. Esta, con sus manos huesudas y arrugadas, agarró con asco la “publicación obscena”, como ella le llamaba. Ni siquiera se tomó la tarea de ver el contenido. Simplemente la colocó sobre su archivo.

—Bien. No es la primera vez que me topo con algo así. A mi edad ya estoy harta de lidiar con pícaros como ustedes. Así que no diré nada más. Por mi parte he terminado con ustedes. —dijo la anciana, para quien este caso no era más que uno de los miles que había visto en todas las décadas que llevaba como educadora. Luego de esto, regresó a su escritorio.

Al escuchar sus últimas palabras, los chicos se pusieron de pie y buscaron la salida.

— ¿A dónde van? Yo terminé con ustedes, pero debemos esperar a que vengan sus madres. Estarán felices de verlos aquí —indicó, mostrando una sonrisa que les heló la sangre.

Al regresar a la banca, los dos muchachos sabían que habían caído en la trampa del chico del acné y de su compañero el payaso. Ahora se sentían

como un reo que espera ocupar su lugar en la silla eléctrica.

Si por la puerta de la dirección hubieran entrado los jinetes del Apocalipsis, los chicos no hubieran mostrado tanto miedo como cuando vieron entrar a sus madres, quienes, con la vista, les anticiparon lo que les esperaba al llegar a la casa.

Y pidiendo mil disculpas, una en español y la otra mezclándolo con frases en italiano tal y como hacia su hijo, las dos madres lograron sacar de la oficina de la directora a los pequeños perversos. Jack salió llorando, debido al jalón de orejas y a las dos nalgadas que le aplicó su mamá. Gabriel no, pero estaba seguro que la tarde sería una de las más largas de su vida y le esperaba un sermón bastante extenso.

De esa manera los dos muchachos fueron castigados con dos semanas sin verse por las tardes, sin televisión y sin videojuegos.

Dos semanas después, los dos niños se encontraron de nuevo en el Parque Grande. Pero ahora la situación era diferente: corriendo como loco y protegiendo su trasero con sus manos, Jack huía de un Gabriel que buscaba cumplir su promesa: "Si nos metemos en un lío por esto, ite pateo!"

¡Lástima que Jack no corría tan rápido!

## Capítulo 12

### Corazón roto

No había un momento de la semana que Gabriel odiara tanto como los domingos por la tarde. Ver morir un domingo era como ver morir a tu mascota o ver partir a un ser querido: era hundirse en la melancolía. Y este domingo no era diferente.

Si bien es cierto que en el último mes Gabriel pasaba por uno de los momentos más hermosos de su vida —su cercanía con Marcela le hacía el chico más feliz del Universo— no por eso la tarde de domingo dejaba de ser tan desagradable. Lo único que le quitaba ese malestar en el corazón era pensar que llegaría el jueves para estar junto a su primer amor. Y esto le daba ánimos.

Esa tarde de domingo, acostado a lo largo del sofá, Gabriel se encontraba junto a su mamá en la sala del apartamento. Los dos estaban viendo una película familiar: la típica película en la que un inteligente perro que habla debe luchar por quedarse con su nuevo dueño que, en este y todos los casos, es un niño muy simpático pero solitario y quien acaba de mudarse al vecindario y encuentra en ese perro parlanchín el amigo que nunca ha tenido. Típico de principio a fin.

La película terminó cuando el reloj marcó las 5 de la tarde. En ese instante, el corazón de Gabriel empezó a ponerse melancólico y no sabía si seguir viendo televisión o ir a su habitación a hacer algo que le hiciera más llevadera la tarde. Al final se decidió por esto último.

Cuando iba a ponerse de pie, el canal anunció su siguiente película: "*Amor fantasma*".

— ¡Ay, qué bonita es esa película! —dijo su mamá. —Esa estuvo de moda cuando yo tenía quince años. Todas las chicas queríamos verla.

— Me imagino. —dijo Gabriel, sin mostrar el menor interés, ya que no tenía la intención de ver una película estrenada hacia 20 lejanos años.

—Sí. En ese entonces todas soñábamos con tener un romance como el de esa película.

— ¿Y no es una película de miedo? —preguntó el chico.

—No. Es romántica. Los dos protagonistas mueren y sus fantasmas hacen lo posible por volverse a juntar y no separarse jamás. ¡Qué romántico! — dijo su mamá, lanzando un suspiro.

Últimamente, todo lo que llevara la etiqueta de “romántico” interesaba a Gabriel: escuchaba música romántica; buscaba en internet mensajes románticos; hacía dibujos y notas románticas. En fin, la mente del chico divagaba sobre la nube de un romanticismo adolescente. ¡Y no hay nada más romántico que un adolescente enamorado!

Y al escuchar esto, el muchacho cambió de planes y se recostó de nuevo en el sillón, dispuesto a fantasear como lo hicieron muchas quinceañeras 20 años atrás.

Bastaron unos pocos minutos para que la película atrajera toda la atención de Gabriel, quien se concentró de lleno en ella. Y, en el desenlace de la misma, Gabriel intentó disimular una lágrima que corrió por su mejilla.

Al final —dos horas después— la película logró su objetivo y, si Gabriel estaba enamorado, luego de la película lo estaba aún más. El mensaje de la cinta cayó en el corazón del chico como una semilla en terreno abonado.

Cuando entró a su habitación y antes de prepararse para dormir, Gabriel se tendió sobre su cama y —en un acto que ya se había vuelto habitual en él— se quedó mirando hacia el techo de su cuarto con la vista perdida. Así estuvo por espacio de media hora. Cualquiera que lo hubiera visto pensaría que, o estaba bajo el efecto de algún anestésico o estaba muerto.

Y, bajo este trance, Gabriel tomó una decisión: el momento de declararle su amor a Marcela había llegado. El tiempo era el oportuno. Era ahora o nunca.

Si su mamá hubiera sabido el efecto que la película había causado sobre su hijo, mejor lo hubiera evitado antes de exponerlo a la catástrofe que estaba por venir.

Y con esto en mente, Gabriel pasó el resto de la semana pensando en cómo sería el mejor momento y lugar para declararle a Marcela su amor y convertirse, por fin, en novios. El chico sabía que, en el momento de la declaración, los dos debían estar solos. Así que hacerlo en casa de ella era imposible y en la suya menos.

La noche del jueves, Marcela notó algo diferente en Gabriel:

— ¿Te pasa algo, Gabriel? Te veo bastante distraído. —indicó la chica.

—No, no me pasa nada.

—Debe ser por la hora. Si quieres solo comprobemos los resultados de las operaciones y terminamos por hoy, ¿está bien?

Cuando terminaron y mientras Gabriel ordenaba sus cosas para regresar a su apartamento, el muchacho pregunta:

— ¿Y los sábados a qué hora sales de trabajar?

—Termino a la una de la tarde.

— ¿Y a qué hora vienes a tu casa?

—Estoy aquí entre dos y dos y media.

Y para disimular esta serie de preguntas agregó:

—Debe ser cansado trabajar los sábados, ¿verdad?

—Sí. Pero al menos tengo el resto de la tarde para descansar.

—contestó Marcela.

Esperando que su amada no sospechara nada sobre sus preguntas, Gabriel se despidió y se retiró a su apartamento, con la ilusión de que, 8 días después, entraría de nuevo al apartamento de Marcela, pero ahora como su novio.

Esa noche, en la oscuridad de su habitación, el niño decidió que el sábado a las 2 de la tarde era el momento perfecto para declarar su amor. Pero había algo que se interponía en su plan: la práctica de fútbol del sábado. Si faltaba, su mamá se daría cuenta. Y el entrenamiento se terminaba a las 2. Debía pensar en alguna manera de sortear este obstáculo.

Al día siguiente, viernes de educación física, todos notaron que Gabriel andaba con la mente perdida en otra galaxia.

Durante la práctica de baloncesto, el chico no encestró ninguna canasta y mientras jugaba fútbol durante el recreo, Gabriel recibió un pelotazo en el estómago, otro en la cabeza y había que gritarle para que viera a su alrededor los movimientos de los jugadores contrarios.

— ¡¿Qué te pasa?! ¿Estás enamorado o qué? —le recriminó un compañero de clase al ver que Gabriel por poco mete la pelota en su propia portería.

Y a la hora de salida, Jack le pregunta:

— ¿Te sientes bien? Hoy estuviste como tonto, *amico*.

—Estoy bien. ¿Por qué todos me preguntan eso? —dijo enojado.

—Porque estás raro, como tonto. Bueno, ¿nos vemos mañana en la práctica *di calcio*?

—Pues no tengo muchas ganas de practicar fútbol mañana, pero seguro nos vemos allá.

—Ok. *Ciao, amico!* ¡Y cuidado con esa caseta telefónica!—gritó Jack al ver que su amigo estuvo a punto de estrellarse de narices contra esta.

Llegó la mañana del sábado y como era de esperarse Gabriel durmió muy mal. Y su semblante lo delataba. El chico pensó que luego de la ducha el cansancio no se notara tanto.

No habiendo encontrado la manera de librarse de la práctica de fútbol, Gabriel decidió que se escaparía de esta antes de que finalizara. No había otra opción. Pero, ¿estaría bien declarársele a Marcela vestido con su uniforme de fútbol? ¡Claro que no! Así que metió en la pequeña mochila que llevaba para la práctica un pantalón de vestir, una camisa de manga larga a cuadros y un par de mocasines que usaba solo para fiestas especiales, misas de primera comunión o un cumpleaños en algún lugar elegante.

— ¿Y que llevas en esa mochila, Gabrielito? Parece que vas de campamento. —dijo su mamá al ver al chico salir con esta al hombro.

—Solo ropa para cambiarme después de la práctica. No me gusta andar todo sudado.

—Pero si nunca llevas ropa adicional. Déjame ver. —y le quitó la mochila.

Luego de revisarla dijo:

— ¿Y no pudiste sacar solo una playera limpia? Parece que vas

a una fiesta. Esta ropa la vas a arruinar. No puedes llevarla.

— ¡¿Pero porqué?! —dijo Gabriel con disgusto. ¿Hasta cuándo dejaría de ser el niño a quien le revisaban hasta lo que vestía?

—No hay tiempo para discutir, que se te hace tarde. Te llevas una playera limpia y punto. —dijo su mamá, dando por terminada la discusión y metiendo en la mochila la dichosa playera limpia.

Así, de mal humor, Gabriel salió de su casa no sin antes lanzarle una patada a un depósito de basura que había fuera del edificio y que ninguna culpa tenía de las desdichas del muchacho.

Y con el entrecejo fruncido y el humor amargo llegó a la práctica.

— ¿Y esa cara? ¿Te pasa algo? —preguntó Jack.

— ¡No me pasa nada y deja de preguntar eso, ¿sí?! —gritó Gabriel.

— ¡Perdón, no quise molestarte! —dijo Jack. —Mejor te dejo solo. ¡Te pones odioso cuando estás así!

— ¡Haz lo que quieras! —respondió el chico, alejándose de su amigo.

Durante la práctica participó de los ejercicios que indicaba el entrenador, solo porque éste era un tipo más malhumorado que él y gruñía más que león de zoológico.

Pero, luego del descanso para que los chicos refaccionaran algo, Gabriel tomó su mochila y asegurándose que ni el entrenador ni sus compañeros lo vieran —en especial Jack— se escabulló como pudo y cuando estuvo en la calle, corrió lo más rápido que sus piernas se lo permitían a fin de alejarse de las canchas.

Gabriel sabía que la parada de bus en que bajaba Marcela estaba junto al Parque Grande, ya que era la parada más cercana a los apartamentos en que vivían. Y hacia aquí se dirigió. Faltaban aún 30 minutos para las dos de la tarde, calculó el niño.

Mientras esperaba, el chico se refugió en el Lugar Secreto y aquí se arregló el pelo, peinándose con sus manos, limpió sus zapatos de fútbol y se arregló el uniforme ya que esta sería la ropa con que se declararía. La playera que su mamá metió en la mochila era la más infantil que tenía el muchacho, así que ni pasó por su mente usarla.



Mientras tanto, el tiempo corría como cuentagotas: con toda lentitud. Salió de su escondite y buscó alguien a quien preguntarle la hora.

—Faltan 5 minutos para las 2 de la tarde —le indicó un vendedor de golosinas ambulante. Así que Gabriel corrió a la parada de bus.

Sentado en esta, su corazón palpitaba de ansiedad. El chico cerró los ojos y respiró despacio para calmarse. Estaba en esto cuando el autobús se detuvo frente a él.

Cuando abrió los ojos, Marcela bajaba del bus.

— ¿Gabriel? ¿Qué haces aquí? ¿A dónde vas? —preguntó Marcela, quien no ocultó su sorpresa al ver al chico.

—Te... te estaba esperando. —contestó ese mismo chico que se ponía colorado cuando hablaba con ella y que ahora estaba igual de rojo.

— ¿A mí? ¿Para qué?

—Ven conmigo un rato al parque. Solo será un ratito, ¿sí? —indicó Gabriel, quien se veía nervioso.

Marcela detectó de inmediato lo que pasaba. Solo esperaba estar equivocada.

—Está bien. Vamos entonces.

Los dos entraron al Parque Grande y Gabriel buscó una banca en el sendero menos transitado del mismo. Y aquí se sentaron.

Lanzando un suspiro y con preocupación en su cara, Marcela dijo:

—Bien. Dime qué pasa.

El chico que estaba junto a ella, vestido con su uniforme blanco de fútbol, empezó a mover las piernas con nerviosismo. Su rostro estaba rojo y, con la mochila sobre sus rodillas, jugaba de forma nerviosa con el cierre de la misma. Y permanecía con la cabeza baja, mirando hacia sus manos.

—Dime qué pasa, Gabriel. Sé que quieres decirme algo, pero cálmate. —le indicó Marcela, poniendo la mano sobre el hombro del muchacho, intentando calmarlo.

Creo que todos, en este punto de la historia, conocemos el temperamento de Gabriel. Y ahora sus nervios lo traicionaron, su mente se bloqueó y con

ella su lengua. No lograba decir aquello que tantas veces soñó con decir.

Luego de un par de minutos en que el muchacho nervioso trataba de buscar la forma de escupir lo que tenía en la mente y en el corazón, Marcela tomó valor y empezó a hablar:

—Creo que sé lo que me quieres decir. Y yo no quería que llegara este momento. Tenía que hablar contigo sobre esto desde antes, pero fui una tonta y no lo hice.

Gabriel permanecía atrapado en su nerviosismo pero escuchaba la voz de la chica, quien continuó:

—Desde el momento en que me diste aquel beso, el que yo tomé como una travesura de tu edad, debí haber hablado contigo. Yo sé que me quieres mucho y se por tus cartas y dibujos que lo que sientes por mí es muy fuerte, pero lo que tú quieres no puede ser.

Cuando escuchó estas últimas palabras, Gabriel se incorporó. Esos ojos negros se volvieron grandes y por fin pudo ver a la cara a la mujer que tenía al lado.

— ¿Y por qué no puede ser? Sé... sé que no tenemos la misma edad, pero eso no importa. Para el amor no hay edad —dijo el niño, quien había recuperado la facultad del habla y quien usaba ese viejo argumento sobre la edad en su defensa.

— Gabriel, tu eres todavía un niño. No entiendes muchas cosas. Soy mucho más grande que tu.

—Ya no soy un niño. Ya tengo 12 años y solo nos llevamos 10 años. ¡No es mucho! —agregó el muchacho quien, en tono de ruego, buscaba convencer a Marcela de su punto.

—Quizá no sería mucho si los dos fuéramos adultos, pero tú eres aún un chico muy joven y yo ya soy un adulto. ¿Cuántas mujeres de 22 años conoces que sean novias de un chico de 12?

—Eres la única chica de 22 años que conozco. No conozco a nadie más. —contestó el muchacho. — Pero ya te dije que eso no importa. Si los dos nos queremos no tiene porqué importar.

Al escuchar estos argumentos a Marcela le quedó más claro que estaba tratando con un niño encaprichado. El muchacho solo se dejaba llevar por el sentimiento sin tomar en cuenta la razón.

—Mira, Gabriel. Lo que yo siento por ti es solo amistad. Te tengo cariño porque eres un niño muy amable, educado y te das a querer.

Pero yo no estoy enamorada de ti. Creo que nunca te di a entender esto.  
—habló Marcela con calma, tratando de hacer entender al chico.

—Pero recibías mis cartas y nunca me dijiste que no. Yo pensé que era porque yo te gustaba. —confesó Gabriel.

—Eso fue muy estúpido de mi parte. Mi mamá me dijo que hablara contigo pero tenía miedo de hacerte sentir mal. Fui muy tonta. Te pido disculpas por eso.

Gabriel se quedó pensativo. No sabía que más decir. Ella le había dicho que no sentía lo mismo hacia él. ¿Había alguna razón para insistir?

—Podemos seguir siendo amigos si quieres. Pero yo no puedo tener ninguna relación contigo. Quiero que te quede claro que no podemos ser novios ni nada que se parezca. —agregó Marcela, buscando dejar el punto bastante claro.

El silencio de Gabriel se prolongó un poco más. Luego dijo:

— ¿Y si somos novios y no se lo decimos a nadie? Solo tú y yo lo sabremos. Nadie más tiene que...

— ¡Que necio eres! —interrumpió Marcela, en un tono fuerte que nunca había usado con Gabriel. —Yo no te amo, Gabriel. ¿Qué caso tendría tener una relación donde solo tú me ames? ¡Entiende que un adulto y un niño no pueden ser novios!

Al escuchar el tono que Marcela usó, el rostro de Gabriel cambió. Era una mezcla entre sorpresa, miedo y tristeza. Su intención nunca fue la de enojar a Marcela. Pero lo que más martillaba su mente y su corazón fueron las palabras "yo no te amo".

Los dos quedaron en silencio. Marcela no quiso agregar nada más. Gabriel no tenía mucho que decir tampoco. Algo dentro de él quería insistir, así como hacía con su mamá cuando quería que le comprara los zapatos que le gustaban o que lo llevara al cine a ver una película que estuviera en cartelera. Pero Marcela no era su mamá. Su mamá lo amaba, Marcela no.

—Si no tienes nada más que decirme, tengo que ir a mi casa.  
—dijo la chica de forma seria.

Pero la sorprendió que Gabriel no llorara ni pataleara, como se supone que lo haría un niño. Gabriel solo se quedó con la vista hacia el piso y sus manos y piernas habían dejado de moverse.

— ¿Te sientes bien? Te acompaño a tu casa—indicó Marcela.

—No, no. Tengo que hacer algo por allá. —dijo Gabriel, incorporándose y no sabiendo hacia donde señalar cuando dijo “allá”.

—Bueno. Entonces nos vemos. Lo siento, Gabriel. Pero las cosas no pueden ser distintas. Adiós —concluyó Marcela y se retiró, no sin antes voltear a ver varias veces al chico, quien ni siquiera la miraba a los ojos.

Pasado un rato, Gabriel se puso de pie y empezó a caminar en ruta contraria a Marcela. Se adentró en el parque y empezó a recorrer los senderos.

Todos los castillos que el muchacho había construido en el aire se empezaron a esfumar. Una parte de él se sentía tonta, otra humillada y el resto de él ni siquiera sabía que sentir.

El chico sentía una gran necesidad de estar solo y pensar. Solo pensar. Y mientras caminaba, pensaba en lo mismo: en sus sentimientos, en el hecho de saber que toda su ilusión se había acabado, en pensar que haría ahora que ya no había Marcela a quien dedicarle canciones en su mente. No había Marcela hacia la cual hacer dibujos. No había Marcela para besar ni para acariciar. Sueños todos en los que había dedicado gran parte de estos últimos 6 o 7 meses, que cuando uno es chico es bastante tiempo.

Y mientras Gabriel pensaba y caminaba, la señora de la heladería lo vio pasar frente a su local; también lo vio el vendedor de periódicos de la esquina siguiente y un empleado municipal que barría una calle. El dueño de la carnicería vio a lo lejos a un niño cabizbajo con uniforme de fútbol quien caminaba sobre la otra acera. De la misma forma lo divisó una señora que venía del supermercado y un hombre que desde su vehículo lo vio cruzarse la calle. Ninguna de estas personas lo conocía. Pero había algo en el semblante de este pequeño que indicaba que su mente no estaba en el momento actual y que no dejaba a los demás indiferentes. Y mientras los demás lo observaban con curiosidad, el chico caminaba y pensaba, pensaba y caminaba.

— ¡Oiga, muchacho! ¿Qué hace aquí si hoy no hay clases? —dijo una voz que al muchacho le pareció conocida.

Y fue hasta que esta persona se puso frente a él, que Gabriel supo de quien se trataba. Era nada menos que don Catalino, el conserje de la escuela.

— ¿Don Catalino? ¿Qué hace aquí? —preguntó Gabriel,

sorprendido al ver al conserje.

—Eso le pregunto yo a usted. ¿Qué hace por acá? Hoy la escuela está cerrada. —le indicó el señor.

Cuando Gabriel apartó su vista de don Catalino, pudo ver que frente a él estaba la escuela. En medio de su confusión, una parte de su mente lo condujo por un camino que él conocía muy bien y que, como lo transitaba todos los días, le era familiar.

—Pero, ¿se siente bien, muchacho? ¿Le pasa algo?

En realidad Gabriel no sabía que hacia ahí. Caminó sin rumbo y paró aquí.

Y como una videograbadora como las que se usaban en los 80's, la mente del chico "rebobinó" lo que acaba de ocurrirle. Fue hasta este momento en que las cosas tomaron forma real y el chico entendió que todo su sueño con Marcela había terminado.

En ese instante, los ojos de Gabriel empezaron a llenarse de lágrimas y su quijada empezó a temblar. El chico estaba pálido. Sin saber hacia dónde ver, el aun pequeño Gabriel se tapa la cara con las manos y empieza a llorar con desconsuelo. Sus manos estaban frías y le temblaban.

La reacción del muchacho sorprendió a don Catalino, quien lo abrazó, preguntándole el porqué de su reacción. Pero el chico no dejaba de llorar. Así que no tuvo más remedio que llevarlo a la escuela e intentar averiguar el paradero de los padres del muchacho.

Don Catalino lo llevó al cuartito que él ocupaba y que le servía de guardianía y lo dejó sentado en una silla, mientras que él buscaba el número de la directora, que era la única que podía darle datos del muchacho, ya que este no cesaba de llorar y estaba en shock.

Quince minutos después llegó la directora. La anciana, quien para los alumnos parecía la mujer más estricta del mundo, también era madre y ser humano. Y ver a un niño así —recordemos que tenía muchos años de dedicarse con devoción a la educación de los pequeños— le rompía el corazón. Pero ni frente a ella Gabriel pudo hablar.

En los archivos encontró el número de la madre del chico y la llamó de inmediato. Pronto pudo notar que la madre buscaba desesperada a su hijo quien no había regresado a la casa del entrenamiento de fútbol y nadie —ni su mejor amigo— sabía nada de él. Para este momento, el reloj marcaba las 4:10 de la tarde.

En menos de 10 minutos, la mamá de Gabriel, doña Antonella y Jack—quienes como locos lo buscaban por todos lados— estaban en la escuela.

Al ver a su madre, Gabriel se lanza a abrazarla y sigue llorando. Solo que ahora se encontraba en el lugar más seguro del mundo donde, ni truenos ni relámpagos, ni terremotos ni desastres podían alcanzarlo: los brazos de su mamá. Ese lugar donde no era la primera vez que encontraba refugio y hacia donde había corrido cuando se quemó con la plancha caliente a los 6 años y donde encontró consuelo al caerse de una bicicleta por primera vez.

Luego de que le dieran un poco de agua y que sintiera el consuelo materno, Gabriel se calmó. Pero por más que le preguntaran que había pasado, el chico no respondía. Y cuando estuvo lo suficientemente tranquilo, abandonaron la escuela, no sin antes agradecer a don Catalino y a la directora quien, después de todo, no era el ogro que los niños habían hecho de ella.

Debido a lo extraño de la situación y por consejo de doña Antonella, Gabriel fue llevado a un sanatorio cercano donde un médico lo examinó de pies a cabeza, no encontrando nada malo en él. El médico determinó que el chico había sufrido una impresión fuerte y que era mejor dejarlo descansar, que en su momento lo contaría todo.

En fin. Gabriel caminó de regresó a casa junto a su madre, doña Antonella y su mejor amigo, quien caminaba a su lado con el brazo sobre su hombro, demostrándole que amigos como Jack se encuentran uno en un millón.

El reloj marcó las 9 y media de la noche cuando madre e hijo entraron a su apartamento. Gabriel llegó, se acostó sobre la cama y se quedó profundamente dormido. Y su madre lo desvistió y le colocó su pijama, cosa que había hecho por última vez hacia casi tres años.

En este momento entendió que su "Pollito" ya no era un niño. Gabrielito estaba creciendo.

## Capítulo 13

### La vida sigue su marcha

A diferencia de Gabriel, Jack no necesitaba despertador. Él contaba con un despertador natural que le era muy efectivo: su estómago. Cuando su estómago mandaba la señal a su cerebro de que necesitaba alimento, Jack despertaba de su sueño. Así fue ahora. El chico abrió los ojos al sentir hambre. Eran las 7 de la mañana del domingo.

Como siempre, había amanecido destapado. Las cobijas estaban en el suelo hechas un remolino.

Vistiendo solo un calzoncillo con dibujos de *Karate Grizzly* —un oso karateca, personaje de una película animada— y un calcetín, ya que el otro se lo había quitado mientras dormía, el pecoso se estiró en la cama para desperezarse, se restregó los ojos con las manos y de inmediato le vino a la mente el sueño que había tenido por la noche: sentados en la mesa del comedor, su papá, su mamá y su hermanita tenían cabezas gigantes como globos. Él, en el sueño, se levantó de su asiento, se acercó a cada uno de ellos y les reventó la cabeza con un alfiler. Y de las cabezas al ser explotadas salieron colorido confeti y chispas de colores. Un sueño loco como todos los que salían de la mente del muchachito.

Jack sonrió al recordarlo y pensó en compartir su sueño con Gabriel. Y en ese momento recordó el problema de su amigo del día anterior y le entró el deseo de ir a verlo.

Se estiró en la cama una vez más y se levantó de un brinco. El chico parecía tener energía ilimitada. Nunca se cansaba de jugar, de comer, de molestar a su hermana y de hablar. Por eso, a la hora de dormir, Jack caía rendido y, aunque llevaran una banda de rock pesado a tocar música dentro de su habitación, despertar al chico mientras dormía era imposible.

Echó una vista superficial sobre la cama y en las sábanas para ver si veía el calcetín, pero no lo halló. Y como el hambre era más fuerte que cualquier cosa en este momento, decidió salir así de su cuarto. Su estómago no podía esperar.

Mientras tanto en la cocina, doña Antonella, mamá de Jack, se encontraba preparando el desayuno. Ella no podía quitarse de la mente la aflicción de la madre de Gabriel cuando el chico estaba desaparecido. ¡Es de esas cosas por las que una madre no quiere pasar nunca! Se puso en su lugar y estaba segura que, si le hubiera pasado a ella, primero se hubiera

muerto de la desesperación.

Pensó en el momento en que su pequeño Giacomo madurara y creciera, buscando su propio destino. ¿Qué haría cuando se apartara de él? Cuando su hijo saliera con maletas en mano buscando crearse un futuro, ¿sería capaz de soportarlo?

El corazón de doña Antonella empezó a llenarse de tristeza pero, al ver entrar por la puerta de la cocina a su pequeño hijo con el pelo alborotado, con la marca de la almohada en la mejilla, en ropa interior y vistiendo solo un calcetín, su corazón se tranquilizó porque, para que Giacomo madurara faltaba mucho, mucho, pero muchísimo tiempo.

Y ella sintió alivio.

—*Buon giorno, mamma!* —saludó el pecoso, sonriendo con sus dientes de conejo y acercándose a abrazar a su mamá.

—*Buon giorno, Giacomino, cuore mio!* —respondió ella, cubriendo al niño con sus brazos y sintiéndose feliz de tenerlo a su lado.

Luego del saludo, Jack se dirigió al refrigerador buscando algo de comer antes del desayuno. Y encontró una pequeña porción de pastel de limón que pronto pasó a su boca, tragándolo al instante.

—Ve a vestirte, Giacomo. Vamos a ver a Gabriel antes de abrir el restaurante. Apúrate, que debes desayunar —dijo doña Antonella en italiano.

—Bien. Ya vengo. —contestó Jack, saliendo de la cocina.

Y cuando la madre escuchó el escándalo que venía del corredor —ruidos de forcejeo e insultos— sabía que su pequeña hija de 8 años había despertado también y que se había topado con su hermano mayor en el corredor. Pero aún así se sintió contenta de estar con ellos.

Durante el desayuno rogó e imploró a su hijo que cuando hablara con Gabriel no le preguntara sobre lo sucedido el día anterior, ya que el doctor así lo había indicado.

Hora y media más tarde, madre e hijo se dirigían hacia el apartamento de Gabriel. Doña Antonella caminaba por la acera, mientras que Jack manejaba su bicicleta, algunas veces despacio para estar al lado de su mamá y otras rápido, adelantándose y esperándola en la siguiente esquina. Y el chico no habló durante el camino de otra cosa que no fuera el sueño de la noche anterior. Porque para esta hora, Jack había contado



su sueño extraño como 10 veces.

Cuando llegaron fueron recibidos por la mamá de Gabriel quien se alegró al verlos. La madre soltera necesitaba de compañía ahora más que nunca. Así que los invitó a sentarse en la sala.

— Gabriel aún no despierta. Prefiero dejarlo descansar. —dijo la madre, quien aún mostraba preocupación y agotamiento.

—Se ve que usted no durmió bien anoche. Pero siéntase tranquila, que *il suo figlio sta qui*. Ellos son una bendición. —indicó doña Antonella, acariciando la cabeza de Jack cuando dijo estas últimas palabras.

—La verdad es que les estoy muy agradecida, Antonella, por el apoyo que me dieron el día de ayer. No sé que hubiera hecho sin ustedes —dijo la mamá de Gabriel, no pudiendo contener las lágrimas.

En ese momento les confesó, que como madre soltera, sentía que Gabriel se le estaba yendo de las manos. Sentía que el chico estaba creciendo demasiado rápido. Y reconocía que había cosas que como mujer no podía hacer y que extrañaba la presencia de un hombre a su lado que platicara con el chico sobre aquello que ella no podía. Ella no tenía todas las respuestas y eso le causaba temor. Gabriel siempre había sido un chico muy maduro. Pero ahora lo era más. Sus silencios y los momentos en que se quedaba pensativo, viendo hacia la ventana con la mirada ausente, le intrigaban. Quería poder ver dentro de la mente de su hijo y saber cuáles eran sus pensamientos.

Sin decir una palabra, doña Antonella reconoció en su interior que algunas veces había sentido cierta envidia al ver a Gabriel tan serio y maduro para su edad, cosa opuesta a su Giacomo. ¿Qué madre no sueña con tener un hijo que no sea escandaloso, que cuide su manera de vestir y que se bañe por su cuenta sin que haya que batallar por que lo haga? Pero ahora se dio cuenta que todo, por muy bueno que sea, tiene su lado malo.

— ¿Puedo ir a ver a Gabriel? —preguntó Jack, quien era incapaz de entender las preocupaciones de una madre y seguro jamás las entendería.

—Si, pero entra despacio al cuarto —indicó la mamá de Gabriel.

— ¡Y no vayas a despertarlo o te nalgueo! —amenazó doña Antonella.

Jack se dirigió hacia la puerta de la habitación de su amigo y la abrió con mucho cuidado.

Sobre la cama encontró a Gabriel, a quien solo se le veía el cabello por estar cubierto por las cobijas y quien dormía con la vista hacia la pared.

El pecoso se acercó de puntillas hacia la cama. Despacio se subió sobre esta y buscó la cara de Gabriel para ver si tenía los ojos cerrados. Y así era. Pero Jack no podía ir en contra de su traviesa naturaleza, de modo que acercó su mano a los ojos de su mejor amigo y empezó a jalarle las pestañas, intentando contener la risa. Pero no hubo respuesta. Así que decidió bajar hacia la nariz, metiendo su dedo índice dentro de uno de los orificios nasales.

Gabriel movió la cabeza y llevó su mano hacia su nariz, sin despertar. Jack contuvo la risa y volvió al ataque. Metiendo el dedo de nuevo en la nariz, Jack logró que Gabriel abriera los ojos, buscando saber qué pasaba. Y lo primero que vio Gabriel ese día fue la cara pecosa de Jack, quien, contradiciendo la recomendación de su madre y del doctor, preguntó:

— ¿Qué te pasó ayer?

Media hora más tarde, Gabriel se encontraba en la mesa del comedor desayunando. Junto a él estaba Jack, quien lo acompañaba tomando su segundo desayuno de la mañana. Las dos madres estaban en la cocina, viendo comer a sus hijos y conversando sobre lo rápido que estos crecen.

Por debajo de la mesa, Jack lanza un pequeño golpe con su pie en la pierna de su amigo, preguntando luego en voz baja:

— ¿Y entonces? ¿Qué te pasó?

Pero doña Antonella pudo escuchar a su hijo:

— ¡Giacomo! ¡Deja a *Gabriele* tranquilo!

Jack bajó la cabeza y siguió comiendo.

Y mientras doña Antonella escuchaba como Jack contaba a Gabriel lo de su dichoso sueño, se le vino una idea:

— ¿Y no cree que a *Gabriele* le caería bien pasar unos días con nosotros? Creo que la compañía de alguien de su edad podría ayudarle. Puede que *il bambino* se sienta solo, ¿no cree?

El último comentario no sentó bien en el corazón de la mamá de Gabriel: ¿podría su hijo sentirse solo cuando ella procuraba darle el tiempo que el chico necesitaba? Pero por otro lado doña Antonella tenía razón. Estar

fuera de la casa, en otro ambiente, podría ayudar a su hijo.

—Tiene razón, Antonella. Creo que le haría bien. Gabrielito, ¿quieres pasar unos días en casa de Jack? Te haría muy bien. —preguntó a su hijo.

Gabriel no supo que responder. La verdad es que en ese momento no sabía lo que era mejor para él.

— ¡Sí, sí! ¡Que venga a casa con nosotros, *mamma!* —dijo Jack entusiasmado.

—Espera a que él decida, Giacomo —exclamó doña Antonella para calmarlo.

Gabriel vio a su mamá, buscando una respuesta. Ella asintió con la cabeza y el chico aceptó.

—Está bien —respondió el muchacho.

De esa manera, la mamá de Gabriel se dispuso a arreglar la ropa que llevaría su hijo. Calculó ropa para 5 días. Y quedaron que por la tarde le llevaría su uniforme de la escuela para el resto de la semana.

Madre e hijo se despidieron en la entrada del edificio donde vivían. Y ella vio alejarse a su hijo, esperando que este tiempo le sentara bien. Más no por eso dejó de sentirse triste.

No era la primera vez que Gabriel se quedaba en casa de Jack. Ya lo había hecho durante varios fines de semana durante el tiempo que tenían de conocerse. Pero quedarse tanto tiempo de corrido nunca lo había hecho.

Cuando llegaron a casa de Jack, doña Antonella dice a Gabriel:

—Quédate un minuto aquí en la sala. Vamos a arreglar el cuarto de Giacomo para que te quedes con él. *Giacomo, vieni con me!* — y jala a su hijo para que la ayude.

Gabriel obedeció y permaneció en la sala mientras escuchaba como Jack era regañado por mantener su habitación hecha una zona de desastres.

Al final, la habitación quedó lo más arreglada que se pudo e inflaron una colchoneta para que Gabriel durmiera en ella, como hacían cada vez que llegaba a dormir con su amigo.

De este modo, Gabriel compartió unos días con los Marcato. Y así se formó una rutina: durante estos días, Jack se tomó la tarea de despertar a su amigo para ir a la escuela. Gabriel se levantaba a bañar, mientras que

Jack era obligado por su mamá a hacerlo. Luego del desayuno salían a estudiar y regresaban juntos a eso de la 1:30 de la tarde. Luego del almuerzo, miraban televisión un rato para luego hacer tareas. A las 4 de la tarde salían a jugar al parque por dos horas y luego regresaban a seguir jugando videojuegos. Cenaban a las 8 de la noche y al terminar iban al cuarto de Jack a jugar otro rato, hasta que doña Antonella les indicaba que era hora de dormir. Y así siguieron con esta rutina todos los días.

La única parte que a Gabriel no le gustaba era la cena. Y no porque la comida fuera mala, sino porque durante esta, el papá de Jack estaba con ellos, con su mala cara y mal genio. Y a Gabriel le daba miedo el papá de su amigo. No era nada amistoso. Por lo demás, todo marchaba bien. Incluso se había acostumbrado a ver pelear a Jack y a su hermanita. Hasta veía gracioso como se peleaban por la menor tontería.

Gabriel había logrado evadir con éxito las preguntas de Jack sobre lo que le había ocurrido. Y al final, Jack olvidó el asunto y no volvió a preguntar nada. Pero la noche del jueves, —ese primer jueves sin ver a Marcela—mientras los dos chicos aun permanecían despiertos pero a oscuras, mientras esperaban que el sueño viniera a buscarlos, ocurrió lo siguiente:

Jack contaba los chistes que se sabía, muchos de ellos conocidos por Gabriel. Algunos graciosos por la forma como los contaba el pecoso, otros no tanto:

—... y el loro le preguntó: ¿qué fue lo que hizo el pollo? —dijo Jack, echándose a reír y llevándose las manos al estómago.

A Gabriel no le dio mucha risa, pero fingió que si lo hizo.

—Bueno, déjame pensar en otro —indicó Jack, poniendo a trabajar su mente, que para ese tipo de cosas si funcionaba de maravilla.

Pero ese tiempo que Jack permaneció en silencio pensando en un nuevo chiste fue interrumpido por Gabriel quien, en un tono calmado dijo:

—Ella me dijo que no me amaba.

— ¿Quién? —preguntó Jack, sin entender a que se refería su amigo.

—Marcela. Ella me dijo que no me amaba y que no podíamos ser novios.

— ¡¿Y cuando te dijo eso?!

—El sábado.

— ¿Este sábado? ¿Y cómo fue? —preguntó el pecoso, volteando su cuerpo para ver a su amigo en la oscuridad.

Así, Gabriel relató a su amigo como había planificado confesarle a Marcela su amor y como todo había terminado en el desastre que él conocía bien.

Jack lo escuchaba atentamente. Él sabía que para Gabriel esto era muy importante.

—Y no sé como paré en la escuela. Te juro que no recuerdo como llegué allí. —indicó Gabriel.

—*Che palle!* Pues, yo fuera tú y me olvidaba de esa chica. No es la única chica sobre la tierra, ¿no? Y pues, si estaba mucho más grande que tu. Eso ni negarlo. —agregó Jack, quien se sentía mal por su amigo.

—Pero no sé cómo hacerlo. Pienso en ella a cada rato. Es que... yo la amo todavía —dijo Gabriel con la voz cortada.

Y el chico comienza a llorar.

—*Non piangere, amico!* —dijo Jack, buscando consolarlo. Pero Gabriel no lo pudo evitar.

Jack se levantó, encendió la luz y se sentó en la cama, viendo a su amigo llorar sin saber qué hacer. Gabriel se tapó los ojos con su brazo para que el pecoso no lo viera llorar. Y lo único que Jack sintió que podía hacer fue poner su mano en el hombro de Gabriel y esperar a que se calmara.

Luego de unos minutos que sirvieron a Gabriel para desahogarse, el muchacho logró calmarse. Los dos permanecieron en silencio, hasta que Jack empezó a hablar:

—Yo creo que nunca me he enamorado. Así que no sé cómo se siente cuando te dicen que no. Pero me imagino que es como cuando quieres algo que no puedes tener.

Y Jack recordó algo que le sucedió y pensó que tal vez podía ayudar a Gabriel:

—Cuando yo tenía 10 años, íbamos con *mia mamma* al centro comercial. Ahí había un almacén donde vendían bicicletas. Pero había una bicicleta que me gustaba muchísimo y siempre que pasábamos frente al almacén yo me acercaba a verla. La hubieras visto: ¡era genial! Yo le pedía a ella que me la comprara. Ella me decía que la próxima vez que fuéramos al centro comercial entraríamos a verla. —contaba el pecoso,

mientras Gabriel permanecía callado, pero escuchando.

Jack continuó:

—Así pase varias semanas pensando en la bici y me imaginaba montado en ella y manejándola lo más rápido que podía y saltando en las aceras con ella y también aprendiendo nuevos trucos. Y por fin fuimos con *mia mamma* al almacén. Entré y empecé a tocar la bici. Me monté en ella y era más genial de lo que yo imaginaba. Pero cuando *mia mamma* preguntó el precio, ésta costaba muchísimo dinero. Me dijo que era imposible que me la comprara. A mí me dieron ganas de llorar solo de pensar que ya no tendría esa bici. Y salí del almacén, viendo a “mi” bicicleta por última vez. Así estuve triste algunos días. Pero luego pensé que era tonto pensar tanto en algo que nunca podría tener, así que mejor me puse a pensar en otras cosas que si podían comprarme. Y empecé a pensar en un balón de futbol que había visto en otra tienda. Luego, el domingo siguiente, me compraron el balón. Y ya no pensé en la bici jamás.

Así, Jack concluyó:

—Se que no tiene que ver con lo que te pasó. Pero a veces es mejor pensar solo en las cosas que podemos tener y olvidarnos de otras. Bueno, eso creo yo.

Gabriel se quedó pensativo. Porque había algo en la historia de su amigo que lo puso en que pensar.

—Me alegro que te hayas calmado. Acostémonos, que ya es re tarde. —indicó Jack, apagando la luz de la habitación.

De nuevo en la oscuridad, Gabriel dice:

—Gracias por todo, Jack.

—*Di niente, amico. Buona notte.*

—Buenas noches— respondió Gabriel, quien tenía mucho en que meditar.

El tiempo siguió su marcha y el sábado por la mañana, día de práctica de fútbol, los dos muchachos estaba sentados en la misma banca que ocupaban excepto durante los ejercicios de entrenamiento. Hubo un momento en que Gabriel meditaba lo que había estado hablando con su amigo. Y pensó que, entre las cosas que quería y que si podía tener, estaba jugar fútbol. Y a él siempre le había parecido una injusticia que no

lo pusieran a jugar.

— ¿No te has cansado de esto, Jack? —preguntó a su amigo, quien se había quitado uno de los zapatos de fútbol y buscaba dentro una piedrecita que le molestaba.

—La verdad que sí. Ya me duele el trasero. Solo encuentro la piedrita y voy a caminar un rato. —indicó Jack.

—No hablaba de eso. Quise decir que si no te has cansado de nunca jugar y de estar aquí en la banca.

—Pues sí. Pero con el calor que hace, prefiero quedarme acá.

Y en un arranque de valor motivado por el sentimiento de injusticia, Gabriel se levanta de la banca.

— ¿A dónde vas? — preguntó Jack.

—A hablar con el entrenador.

Así, el muchacho se acerca a su entrenador quien en ese momento conversaba con el padre de otro chico:

—Perdón, entrenador, ¿puedo hablar con usted?—dijo Gabriel.

— ¿Qué quiere? —preguntó el hombre con un tono de fastidio.

— ¿Puedo entrar a jugar? Hace mucho que no juego.

—Si le digo que se quede en la banca es por algo... ¿cómo es que se llama?

—Gabriel López.

—Bien, Gabriel López. Regrese a la banca entonces. —dijo el entrenador quien estaba dispuesto a seguir con la conversación de la que fue interrumpido.

— ¿Y por qué los otros si juegan? Los de la banca pagamos lo mismo que ellos y nunca jugamos. No es justo —indicó Gabriel.

El entrenador hubiera querido tomar por el cuello al niño. Así lo indicó la mirada que le lanzó. Pero da la casualidad que la conversación que sostenía se refería a las oportunidades que todos los chicos deben tener en el equipo. Esto y la presencia del padre de familia con el que conversaba lo pusieron entre la espada y la pared y no tuvo otra opción

que ceder.

—Está bien. Entrará por hoy. ¡Hernández, sal un momento!  
—gritó, sacando del juego a otro chico que no se vio muy contento de salir. Y como el juego no era de importancia, pues no tenía que perder.

Así, Gabriel estaba en el campo por primera vez desde hacía mucho tiempo. Pronto se colocó en la posición que le correspondía.

Hubo un momento en que los chicos con el balón se acercaron al área donde estaba Gabriel. El muchacho intentó acercarse y quitarle la pelota al jugador que la llevaba. Corrió a su lado, pero, de un empujón, Gabriel cayó a la gramilla sin lastimarse. Se levantó de nuevo y regresó a su lugar.

El cero a cero que llevaba este simple partido de entrenamiento permaneció por un buen rato.

Pero el balón de nuevo corrió cerca de Gabriel. Todos sus compañeros indicaban al chico que lo tomara. Gabriel lo hizo y empezó su carrera hacia la portería del rival. Corrió y corrió. Un muchacho del equipo contrario —más alto que Gabriel— se atravesó en su camino, pero Gabriel pudo evadirlo. El chico estaba cerca de la portería hasta que vio que otros dos chicos venían contra él. Gabriel entendió que era imposible quitárselos de encima y meter un gol, así que lanzó la pelota al compañero que tenía más cerca, quien la tomó y quitándose a otro jugador rival logró meterla dentro de la portería.

Los chicos gritaron de entusiasmo y Gabriel sintió como si el gol hubiera sido suyo.

Hubo un segundo gol bastante similar a este primero. De nuevo Gabriel lanza el balón a otro compañero, quien logra meter ese buscado gol.

El partido terminó 2-0. Gabriel se sentía satisfecho de lo que había logrado. Otros chicos lo felicitaron también. Pero por ser un partido de poca importancia, nadie tenía nada que celebrar... excepto Gabriel, ya que el entrenador se acerca a él y le dice:

—López, el otro sábado lo quiero dentro de nuevo. Jugó bien, muchacho.

Gabriel no podía creerlo. Y como Jack escuchó lo que el entrenador había dicho, celebró el éxito de su amigo con un choque de manos.

Ese sábado Gabriel dejó de ser uno de los de la banca.





## Capítulo 14

### Todo tiene su final

Todas las cosas tienen un comienzo y un final. Y, afortunadamente, los días de escuela también. En el lugar del mundo donde vive Gabriel, el ciclo escolar termina a principios de Octubre. Y era ese mes el que acababa de empezar apenas hacía un par de días.

Pero, para que los chicos pudieran gozar de unas merecidas vacaciones, existía un precio bastante grande: poder ganar los exámenes finales. Esos exámenes a quienes todos les temen. Esos exámenes que pueden convertirse en una prueba más o en una verdadera pesadilla. Y en la escuela no se hablaba de otra cosa que no fueran los exámenes finales. Y desde el alumno más perezoso hasta el más aplicado, todos deseaban poder ganar estas pruebas, aprobar el año y salir de vacaciones.

Cuando Gabriel regresó a su casa, luego de pasar una semana en casa de Jack, su mamá lo recibió con una noticia que el chico ya esperaba:

—Se me olvidó decirte que vino doña Isabel. Con mucha pena me dijo que ya no era posible que su hija te diera el refuerzo de matemáticas. Dice que viene muy cansada del trabajo últimamente. ¡Ah!, y me devolvió tu memoria USB. Creo que se la habías prestado para algo. La dejé sobre tu mesa de noche. —dijo su mamá, mientras sacaba de la mochila la ropa que Gabriel había usado durante esos días.

—Ya. —fue lo único que respondió el muchacho quien, sentado en su cama, vio desde lejos la mesa de noche y sobre esta su memoria en forma de carrito de carreras. Y su expresión se puso triste.

Para él, ese momento significó el final de una relación. Una relación que nunca se pudo dar.

—Y a buena hora ocurre esto, cuando faltan unos días para los exámenes finales. No sé qué podemos hacer. —exclamó la madre con preocupación.

—Yo tampoco. —dijo Gabriel, quien no estaba pensando en exámenes.

Pero el chico sabía que ya nada había por hacer respecto a Marcela, así que estaba resignado y solo era cosa de tiempo para que su corazón se

sanara por completo.

—Oye, me dijiste la vez pasada que Cindy te podía explicar sobre las matemáticas. Habla con ella. Seguro te puede ayudar. —recordó su mamá.

—Sí. Le voy a preguntar.

—Bien. Y me alegro de tenerte de nuevo aquí, mi pollito. ¡Perdón! Se me olvida que ya eres un jovencito. —dijo la madre, dándole un abrazo que Gabriel recibió con agrado.

Y el chico sintió raro que su mamá le llamara "jovencito". En definitiva, las cosas estaban cambiando.

El día lunes, Gabriel habló con Cindy sobre el repaso de matemáticas.

— ¡Claro, Gabriel! Cuando quieras nos juntamos a estudiar. Tú dices donde: si en tu casa, en la mía o donde quieras. —indicó la niña a quien parecía que le acabaran de cumplir el sueño que siempre había estado esperando. No pudo ocultar su entusiasmo.

— ¿Y puedo ir yo también? —preguntó Jack, sin saber que su presencia no era del todo deseada.

—Sí. Nos urge ganar ese dichoso examen —dijo Gabriel, sin imaginarse que Cindy hubiera preferido estar a solas con él.

—Bueno. Ni modo. ¿Y dónde nos juntamos? —preguntó la chica.

—En tu casa está bien. Nosotros llegamos por la tarde. —indicó Gabriel.

Así lo hicieron. Durante tres días, Gabriel y Jack llegaron a casa de Cindy. Ambos chicos se martillaban la cabeza tratando de entender las complicadas operaciones. Cualquiera con un poco más de capacidad de observación que un chico de primaria hubiera podido notar como la niña dedicaba más atención a Gabriel que a Jack. Pero esto en lugar de favorecer a Cindy la perjudicaba, ya que el pecosito, al no entender con claridad, era quien preguntaba más e interrumpía la explicación cada vez que podía.

Cindy toleró todo esto. El tener cerca a su amado Gabriel compensaba cualquier sacrificio.

El día de los exámenes llegó. El nerviosismo podía notarse dentro de la escuela. Quizá los únicos alumnos que parecían despreocupados eran los

niños de párvulos, cuyo examen era una verdadera "niñería".

Sentado en su pupitre, Gabriel observaba como el profesor Villanueva empezaba a repartir los exámenes. Con solamente su lápiz y su borrador frente a él, el muchacho esperaba que su capacidad cerebral no le fallara ahora. Esta prueba debía ganarla. No tenía otra opción.

El maestro puso la hoja en el escritorio. Gabriel la contempló y pensó que la suerte estaba echada. Ya no había posibilidad de huir. Este momento lo definiría todo.

Cuando el maestro lo indicó, todos voltearon el examen y empezaron a trabajar. Gabriel oró, pidiendo un poco de ayuda divina, que no le caería mal en este momento. Tomó su lápiz y se puso manos a la obra.

El examen duraba 45 minutos. Pero en un acto de compasión, el maestro dio otros 15 minutos para aquellos que estaban atrasados, entre ellos los dos amigos de esta historia.

Cuando el tiempo terminó, el profesor empezó a recoger las pruebas. Gabriel logró todavía cambiar algunos resultados de los que no estaba seguro.

El examen había concluido. El dado había sido lanzado.

Si bien era cierto que aún le faltaba evaluarse de los demás cursos que llevaba, ninguno era tan importante como el de matemáticas. Pasado el martirio que significaba dicho examen, ya lo demás era más fácil. Y así, en cuatro días, Gabriel fue evaluado de todas las asignaturas. Solo faltaba conocer el resultado. Las notas serían dadas el viernes de la semana siguiente. Por lo demás ya todo había sido dicho.

Cada año, al finalizar el periodo de exámenes, la escuela organizaba un viaje de despedida con el fin de que los chicos se relajaran luego de tan dura semana. Para los más pequeños (desde párvulos hasta tercero primaria) se planificaba un viaje al zoológico de la ciudad. Y para los más grandes (de cuarto a sexto) la visita era a un balneario ubicado en las afueras de la ciudad y que ameritaba dos horas de viaje en autobús. Por eso, ese viernes, Gabriel iba dentro de un autobús escolar camino a las piscinas. Había tratado de persuadir a su mamá de que no se sentía bien para ir, pero ella le había indicado que le caería bien distraerse luego de los exámenes. Ella sabía que su hijo debía mantenerse con la cabeza ocupada. Verlo en su habitación viendo hacia la ventana por largo rato le preocupaba. Así que ella hacía lo posible por mantenerlo entretenido.

En el viaje al balneario no había nada que interesara a Gabriel. Regresar todo quemado de la espalda y la cara, mostrar su cuerpo flaco y meterse dentro de un montón de agua clorada y —aunque suene

asqueroso—posiblemente orinada, no era ese tipo de cosas que el chico disfrutaba. Claro que los demás muchachos, incluyendo Jack, miraban la cosa desde un punto de vista menos negativo.

— ¿Cuánto falta para llegar? —preguntaba Jack, como si Gabriel fuera el conductor del autobús.

—Jack, no lo sé. Solo sé que son dos horas de viaje y apenas llevamos 45 minutos.

— ¿Y te vas a meter a las piscinas, Gabriel? —preguntó un muchachito orejón que viajaba junto a ellos, ya que los asientos eran para tres personas. Le llamaban Tito.

—No sé. No tengo muchas ganas. —respondió Gabriel, quien iba sentado en la ventanilla e iba mirando por ella.

— ¿Estás enfermo? Estos días te ves muy raro —afirmó Tito.

—No. Solo quiero que las clases se acaben ya. Eso es todo.

Jack y Gabriel se vieron a los ojos. Ellos entendían bien lo que pasaba.

Cuando llegaron por fin al balneario, el sol calentaba con fuerza.

A la hora de descender del bus todo era órdenes y suplicas por parte de los maestros encargados. Así, en fila, fueron entrando al lugar.

El balneario no era diferente de todos estos tipos de lugares: toda la decoración invitaba a sentirse dentro de una playa tropical o a un oasis y donde no faltaban palmeras y áreas verdes. También había kioscos con distintas clases de "souvenires" para recordar la visita y casetas para degustar comida chatarra.

Los varones fueron llevados por el profesor de educación física a los vestidores asignados a ellos y las chicas al de ellas.

Ya dentro, los chicos se sentían más libres de expresarse con naturalidad. De modo que no faltaron las groserías, las bromas en doble sentido y las palabrotas, incluso delante del profesor, quien al fin y al cabo también deseaba relajarse y celebraba el verse libre por dos meses de ese montón de desagradables mocosos revoltosos.

Los tres chicos buscaron una esquinita para colocar sus mochilas, desvestirse y ponerse el bañador. Mientras que Jack no encontró ningún inconveniente en desnudarse y colocarse un short del Milán, Gabriel

esperaba a que nadie le viera para poder desvestirse por completo.

—Apúrate, o cuando llegemos la piscina va estar llena.  
—advirtió Jack.

—Nadie te está viendo, Gabriel. Apúrate. —dijo Tito, quien entendía bien al chico vergonzoso.

Y no tuvo más remedio que quitarse la ropa, colocandose luego un short negro y largo, parecido al que usan los surfistas y cubierto con triángulos de colores.

Cuando salieron de los vestidores, Gabriel sentía como si los ojos de todo el mundo estuvieran sobre él, cuando la verdad es que todos estaban preocupados en divertirse y pasarla bien. Al final, Gabriel era otro muchachito más.

Este día le deparaba a Gabriel algunas sorpresas y entre ellas, la que notó primero fue que se estaba divirtiendo. Ya dentro de la piscina, el chico se olvidó de todos sus problemas, del sol y de las miradas de los demás. Quien lo veía, no veía otra cosa que no fuera un niño divirtiéndose junto a sus amigos.

Pero entre los observadores estaba Cindy, quien no perdía la oportunidad de ver de lejos al chico. Le gustaba verlo reír y ella reía cuando él lo hacía.

—Se te van a salir los ojos. —bromeó una chica alta y de semblante decidido llamada Paula y quien sabía ese secreto que Cindy guardaba tan bien.

—Míralo como se ríe. No sé, me gusta cuando se ríe. —confesó la niña enamorada.

—Y mira que no lo hace siempre. Es re tímido ese tu novio. No sé cómo te gusta ese flacucho. —dijo Paula.

—Es tierno. Creo que eso es lo que más me gusta de él.

—Si tú lo dices. Vamos, metámonos a la piscina antes de que se llene de chicos. —y metió a Cindy casi que a empujones.

Hubo un momento en que Gabriel y Cindy se toparon en medio del agua.

—Se ve que la estás pasando bien —dijo Cindy.

—Sí, ¿y tú? —preguntó el chico.

—También. A ver cómo nos va en los exámenes. —dijo la niña, quien no había encontrado otro tema en común del cual hablar con Gabriel.

—Sí. La otra semana nos enteramos. Nos vemos al rato. —dijo Gabriel, alejándose de ella.

—Claro. —agregó Cindy. Si tan solo hubiera algo más de que hablar, pensaba.

Cuando Gabriel se cansó de estar en la piscina y el hambre hizo su aparición, el chico intentó salir de esta.

—Todavía no. Otro ratito más. —pidió Jack. Y Gabriel accedió.

Y así fue que, 45 minutos después, no había modo de que Jack dejara a Gabriel salir del agua.

— ¡Jack, ya tengo hambre! ¡Vamos a comer!

—*Altri dieci minuti, per favore.* —rogaba el pecoso.

— ¿Diez minutos más? Pero si venimos de 10 en 10. Vamos. Salgamos ya. Ayúdame a sacarlo, Tito. —pidió Gabriel al orejudo.

De ese modo, entre los dos lograron sacar a Jack casi arrastrado de la piscina.

Los tres compañeros de clase se sentaron sobre la grama a la sombra de una palmera a comer, no sin antes haber hecho una cola de 15 minutos para hacerse de un hot-dog y una gaseosa.

Cuando terminaron de comer, los muchachos aprovecharon la suavidad de la grama para intentar hacer paradas de manos y otras piruetas que se les vinieran a la mente.

—Por favor no dejen basura tirada. Busquen los botes para depositarla. Y nos vamos dentro de una hora. —les dijo el profesor de física, quien iba de grupo en grupo dando estas indicaciones.

Y mientras la orden pasó de largo a través de los oídos de Tito y Jack, Gabriel se puso a recoger la basura hecha por sus amigos y la propia, metiéndola dentro de una bolsa.

—Voy a tirar la basura. ¡Me esperan, eh! —dijo Gabriel.

Así, pudo ver cómo cerca de unos arbustos estaba el bote de basura más cercano.

Cuando echó dentro la bolsa, llegó a sus oídos voces que conocía. Eran voces de chicas y entre ellas la voz de Cindy.

Sin intención de espiar, Gabriel se asomó a través de los arbustos y vio que junto a ella estaban cuatro chicas de su salón. Iba a animarse a decirles "hola" cuando algo lo detuvo: y era el tema que las jovencitas estaban tratando:

—A ver, con sinceridad, ¿cuáles chicos de nuestro salón son lindos? —preguntó una de ellas, lanzando la pregunta al aire.

—Ninguno. Todos son feos. —dijo otra, haciendo reír al grupo.

—No exageres. Algunos no están tan mal. ¿Qué piensan de Salvador? Él es alto y fuerte. —indicó Paula, la chica que había estado hablando con Cindy en la piscina.

—Pues solo será por eso, porque por lo demás no. Y hasta se está poniendo barrigón. —dijo alguien, quien las hizo reír con este último comentario.

— ¿Y el italianito? Yo creo que es lindo con sus pequitas, sus ojos verdes y todo. ¡Lástima que es muy "niño" todavía! —dijo Paula.

—Ese tiene cara de ratón. —agregó otra chica. Y ahora fue Gabriel quien trató de no reír al escuchar ese comentario respecto a su mejor amigo.

— ¿Y Gabriel? Es mero serio pero no está feo. —preguntó una de las chicas.

—No, amigas. Ese ya tiene dueña. Gabriel no está disponible para nadie. Él es de Cindy, ¿verdad que sí, Cindy? —corrigió Paula.

Gabriel sintió una especie de electricidad que le recorrió desde la coronilla y atravesó su columna. Lo que estaba escuchando era toda, toda una sorpresa.

— ¿En serio? ¿Y desde cuando te gusta? Bien guardadito te tenias el secreto, ¿eh? —dijo una gordita.

—Desde primero o segundo primaria. Siempre me ha gustado. Es bien tierno. —dijo Cindy, a quien le fascinaba hablar de todas las



cualidades que ella encontraba en Gabriel.

—Ay, Cindy. Pues hace rato que deberías habérselo dicho. Imagínate desde cuando lo vienes pensando. —agregó Paula.

—No. Los chicos son unos estúpidos. No vale la pena preocuparse por ellos. —dijo una de ellas, desviando la conversación.

Intentando en hacer el menor ruido posible, Gabriel se aleja corriendo, del arbusto y de las chicas. La confesión de Cindy era algo que el muchacho no se esperaba. No le cabía en la cabeza que eso fuera posible. Él miraba en Cindy a una compañera de clases nada más. El chico no salía de su asombro.

— ¿Dónde estaba el bote de basura? ¿Del otro lado del mundo? —dijo Jack al ver a su amigo.

— ¿Viste un tiburón dentro del agua o qué? Parece que te hubieran asustado —bromeó Tito.

Gabriel no dijo nada. No sabía qué hacer con la información que accidentalmente acababa de obtener.

—Dijo el profe que vayamos ya a los vestidores a cambiarnos. Apurémonos. —indicó Tito, tomando su mochila.

Los dos amigos hicieron lo mismo y caminaron los tres hacia allá.

Mientras hacían fila para esperar abordar el autobús, Gabriel observaba de lejos a Cindy. Por más que el chico masticaba la noticia, esta no dejaba de sorprenderlo. Poco a poco fue entendiendo ciertas actitudes de su compañera.

Si Gabriel bajó del bus con preocupaciones, ahora subía al mismo con una preocupación más.

Y cuando la mirada de Cindy se cruzó con la suya, el chico la evadió de inmediato, ahora con timidez.

El piloto del bus encendió el motor y el vehículo se puso en marcha. Había todavía dos horas para compartir con los compañeros de clase. Muchos de ellos quizá no seguirían en la escuela el año siguiente. Así que este regreso no estuvo libre de cierto aire de nostalgia.

Mientras Jack y Tito conversaban sobre si era más rápido un avión o un auto de Fórmula Uno —entre otros temas de igual relevancia— Gabriel veía por la ventanilla del bus. Por sus ojos entraban paisajes y lugares que no conocía y que no se imaginaba que existían. Pero él buscaba algo

dentro de sí: como quien excava la arena con una pala, buscando un tesoro que no existe, Gabriel buscaba dentro de su corazón el más pequeño sentimiento de amor hacia Cindy. Pero el chico no encontró nada. Gabriel no amaba a Cindy. Y hasta cierto punto eso lo hacía sentir mal. No sabía porque, pero lo hacía.

— ¿Verdad que es más fuerte un gorila que un león? —le preguntó Jack, interrumpiendo sus pensamientos.

—No lo sé. Son iguales, creo —respondió el chico, quien no había analizado la pregunta y respondía porque sí.

— ¿Cómo van a ser iguales? Si el león es el rey de la selva. —dijo Tito, defendiendo su postura.

A Gabriel poco le importaba ahora tener razón o no. Y mientras Jack y Tito seguían con su discusión, Gabriel recostó su cabeza sobre la ventanilla, viendo como la carretera pasaba rápidamente debajo de ellos, así como cuando corre el agua debajo de un puente.

A los quince minutos, el muchacho siente como cae suavemente un peso sobre su hombro izquierdo. Al voltear la vista ve que Jack ha caído dormido, muerto de cansancio, colocando la cabeza sobre su hombro.

Gabriel se acomoda para no despertarlo, mientras que llega a una conclusión que le resulta dolorosa: llegará el día en que a él le toque romper el corazón de la chica que lo ama y por quien él no siente nada. Y en ese momento comprendió a Marcela.

La tarde caía sobre la ciudad. El Sol regalaba sus últimos rayos. El astro rey había cumplido con su jornada.

Un anciano que esperaba el transporte público ve como se detiene frente a él un bus escolar debido al semáforo. El hombre observa con melancolía a los chicos cuya edad estaba bastante lejana de la suya. Chicos con una vida por delante. Chicos que aún conservan la capacidad de reír y de soñar.

Y cuando el bus continúa su marcha, dice el anciano para sí:

— ¿Quién tuviera de nuevo esa edad para no tener preocupaciones?

Y en un arranque de nostalgia, el anciano se olvida de su autobús y empieza a caminar buscando su casa. ¡Hay tanto que pensar! Una caminata no le sentaría mal.

**FIN**